

# FRAY MOCHO



1810 - 25 DE MAYO - 1927

Por Silvio Rossi

N.º 787



## Estas Galletitas.

creadas por **TERRABUSI**, para deleitar los paladares infantiles y nutrir sus tiernos organismos, deben su éxito creciente no sólo al indudable prestigio de su origen, sino también a la excelencia de sus ingredientes constitutivos.

**SEÑORA:** sin temor alguno, invitamos a usted a brindar a sus niños con el **desayuno**, la **merienda**, entre comidas, las exquisitas

## Galletitas Manon

¡Verá usted con qué agrado las reciben, con qué gusto las saborean, con qué ansia le solicitan más!

Las Galletitas Manon se venden en todos los buenos almacenes del país, en paquetitos de 0,05 y 0,10 ctvs., y en latitas de 1/4 kilo, a \$ 0,60 centavos.

Cómprelas en el de la esquina de su casa.



ESTABLECIMIENTO MODELO  
**Terrabusi**





# FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOIVAR 879

Año XVI

Buenos Aires, 24 de mayo de 1927

N.º 787

## De aquí y de allá, por Rojas



—Resulta ahora que los funcionarios de Scotland Yard, declaran que en la delegación soviética no había nada de lo que buscaban. Dicen que como el rey de Inglaterra se llama Jorge, ellos allanaron el local porque oyeron decir que allí "se tiraba de la oreja a Jorge".

—Cincuenta mil francos o sean unos cinco mil pesos se ofrecen por encontrar a Nungesser y por encontrar a Russin se han dado diez mil pesos. ¿Qué quiere decir eso?

—Que vale más un supuesto asesino que un aviador.

—Melo, en un viaje a Río de Janeiro está siendo agasajado, no ya como si fuera un presidente sino como presidente electo.

—Es lo que dirá la delegación argentina en Río: Como Melo no tiene pelo, hay que aprovecharse ahora porque la ocasión la pintan calva.



—Con motivo de las fiestas nacionales en el Paraguay el gobierno argentino ha enviado la cañonera Paraná que es un barquito más chico que un pañuelo. Los marinos van a dar un gran baile a bordo. Yo no sé cómo va a bailar la gente en un sitio tan pequeño.

—No te extrañe porque en el Paraguay la vida es muy estrecha.

—¿Ha observado Ud. que ahora todo el mundo quiere divorciarse? ¿Por qué escogerán el invierno en vez del verano?

—Porque ahora con motivo de fin de estación está todo muy rebajado; hasta el amor.

—¿Sigues siendo tan feliz, Ivonne? — preguntó la cariñosa amiga de la señora Romieu, que estaba sentada a su lado en un sofá del saloncito, donde la luz ya comenzaba a escasear.

—Desde luego, Susana; y más feliz cada día. ¡Octavio es tan cariñoso conmigo!...

Ivonne se puso a hacer el panegirico de su marido, mientras su amiga la escuchaba sonriendo irónicamente.

La felicidad de la señora de Romieu era comidilla obligada entre las "buenas" amigas del matrimonio.

—Decididamente es intolerable, — dijeron a coro las tales amigas cierto día, mientras se encontraban reunidas tomando el té. — Es increíble semejante ceguera... Nuestro deber es poner coto al escándalo, abriendo los ojos de esa desdichada... Usted, Susana, que tiene confianza con Ivonne, debería decirle...

A esta insinuación Susana las miró sonriendo... Ciertamente ella tenía influencia sobre su amiga... y quizá sobre Octavio... Pero era conveniente esperar una ocasión...

Y en calidad de delegada del "virtuoso concilio" habría ido aquella tarde a ver a su amiga, para prevenirla contra su excesiva confianza sobre la fidelidad de su marido y... llenar de paso de angustia e inquietud su alma cándida y confiada.

Susana escuchaba aquel entusiasmo conyugal con escepticismo... Verla tan crédula y oír una vez más la expresión de tanta felicidad, atacó sus nervios y exclamó:

—¡Pues yo en tu lugar desconfiaría!... Ya sabes que semejante felicidad puede despertar la envidia y alguien puede pensar en destruir tus ilusiones... Acaso tus mismas amigas...

—¿Que mis propias amigas pueden traicionarme? — respondió Ivonne ingenuamente. Entonces no serán verdaderas amigas... ¿Qué placer podrían hallar en hacerme daño?

—Seguramente. Tus amigas te quieren bien y sentirían disgustarte. Pero los maridos se sienten alentados — continuó — cuando sabes que están poco vigilados o que se tiene ceguera por ellos.

¡Son tan especiales los hombres!...

—Yo estoy segura de Octavio — repuso su esposa, dominando sus sentimientos — Le conozco lo bastante para estar segura de que no le interesa ninguna de mis amigas.

—Es cierto que tu tienes muchas ventajas sobre todas nosotras. Eres mucho más bonita... Y más confiada... La fé es una gran virtud.

—Voy a tener que ser mala como ellas — pensó con tristeza Ivonne.

Susana prosiguió conteniendo a duras penas sus nervios y dominando mal sus pérfidas intenciones.

—Lo mejor, créeme, es desconfiar siempre y vivir sobre aviso... Quizá Octavio te sea aún fiel!... Pero puede llegar un día en que se canse... Ya lleváis cinco años de casados...

Cinco años son demasiados para la fidelidad de un hombre... Y conste que esto te lo digo como amiga... No guía mis palabras más que el cariño que te profeso...

Ivonne la interrumpió con voz alterada.

—Mira, Susana: ya que eres mi amiga, debieras por lo menos ser discreta... Es una cosa que te agradecería. ¿Por qué vienes a mor-

# Felicidad fingida

Por Georges Pourcel

tificarme? La felicidad es una cosa muy difícil de lograr y hay que creer en ella para merecerla... Y verdad? ¿Qué ventajas obtendría yo... o tu, si hiciéramos investigaciones para descubrir a nues-

## EL FUEGO

Alma del mundo — ritmo y armonía  
calor y sangre, pensamiento y llama —  
tú animas el grandioso panorama  
del universo que ilumina el día.

Surgió de tu fecunda fantasía  
cuanto en el mundo la creación derrama:  
la roca dura, el corazón que ama,  
y el lúbrico entusiasmo de la orgía;

pero aún más grande tú eres en la historia,  
nube de redención o luz de gloria;  
y si el fulgor de la tragedia brilla,

tú eres la ira de Dios sobre Sodoma,  
la Troya de Nerón eres en Roma,  
y el delirio del Pueblo en la Bastilla.

## LA MONTAÑA

Yo tengo la obsesión de las montañas,  
como un delirio inmenso de grandeza,  
cuyas visiones pueblan mi cabeza  
con sus cumbres fantásticas y extrañas.

En su falda vestida de marañas  
descuella la inmortal naturaleza;  
y llevan, como feto de belleza,  
oro, fuego y carbón en las entrañas.

Por eso estos gigantes silenciosos  
subyugan con sus cuerpos de colosos,  
cuya arteria es el cauce de un torrente;

su voz, la formidable de los vientos;  
y sus raros, excelsos pensamientos,  
las águilas que vuelan de su frente.

Ricardo ROJAS.

cuando no se la posee, por lo menos se debe disimular... o inventar... ¿Te admiran mis palabras, tras rivales?... ¿Quiéres que las eche vitriolo en la cara? ¿Te parecería bien que me ocultase en cual-

## ANECDOTA

*Uno de sus amigos encontró a Tristán Bernard en la calle llevando en cada mano, con un cuidado extremo, un bizcocho.*

*—¡Dos bizcochos, querido Tristán! Yo no le conocía a Ud. el defecto de la glotonería.*

*—Se engaña usted. Estos dos bizcochos no son para mí. Se lo voy a contar todo. El otro día, mi suegra, al pasar conmigo frente al escaparate de Coquelín, el pastelero, gritó al ver unos soberbios bizcochos: "¡Daría la mitad de mi vida por comerme uno!..."*

*Y Tristán sonrió como un buen chico; luego murmuró:*

*—¡Ya ves: le llevo dos!*

guier zaguán de la calle de la Pompe para ir a sorprender a mi marido cuando se encendiese la luz en algún "misterioso" departamento?...  
Al oír estas palabras Susana se estremeció.

—¿En la calle de la Pompe? ¿Por qué has mencionado esa calle? — Ivonne tardó en contestar algunos instantes durante los cuales saboreó su venganza.

—He dicho en la calle de la Pompe por casualidad... como podría haber dicho en la calle de la Bruyère, número 18...

—¿En casa de Marta Lanier? — gritó Susana — ¿Pero tienes la seguridad de que Marta?...  
En su turbación Susana se traicionaba... Habían sido dos puñaladas ciertas que le habían llegado al alma...

—¡Miserable! — exclamó sin poder contenerse.

—A quién te refieres? — preguntó con altivez Ivonne.

Sufre lo que yo he sufrido — pensaba la señora Romieu — con los celos que he despertado en ella satisfago mi venganza.

Y el placer de ver sufrir a Susana casi la hizo olvidar sus propios sufrimientos.

Ivonne, continuó después de una corta pausa con tono irónico:

—Parece mentira que a tu edad seas tan inocente, querida Susana. ¿Creeas que eras tú la única?

La rival se irguió, como si hubiera recibido una bofetada; pero ante aquella mujer, desconocida, hasta entonces, en tan sublime aspecto bajó avergonzada la cabeza.

Hubo un largo silencio que interrumpieron unos pasos firmes. Se abrió una puerta; era el marido quien entraba. Adivinó, más bien que vio a aquellas dos mujeres inmóviles en la obscuridad...

Encendió la luz y pudo contemplar entonces sus semblantes descompuestos, luchando por volver a ocultarse tras la máscara del fingimiento y de la indiferencia; es decir; la convencional careta de todos los días...

—Nuestra querida amiga Susana, se despedía — exclamó Ivonne con voz apagada. ¿Quiéres acompañarla, Octavio?

—¡Canalla! — rugió Susana al pasar junto a él, con rabia mal contenida.

El matrimonio encontróse luego solo en el salón. Ivonne, estaba muy pálida... Octavio bajaba la cabeza, temiendo una explicación...

Ella, al fin, rompió el silencio y con acento triste y dulce exclamó:

—Perdóname Octavio, que te dije comer esta noche, solo... Tengo mucha jaqueca... Mañana se me habrá pasado; no te preocupes!

El se enterneció ante aquel dolor que aún tenía fuerzas para sonreír dulcemente...

—Esa miserable te ha dicho!...

—No. ¡Lo sabía yo hace ya tiempo! Desde el primer día, Octavio.

El quiso explicarse, excusarse, entonar el yo pecador... Pero ella hizo un gesto significativo haciéndole comprender que era inútil...

¡Quería estar sola!... ¡Dormir!... ¡Olvidar!

Y se fué a su habitación. Allí apoyando en la almohada su rostro lleno de lágrimas, murmuró sollozando:

—Mi pobre felicidad!... ¡Mi pobre felicidad!... ¡Dios mío!... ¡Qué desgraciada soy!...



# SINTÉTICAS

## ARITMETICA POLITICA

La reciente manifestación pública, organizada por el partido de la Unión Cívica Radical Irigoyenista, dió motivo a que un núcleo de afiliados a una agrupación política ofuesta, entre los cuales se contaban tres escribanos, un contralmirante, un actor teatral y varios otros caballeros, constituidos en organismo de control, se situaran en un balcón de la Avenida de Mayo y, desde allí procedieran a realizar el cómputo de las personas que tomaron parte en la manifestación de referencia. Efectuado el recuento, los resultados de tan curiosa fiscalización se hicieron constar en un acta, debidamente protocolizada y firmada por todos los presentes, en la que, entre otras cosas se dice lo siguiente:

"Que dado el desorden en que, en parte, desfiló la manifestación, no ha sido posible comprobar exactamente el número de manifestantes, que ascendió a 10.955 personas".

He aquí una conclusión muy capaz de clavarse, como neuralgia, en el caletre más reposado. En efecto; si la cantidad de manifestantes ascendió a 10.955, ¿qué falta, entonces, para la exactitud del número? A no ser que

Un escrúpulo extremado,  
En la posibilidad  
De que un rengó haya pasado,  
Exija que sea contado  
Como fracción de unidad.

## SORPRESAS HISTORICAS

Después de veinticinco años de prolifas investigaciones, el sacerdote español don Adrián Sánchez Serrano, capellán de la Iglesia Nacional de España, en Roma, sorprende al mundo con un hallazgo sensacional, pues, según afirma rotundamente, ha descubierto la verdadera nacionalidad de Cristóbal Colón, de lo cual posee testimonios irrefutables obtenidos en los archivos de Roma y de París.

El padre Sánchez Serrano asegura que el verdadero nombre del descubridor de América no es Cristóbal o Cristóforo, ni su apellido Colón o Colombo, sino otros diferentes; que en la firma del gran navegante está encerrado el misterio de su vida que le obligó a ocultar su verdadero nombre y apellido; que no es genovés, ni gallego, ni catalán, sino extremeño; que fué el quinto almirante habido en su familia; que no fué judío, sino descendiente de una familia de la más pura nobleza española, entre cuyos miembros se cuenta el célebre don Enrique de Trastámara, aquel que despachara para el otro mundo a don Pedro I de Castilla; que el padre de Colón, perteneció a la familia real y llegó a ser obispo en sus últimos años; que la madre, que era todavía de más noble abolengo, sirvió de modelo para pintar una Virgen que se conserva en Roma, y es posible se llegue a verla adorarla en los altares, porque está en olor de santidad; etcétera, etcétera

Frente a estas sensacionales revelaciones del padre Sánchez Serrano, cabe pensar que

Aunque Colón fuera un as,  
El sacerdote en cuestión  
Es más glorioso quizás;  
Pues ha descubierto más  
Que descubriera Colón.



# RESTITUCIÓN

Por Ada Negri

Cuando sucedió la desgracia, Julita tenía siete años. Jugaba, canturreando, en torno a mi tocador. Nunca olvidaré su expresión de aquella mañana, en la que se me apareció por última vez con su cara, la cara que yo le había hecho: una carita color de perla, con perfil de idolo egipcio, labios frescos y risueños, melenita negra, airosa, siempre enmarañada. Al borde de la mesa-tocador, un calentador de alcohol sostenía las tenacillas de rizar. Las llamas, pequeñas, en dos filas regulares, resplandecían bajo las tenacillas, azules y violáceas a la luz del sol que se reflejaba en la superficie de cristal llena de frascos y de pequeños objetos plateados.

Yo repetía a Julita:

—Ten cuidado, nena. Juega un poco más allá.

Pero se lo decía con tono distraído, persuadida de que nada malo podría sucederle a mi hijita; y seguía peinándome. Yo poseía entonces largos cabellos color de miel, que eran mi coquetería; y cometía el error de ondularlos con tenacillas, cuando en realidad habrían tenido una apariencia magnífica en su lisa dulzura.

Y luego... Fué un instante. Un ademán imprudente de la niña. Un frasco de alcohol derribado sobre el calentador, una llamarada, gritos, gemidos, gente que acude. Más tarde, sin que yo me diese bien cuenta de lo sucedido, un terrible silencio en una habitación oscura.

Cuando el médico quitó las vendas de gasa del rostro de mi Julita, vimos un monstruo ante nosotros. Los ojos se habían salvado, pero desde los pómulos hasta el mentón, la carita ya no era más que un informe cartilago grumoso.

—No se desesperen — decía el médico. — Habrá remedio, habrá remedio.

Pero mi marido y yo leímos recíprocamente en nuestros ojos el mismo pensamiento: hubiera sido preferible la muerte.

Fueron intentados todos los recursos, por años enteros. Consultamos a los más ilustres doctores. Nada fué mezquinado.

El cartilago horrendo palideció poco a poco; pero la cara quedó surcada de manchas y cicatrices; los labios y la nariz, implacablemente marcados; la sonrisa reducida a una mueca...

Desde entonces no viví más que para ella. Quedó atrofiada en mi la ternura por mi marido. Si se me acercaba y trataba de darme un beso, yo temblaba hasta castañetear los dientes, y retrocedía. Lo sentía extraño a mi vida; hubiera podido irse, hubiera podido morir: ya no me importaba nada.

¡Pobre hombre! Me amaba. Amaba a Julita. Pero, ante lo irreparable, ante mi frialdad casi hostil, recuperó su equilibrio, se refugió moral y materialmente en los negocios; volvió, en resumen, a ser el hombre de antes, con un dolor más.

Yo, en cambio, no fui desde entonces sino un solo dolor, carne, nervios, corazón, espíritu. Y no podía vivir más que con mi hija, lejos de mi marido, lejos de Gustavo.

Gustavo es mi primogénito. Hermosísimo. Su belleza y la de Julita habían sido mi orgullo por años enteros. ¡Y ahora...! Contrafásemse las vísceras cada vez que debía confrontar su sano y armonioso

rostro con la máscara de Julita. Me abrumaban bajos pensamientos. ¿Por qué, si debía suceder la desgracia (y no a mí), no le había herido a él en lugar de Julita, que era niña, destinada a ser mujer y que tenía necesidad de agradar?... Además, Gustavo poseía otros bienes: una salud de hierro, una irresistible vehemencia de vida. Cuando reía, parecía iluminar cuanto le rodeaba. Le bastaba un pequeño soplo para derribar a su hermanita, que, después de la desgracia, crecía penosamente, a causa del terror sufrido y de las largas fiebres. Y yo no le podía perdonar que él fuese el único fuerte y hermoso.

físicos. Era yo su maestra. Para el francés y el inglés, para el piano, venían a casa expertos profesores. Ella aprendía con facilidad. No parecía sufrir por su condena; sin embargo, la sorprendí dos o tres veces, inmóvil ante el espejo, con el pretexto de arreglarse los cabellos, que le habían crecido con abundancia. También habían vuelto a crecerle las cejas y las pestañas. Pero la cara, ¡ay!, una ruina...

Confieso ahora, que cuando la niña se encontró en el umbral de la adolescencia, luché cuerpo a cuerpo, sin osar decir nada a nadie, contra la idea de matar a Julita, y de matarme. De noche, so-

## SOLEDA

La vieja estampa muestra al dulce "poverello" hincado sobre el mundo con humilde fervor, su sayal bate alas bajo el viento del cielo y hay en su mano un cráneo como una inmensa flor.

Ha vencido a la muerte el manso limosnero, su ciencia es sólo amor y su palabra canto, como los pajarillos ha seguido el sendero y a fuerza de ser niño, ha llegado a ser santo.

Hoy más que nunca, hermano, tu ejemplo es necesario (cesario)

¡Perdido es el concepto puro de la piedad, perdido es el consuelo del cordel y el rosario, perdida es la secreta virtud de la humildad!...

Cruza el ave y no vemos su simbólica huella, abre la rosa y muere lejos de nuestra mano; su parábola eterna traza, inútil, la estrella y la hermandad del mundo se manifiesta en vano.

Lejos, lejos de todo, el hombre vil dormita su trágica cabeza apoyada en la sombra... el agua va subiendo hasta su alma marchita y el Angel del Señor, que pasa, no le nombra.

Fernán Félix de AMADOR.

Enfermedad de los nervios; lo sé, lo sé, ¡Qué infinito número de desviaciones morales y de torturas familiares se refugia en el término médico: "enfermedad nerviosa"...

Regañaba y castigaba a Gustavo, casi siempre injustamente. No podía soportar su bullicio de chiquillo alegre y sano. Llegué incluso a pegarle, con rabia ciega. Una vez su padre me lo sacó de entre las manos, sin hablar; pero sus ojos me decían: "¡Loca!... estás loca!... Y un juicio más amargo aparecía en los ojos de Gustavo: tristeza y severidad de muchacho que no puede defenderse, pero que comprende y soporta, y quizá dentro de sí se compadece de quien lo atormenta. Pero entonces yo no leía sino en las miradas de Julita: besos, abrazos, indulgencias, cuidados, para ella sola, para Julita.

Nada de escuelas públicas, para evitarle la pena de los parangones

bre todo (yo dormía en su alcoba), la tentación se adueñaba de mi espíritu. ¿Qué hace en el mundo una mujer cuyo aspecto despierta repulsión?... ¿Quién, fuera de mí, habría podido recordar la angélica gracia de aquel rostro, antes de que el fuego lo desfigurase?... ¿No llegaría el momento en que ella misma me hiciera reproches por haberle dejado la vida?...

La fuerza inconsciente que ahonda las raíces en el instinto, me impidió, por fin, cometer el acto criminal. Cesó en mí la lucha, completamente, cuando me percaté de que Julita mostraba una profunda pasión por la música y que estaba dotada prodigiosamente para el piano. Segura como estuve de la posibilidad de que se evadiría, en el campo del arte, de la miseria corpórea que la condenaba, me resigné a aceptar la vida para ella y para mí.

A los diecisiete años hizo en la

música, tales progresos, que dejó estupefactos a sus maestros. ¿Progresos?... No creo que sea ésta la palabra adecuada. Tocaba el piano a su modo con interpretaciones singulares, con semitonos y "pianísimos", que parecían venir de profundidades melódicas. La intimidad de su pulsación era tan penetrante que a veces hacía daño al corazón. ¿Acaso su perdido rostro de niña se elevaba sobre la melancolía de las ondas melódicas?...

Prefería la música sagrada. Quiso un armonio. Lo tuvo. La casa se llenó de espíritus místicos: Bach, Haydn, Palestrina, Corelli.

Gustavo, entretanto, estudiaba electrotécnica y se dedicaba a toda clase de "sports". Nuestras relaciones no habían cambiado. Su belleza me ofendía los ojos, su despreocupada alegría me ofendía el corazón.

Yo no osaba gritarle ni maltratarle; me aventajaba en estatura más de diez centímetros. Pero al lado de Julita no podía verlo, me resultaba insoportable.

Y no me percataba de la miserable vida que infligía a él y a su padre, y, entretanto, el tiempo — el tiempo que no se detiene — pasaba.

Una noche, a hora avanzada, cuando mis hijos y la servidumbre ya estaban acostados, mi marido me llamó a su estudio y me anunció con triste calma, que al cabo de un mes partiría para San Francisco de California, donde su hermano mayor dirigía una gran empresa comercial. Iba a trabajar en unión de su hermano: ignoraba cuándo volvería; llevábase consigo a Gustavo, para iniciarlo en los negocios y hacer de él un hombre.

Muda ante él, yo sentía mis pies apovados, no sobre el brillante "parquet", sino sobre arenas movedizas, embebidas en agua, que poco a poco me absorbían. Siempre tan mesurado y paciente, aquella noche mi marido no tuvo conmigo la menor piedad. No me ocultó nada, dijo todo cuanto albergaba su alma dolorida.

Me dejaba en Europa, con Julita, ya que Julita era el único ser que existía para mí. El y su hijo habían padecido diez años de resignación. Pero ya no podían seguir viviendo con una esposa que ya no era esposa, con una madre que ya no era madre. La desgracia de Julita, ¡sí, sí, lo comprendía! Pero, de una desgracia, yo había hecho tres. ¡Cuántas veces Gustavo había llorado a solas con él, sobre su hombro!... Y yo, dura, obstinada, injusta, implacable... Se iría al cabo de un mes, con su hijo, que era lo único que le restaba en el mundo.

Julia, de buenas a primeras, creyó que se trataba de un breve viaje de negocios, que no duraría más de tres o cuatro meses. Y dijo:

—Papá, ¿por qué no me llevas contigo?... ¿por qué no nos llevas contigo, a mamá y a mí?...

Pero se contuvo, en seguida, comprendiendo el drama a través de nuestro silencio y de nuestros rostros pálidos. Echó los brazos al cuello de su hermano; se amaban, ellos dos.

¡Ciertas partidas son como funerales de personas vivas!... Desapareciendo el tren rumbo al puerto de embarco, desaparecidas la cara doliente y proba de mi marido y la cabeza de oro de mi hijo, con



ojos sin lágrimas, con el corazón estrujado, reconocí dentro de mí, que aquella hora irrevocable era yo misma quien la había llamado, en el espacio de doce años. Fui dominada nuevamente por la sensación de que, bajo mis pies, la tierra, ya no fuese tierra, sino arena movediza embebida de agua, que me absorbiese. Con un esfuerzo, permanecí erguida, cifando con un brazo los hombros de Julita, que lloraba. Pensé:

"Ahora no tiene a nadie más que a mí".

\*\*\*

Pero llegó el día en que tuve que convencerme de que yo ya no era necesaria a mi hija.

Nunca lo hubiera creído. Sin embargo, fué así.

Ya había cumplido veinte años. Después del difícil período de la pubertad, su salud se vigorizó; a esto contribuyó, no sé cómo, su voluntad tenaz. La gracia de su cuerpo esbelto hacía resaltar aún más la deformidad de su cara; pero el mismo contraste la tornaba más interesante. Ella, indudablemente, lo sabía. Y no había movimiento que no lo estudiase.

Dejó a un lado la música sacra. El armonio fué cerrado, y el espíritu religioso pareció atenuarse en ella al mismo tiempo. Tocó el turno a Schubert y a Chopin; pero Chopin la hacía sufrir, y se refugió con toda la fuerza de su espíritu en los maestros modernos: Debussy, Ravel, Granados, Scriabin, cuyas obsesiones inquietudes eran interpretadas por ella en una forma maravillosa.

Era una artista excepcional. Su maestro, un viejo incontentable, estaba entusiasmado. La fama de sus interpretaciones transpuso los límites de la intimidad familiar, difundióse entre nuestras relaciones, entre los apasionados del arte.

Fué invitada a dar un concierto. Yo pensé en su máscara, y me estremecí. Ella aceptó.

Y fué un éxito rotundo. Y siguió estudiando, perfeccionándose, dando conciertos de beneficencia, frecuentando veladas musicales, deseada y recibida con afecto y fervor. Llevaba alta a los salones la condena de su rostro; pero la nerviosa sutileza de sus tobillos, la elegancia de su torso, la espiritualidad de sus ademanes, la perfección de sus brazos y de su cuello, hablaban por sí solos. Decían: "Miradme, Miradme. Sería completamente bella si el fuego me hubiese respetado".

Iba y venía, libre. Con respecto a mí, gozaba de tan absoluta independencia, que el día en que una señora me preguntó tímidamente, si era verdad que mi Julia iba a casarse con Armando Lacal, el famoso violencelista, quedé helada.

¿Armando Lacal?... Un conquistador de mujeres...

Cuando estuvimos solas, pedí a Julita una explicación. Con gran dulzura, pero sin titubear, me contestó:

—No me casaré con nadie. ¿Cómo quieres que se case una mujer con mi cara?... Pero soy la amante de Armando Lacal.

No recuerdo lo que brotó de mis labios. Perdí la fiscalización de mis palabras. Ella no se alteró nada.

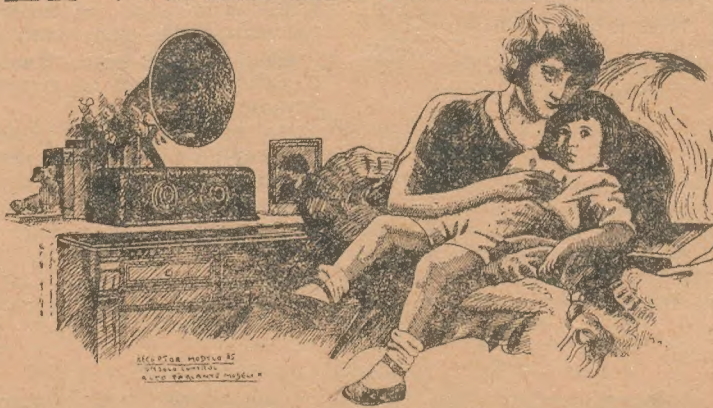
—Hace muchos años, mamá — me dijo —, que me miras a la cara y que tiembles por mí. ¿Crees que yo no lo he visto?... ¿que no me

he dado cuenta?... ¿que no lo he sentido?... ¿que no he comprendido la razón de la partida de papá y del pobre Gustavo?... Quiero vivir por mi cuenta, mamá. Y lo quiero todo. Todo, quiere decir amor. Antes pensaba que el arte sería suficiente para un ser como yo. Pero nunca, al llegar a vieja haber dejado pasar la juventud sin

minuto de amor es inmenso como la eternidad. Cuando me quede sin amor (¿qué quieres que yo pretenda?...), habré vivido la eternidad. Tú no eres una madre igual que las demás. Has padecido demasiado por mí. Tienes que comprenderme. Tu angustia se ha transformado en mi rebelión... ¡Mamá!...

No sé por qué, se me apareció

## RECEPTORES DE RADIO ATWATER KENT



### Al anochecer...

Qué día ha sido! — aventuras, diversión para el niño; para Vd. quehaceres, irritación, ansiedad. Pero ahora, al anochecer llegará música para calmar los nervios y acariciar el espíritu, trayendo gratas memorias y sueño tranquilo.

Al instalar ATWATER KENT en su hogar hallará satisfacción al comprobarse que éste es en todo superior al de su vecino por la nitidez y naturalidad de su tono, por su mayor volumen, selectividad y eficiencia.

Y en cuanto a sencillez, al observar el tablero complicado del receptor común y la resultante dificultad de sintonizar, qué placer es el de manejar ATWATER KENT y traer del aire los varios programas de broadcasting con sólo girar el único control.

PIDAN FOLLETOS ILUSTRATIVOS

**DITLEVSEN y Cía.**

Unicos importadores, COCHABAMBA 54

EN EXPOSICION Y VENTA

RADIO CULTURA

Callao 674

MENTRUYT y Cía.

Victoria 557

amor. La familia, no; sé que no debo fundarla. Desfigurada como estoy, sé que no debo pasar toda la vida al lado de un hombre. Pero Armando Lacal me ama, ahora. Comprendo que, por parte suya, es un capricho; mañana ya no me amará. Pero me habrá amado. Un

ron en la memoria las horas lejanas veladas junto a su lecho, en tentación de muerte. ¿Valía la pena haber sufrido tanto?... Nada dije. La estreché contra mi pecho, y lloré.

Un año después, Armando Lacal partía para una larga "tournée"

### ANECDOTA

*Acababan de separarse los célebres políticos españoles don Antonio Cánovas y don Francisco Silvela.*

*Cánovas, comentando en su casa, ante un grupo de contertulios la actitud de muchos de sus amigos que habían seguido a Silvela, actitud que produjo gran sorpresa en don Antonio, exclamó:*

*—¡Hasta ese trasto de Fulano! (Aquí el nombre de un conocido político).*

*El padre del aludido, que se encontraba presente, al escuchar el calificativo de Cánovas, exclamó todo confuso y azorado:*

*—¡Don Antonio, por Dios! ¿Que es mi hijo!...*

*—Pues por eso le trato con consideración — añadió Cánovas sin inmutarse.*

de conciertos. Ya/estaba cansado de Julita la "tornée" llegaba a propósito. Por orgullo, ella no le había dicho que... nacería un retoño. Me lo confesó a mí; pero desapareció de su espíritu la arrogante seguridad que la sostuviera hasta entonces. Apenas salidas aquellas palabras de sus labios, se desplomó sobre una silla, con el aspecto de quien, aunque vivo, ha dejado de vivir.

Escribí en seguida a mi marido, diciéndole que una repentina fatiga nerviosa, obligaba a Julita a un largo reposo en el campo; y me retiré con ella a una villa de Pinatar, aislada entre el verde de los prados y de los bosques. Allí mi hija dió al mundo su criatura; allí, si lloró, no dejó ver sus lágrimas, ni a mí siquiera; allí murió de fiebre infecciosa; en pocos días, dejándome una niña.

Murió contenta; vi esta alegría en la paz de sus ojos cerrados. Y no pude abandonarme y llorar todo mi llanto, porque otra Julita tenía necesidad de mí.

\*\*\*

La otra Julita, por un milagro de semejanza, tiene la carita de perla, el perfil de idollito egipcio, los frescos y rojos labios de la niña saltarina — tantos años atrás — en torno de mi mesa-tocador, en cuyo espejo yo admiraba mis cabellos color de miel.

Ahora, mis cabellos son canos; pero yo sigo siendo joven. La desaparición de mi hija se ha llevado consigo la inquietud que me roía; la pena interna ha podido purificarse. Me conservo joven, con la animosa juventud de una mujer de cincuenta años que tiene todavía entre sus brazos una niña que educar.

Esta niña es hija mía dos veces: jugamos juntas, y no se duerme si no tiene su mano en la mía.

Nada de malo podrá sucederle, porque su mamaita ya ha sufrido con creces por ella.

Es buena. Será hermosa. La fortuna deberá sonreírle. Ha sido mandada por Dios.

Mi marido y Gustavo lo saben todo, desde hace tiempo. He puesto tanto afecto, tanta humildad en mis cartas, que me han perdonado.

Vendrán a Europa dentro de algunos meses, a buscarnos, a mí y a Julita, para llevarnos a San Francisco y no separarnos más, nunca más.

Cuando les vea llegar a Pinatar, iré al encuentro de ellos con la niña de la mano, y ambos comprenderán que es nuestra Julita de antes, restituida; y estarán reunidos los vivos con los muertos.

Es primavera.

Esta mañana, en la huerta, he notado que las flores del cerezo son ligeras, sutiles, de un blanco grisáceo, como mis cabellos.

### Sombra para los viajeros.

Mister H. Harriman, "rey" de los ferrocarriles norteamericanos, ha dado las oportunas disposiciones para la plantación de una doble fila de árboles a lo largo de toda la línea del "Southern Pacific" y de algunas otras afluentes a ella. La plantación comprenderá un trayecto de dos mil millas entre el río Missouri y el Pacífico.

# El sombrero en la cama

Por Pitigrilli

Después de diez años de no haberse visto, los dos amigos de la infancia se encontraron en un entierro. Al regreso del cementerio, preguntó el uno al otro:

—¿Eras amigo del querido muerto?

—Apenas lo conocía.

—¿Y has venido hasta el cementerio?

—Sí. La hora del entierro era cómoda: las tres y media. Un paseo a esta hora favorece la digestión y da apetito para la cena. Necesitaría un entierro diario. Y tú, ¿qué haces?

—Fabrico papel secante; ¿y tú?

—De marido.

—¿Es tuyo ese perro?

—Sí.

—¿Un fox?

—Un viejo fox.

—Se le conoce. Tiene el andar de los camareros viejos. Y ¿por qué no le has hecho cortar la cola como a todos los fox?

—Porque no soy un imbécil.

—¿Cómo se llama?

—Argo. Argo se llamaba el perro de Ulises que reconoció a su amo después de diez años.

—Se acordaba de los palos.

—No, no lo creas. Cuando Ulises regresó a Itaca...

—¡Bah! ¡yo me río de eso!... y tú, ¿vives aquí?

—Sí, ¿y tú?

—Aquí cerca. En Condove, un pueblo que en nada se parece a la Cote d'Azur, pero donde me encuentro yo muy bien.

—¿Hace mucho que faltas de Turín?

—Diez años.

—¿Te place el verte aquí de nuevo?

—No. Ansío que llegue la hora de marcharme. ¿Tienes hijos?

—No me resultan.

—Mi tren sale a las 9.55. Te acompañaré algunas horas, si no te molesto.

—Al contrario. Más vale ir acompañado que solo.

—Te convidó a cenar, ¿aceptas?

—Como muy bien en casa.

—Tomemos al menos un café juntos.

—Vamos a beber. ¿Te acuerdas de que diez años atrás, me emborrachaba como un polaco? Pues bien, ahora...

—¿Bebes menos?

—Más.

—Yo también. Además hoy es día de fiesta. El querido muerto era mi tío. Yo soy su único sobrino. Me deja gran parte de sus bienes. Quieras, casas, bosques, buyes. Yo hubiera preferido dinero en efectivo, líquido, que es más fácil de beber.

—Pero comencemos paseando un poco por la calle de Roma. Al contemplar todas estas caras conocidas, que veía 10 años atrás, me parece oír un álbum de viejas fotografías.

—¿Tomamos un coche?

—No soy una cocotte. ¿Tienes mujer? ¿Con quién te has casado?

—Con una señorita; ¿y tú?

—Con mi criada. Los demás hombres convierten en criada a la mujer propia, después de la boda. Yo lo hice antes.

—¿Eres aún tan supersticioso? ¿Recuerdas que terror te causaba el 17? ¿O el 27? ¿Qué número era?

—El 61.

—Y cuando me quisiste pegar porque puse mi sombrero sobre la cama!... ¿Te acuerdas?

—No. Pero me acuerdo de algo peor. El sombrero puesto sobre la cama trae una desgracia desastrosa. ¿Si supieras lo que sucedió una vez!

—Cuéntame...

—Debes saber que...

\*\*\*

Los dos antiguos amigos desembocaron en la plaza de San Carlos. Eran las cinco de la tarde. En noviembre. En el más hermoso sitio de Turín. La hora, el mes, en que ese sitio parece más hermoso.



EL SEÑOR.—¿Este perrito no estará rabioso, verdad?

El ocaso en la plaza de San Carlos... Las dos iglesias que se destacan en competencia en el fondo y se recortan en el cielo inverosíblemente azul. Y entre la recortada línea de la arquitectura, violácea por la bruma, y el cielo teñido de escarlata, el sol traza dos grandes acentos circunflejos de oro. Entre una y otra iglesia, una enfilada de arcos voltaicos, entre la niebla; y debajo, las mujeres elegantes, envueltas en pieles, perfumadas, frioleras, más parisienses que las mismas parisienses.

Turín debe vanagloriarse de sus mujeres más que de sus motines del 21.

Se siente uno tentado de besarlas a todas, una por una, sobre la boca húmeda y caliente, escondida entre el cuello de piel húmedo y frío. Húmedo del vaho de la respiración y de la neblina; se quisiera respirar aquel olor de mujer, de bestia, de perfumería, aquel olor

de invierno.

Y dejémoslas creer que las besáramos por su hermosura. ¡Ilusas! Las besáramos porque la gloria melancólica de aquella puesta de sol, nos enternece.

¡Cuántas veces las mujeres se han estremecido entre nuestros brazos, mientras las estrechábamos sólo para calentarnos las manos o el corazón!

Los grandes pórticos tristes, de los amplios palacios de regular y severa arquitectura. A la derecha, el sol que se oculta. Y la noche que surge de la tierra y sale. Parece que un vapor violado, solidificado, sostiene la ciudad. Las tiendas iluminadas, los cafés, los bars,

de mujer caritativa. Entonces, en mis tiempos, actuaba de cupletista. Yo la amaba. Era guapa. ¿Te acuerdas? Era una amante exquisita. Quizá lo sabes tú por propia experiencia. Ahora, después de tanto tiempo, puedes confesármelo. Es más, te aseguro que cací, casi, me alegraría saber que tú también... ¿No?...  
—No.

—La quería con locura. Nuestro amor duró tres años. La seguí por todo el mundo: a Venezuela y a Ceylán, entre las lumbradas del Cairo y los hielos de Noruega... Por efecto de uno de esos bruscos cambios de temperatura, cogí una bronquitis. Me arrastró a Calcuta (India, a Granada (España), a Saigón (Cochinchina), a las orillas del Amazonas y del Volga, al cabo de Horn...

—No insistas; sé que estás fuerte en geografía.

—Ella me la hizo aprender. En cada país donde nos deteníamos, se enamoraba del prototipo nacional y lanzábame su amenaza de engañarme con el hipnotizador de serpientes en Egipto, con el buscador de oro en Alaska, con el torero en España, con el fakir en la India, con el gaucho en la Pampa. Y yo, para evitar el engaño y en extraña tierra, tuve que mantener su ilusión personificando los tipos que la entusiasmaban de vez en cuando. Aprendí, pues, a montar a caballo en pelo, a tirar el lazo, a cantar canciones melancólicas y obscenas, acompañándome con la guitarra. En Alaska, me improvisé buscador de oro. Pero en consideración a mi miopía y por respeto a mi limpia historia, me concedió como favor excepcional, que le buscara el oro, ya labrado, en las tiendas de los joyeros. Por aquella mujer cerré los oídos a mi conciencia: cometí locuras, bajezas, villanías. Agoté mis nervios, estuve al borde de la neurastenia, perdí la tranquilidad. Nos queríamos, pero nuestra vida era un continuo reñir. Alguna vez nos pegábamos...

Vacilé un tanto al pronunciar esta frase. Cuando un hombre, hablando de su mujer, dice *nos pegábamos*, indica que recibía los golpes él; porque de haberlo recibido mutuamente, diría: Yo le pegaba.

Y prosiguió:

Nos ligaban el amor y el odio: cadenas de oro que sujetaban y oprimían nuestras muñecas. Cadenas de oro, pero cadenas. No podíamos pasarnos el uno sin el otro. Rompíamos y nos volvíamos a juntar más ardorosamente, con mayor espasmo.

—Suprime esas expresiones de canción napolitana.

—Ella me las enseñó. Mi vida era un martirio. No podía vivir sin ella ni con ella, aunque creo que sin ella habría vivido mejor. Hasta me lo dijeron los médicos.

—¿Consultábais a los médicos? ¿En qué estado de embrutecimiento os hallábais!

—Apártese de esa mujer — me aconsejaban los neurólogos ilustre (treinta liras por visita; en la India dos libras).—Pero, ¿qué quierres!... Estábamos unidos el uno al otro como las dos hojas de las tijeras.

Los dos amigos respiraron la neblina azucarada por el perfume de las lindas damas.

—Debes saber que he tenido una amante. Ahora es viejo. Ha pocos días, leí en un periódico que ha donado 10.000 liras a la Obra pía a favor de los hijos jorobados de los escritores del Estado. Yo también pensé entregar un donativo, pero recapacité y me dije que en aquellas 10.000 liras había algo mío. Hoy desempeña ella el papel



Al fin, un día (ya te he dicho que reñamos por cualquier tontada), entré en casa y encontré sobre mi cama su sombrero. No sé que haya nada que traiga la desgracia más irreparable, como el sombrero sobre la cama. A mi cortés reconvencción me respondió ella inmediatamente y mal; yo me resentí; ella me insultó. Aquellas noches nos saludamos por última vez. No me acostumbraba a creerlo. Multitud de veces nos habíamos separado para juntarnos una hora después. Al día siguiente no la ví; al otro tampoco; al tercero tampoco.

Sentíame tan feliz que temí acabar en un manicomio. Mi vida se renovaba; comenzaba mi segunda juventud. Quise probar algo absolutamente nuevo para convencerme de que renacía; me dediqué a las investigaciones sobre la inteligencia de los peces del río y del mar y al estudio de la *pedestromancia*, o sea al arte de leer el destino en las líneas de las plantas de los pies.

Pero esto no era aún lo bastante nuevo para mí y me compré un acordeón. Compré una gruesa de pipas de yeso, y, en el corredor de mi casa, me entretuve en romperlas una a una utilizándolas como blanco para mi escopeta de aire comprimido... ¿Has probado tú los caracoles? ¿No? Son asquerosos. Pues bien, para hacer algo nuevo, me dediqué a comer caracoles...

A ello debí un tifus que me tuvo en cama un mes. Consultados los médicos más eminentes de la época, me auguraron pocos días de vida. Entre los pocos días que me dieron los médicos y los que me he tomado yo, todavía vivo ahora.

Y la dama no se dejó ver. Pasaron tres meses y no apareció. El sombrero sobre la cama había ejercido una influencia innegable.

—Perdona — interrumpió el amigo. — Pero me parece que no te trajo mala suerte el sombrero sobre la cama. ¡Al contrario! Os odiábais, os pegábais, érais el uno para el otro una cadena inaguantable. Ella se marchó. Fué una dicha para ti.

—Déjame acabar. Una noche, cuando esa mujer había desaparecido en absoluto de mi memoria (habían pasado ya cuatro meses que me rejuvenecieron de ocho años), al entrar yo en mi casa, vi un sombrero sobre mi cama. ¡Había vuelto!

\*\*\*

Los dos amigos callaron. Entraron en la calle de Roma, donde hay más luz artificial.

La neblina había disminuido. Densas nubes encapotaban el cielo, aunque brillaban aún algunas estrellas (¡cómo brillan las estrellas en otoño!) que las nubes se olvidaron de ocultar.

Empezaba a llover.

—¿Por qué no abres el paraguas?

—Por no mojarlo.

—Cámbialo de lado, al menos:

¿No ves que me lo metes entre las piernas? Así darás más gusto a tu paraguas y a mí.

—Ya estás complacido; pero conste que es por dar gusto al paraguas.

Tras un prolongado silencio, el amigo pueblerino preguntó:

—¿Por qué te muestras tan áspero? ¿Acaso eres desgraciado?

—Sí — contestó el amigo ciudadano. — Padezco la infelicidad de ser feliz.

—Habla en italiano neto. Explícame.

El perro examinó diligentemente los pies del diván para comprobar, con sus ojos miopes, el estilo, e hizo un gesto de desaprobación.

—Un *Cherry Brandy* — pidió el amigo ciudadano.

provinciano dijo:

—Continúa. Háblame de tu vida. Y el otro replicó:

—Esperemos que el camarero nos haya servido. Me molesta que se me interrumpa cuando hablo.

# Pianos

## DESDE \$ 36 POR MES

### De Fama Mundial

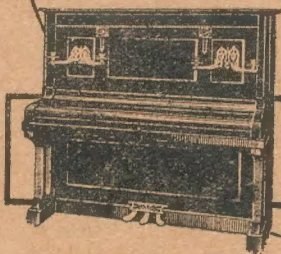
El acierto en la construcción, sujeta a la más moderna y rigurosa técnica, induce a advertir al pianista experto, las cualidades que son propias e inconfundibles en nuestros pianos.

**Pleyel - Gaveau - Gunther**  
**Steingraeber - Noeske - Krause**  
**Schwarz-Rosemberg y Werther**

Al adquirir Ud. un piano de cualquiera de estas marcas, tenga la certeza de poseer un instrumento de reconocido valor musical

Tenemos existencia permanente de rollos de música

*Solicite Catálogo o Visítenos*



**OBIGLIO & HIJOS**  
BME MITRE 1215  
BUENOS AIRES

—¿Qué es eso? — indagó el amigo pueblerino.

—Una especie de Kirch.

—¿Qué es el Kirch?

—Una especie de ratafia.

—¡Perfectamente; que traigan dos!

Cuando se retiró el camarero, el

—¿Vienes aquí a menudo?

—Diariamente.

El camarero colmó las dos copas de un líquido espeso, como un rubí fundido.

En el borde de las copas se formó un menisco convexo.

El amigo de ciudad, asió la copa

y la llevó a los labios, derramándosele algunas gotas sobre la corbata.

El provinciano protegió el busto, alargando el cuello como para ofrecerlo al verdugo, y bebió con las puntas de los labios casi cerrados, como si fuera a silbar.

—¿Cuánto es, joven?

—Tres liras.

—No te molestes, yo pago — afirmó el provinciano.

—¿Por qué?

—Porque los hombres se dividen en dos grandes categorías; los que pagan y los que sólo hacen el gesto de pagar. Yo soy de los que pagan.

Y tiró cuatro liras sobre el mármol de la mesa.

—Y, ahora, escúchame — replicó el amigo.

“La mujer a quien contraté cuando me hube separado de la otra, permaneció a mi lado varios meses. ¡Era una mujer ideal! La mantenía con café con leche; sólo me engañaba alguna que otra vez, por distraerse o por necesidad. Una de esas veces — para citarte un caso — me engañó con un joyero que habitaba en la misma casa. Cometido el fraude, me confesó lealmente que había pasado al Rubicón para regalarme un afiler de corbata el día de mi santo.

No te describiré nuestra vida. Puedes imaginártela. Seguramente que no le sobrevino la diabetes por exceso de nutrición; antes al contrario, hubo de darle inyecciones para curarle de una anemia terrible, que se apoderó de ambos. Ella, a su vez, me aplicaba inyecciones a mí. Según me han dicho, ayudada por un médico y una comadrona, se ha especializado ahora en la aplicación de inyecciones hipodérmicas a lira por pinchazo.

—No es caro.

—Y bien puede decir que, gracias a mi piel, ha aprendido un oficio.

Entretanto me formé yo un pequeño serrallo con variado surtido de amantes. No acierto a explicarme cómo logré hacer frente a todos mis compromisos. Tenía una pintora húngara y, naturalmente, condesa, que vino a Italia para estudiar los azules del Ticiano. Turín no es la ciudad más indicada para tales investigaciones, pero me guardé mucho de decírselo. Disponía asimismo de una estudiante de farmacia, cuyos pariente murieron todos en el terremoto de Messina (¡una buena suerte!); me recibió a menudo en su *garconiere*. Después se convirtió en la amante de corazón de...

—Abrevia. Mi tren sale a las 9.55.

—Mi madre se desesperaba. Hubiera querido que me casase, que fabricase hijos, que ordenara un poco mi vida.

Precisamente en aquellos días despedí a mi amiga, porque, como intermediario en un negocio de maderas había ganado varios billetes de a mil, y quería comérmelos yo solo. Me trasladé a un puerto de mar donde veraneaba mi madre, para comunicarle la doble y grata noticia. Cuando supo que me había desembarazado de aquella mujer, se puso tan contenta, que para premiarme, redobló su ardor en buscarme esposa. Cierta día, hallándome sentado en la *table d'hôtel*, me dirigí a un señorita que estaba frente a nosotros, para pedirle el cascanueces.

—Tú ignoras la importancia que puede tener en la vida de un hombre un cascanueces.

## MAXIMAS

*La salud del alma es tan precaria como la del cuerpo; pues cuando nos parece estar más precavidos contra las pasiones, corremos el mismo peligro de sufrir su infección, que de caer enfermos cuando disfrutamos de salud.*

*En las enfermedades del alma se padecen recaídas, lo mismo que las del cuerpo; por eso, muchas veces nos parece estar curados, cuando sólo se trata de una crisis o de un cambio de enfermedad.*

*Las faltas del alma son comparables a las heridas del cuerpo; queda siempre la cicatriz y jamás desaparece el peligro de que puedan abrirse de nuevo.*

*El excesivo placer que nos causa el hablar de nosotros mismos, debía hacernos comprender que no les ocurre otro tanto a los que nos escuchan.*

Mi madre y la abuela de ella se hicieron amigas. Su abuela (las viejas sólo se ocupan en combinar bodas y en contar los peones de las damas para asegurarse de que están los 24, o para substituirlos con un botón, si falta alguno); su abuela descubrió en mí a primera vista, al hombre serio, capaz de hacer feliz a la joven.

La cual joven era una provinciana indigesta como el salmón frío: una de esas virginidades conservadas en frigorífico, que se prestan siempre a acompañar a los niños a hacer pipí, a quienes les gustan las poesías del *Fusinato*, el gramófono, los libros de misa encuadrados en nácar y que usan medias hechas en casa y zapatos que parecen estuches de violín. Había leído nueve veces *La cabaña del Tío Tom* y, a la novena lectura, rompía en llanto como en la primera.

Alta, larga, delgada como un cigarro de Virginia. Descolorida, rubia, de un rubio tan rubio, que incitaba a tirarle un tintero lleno a la cabeza.

Lo que más impresionaba de ella era su delgadez. ¡Calcula qué reacción para mí; para mí, acostumbrado a comprar mujeres por metros cúbicos!

Pocos días después, y no sé aún cómo, me encontré transformado en novio formal.

Fijado el matrimonio para la mañana de Pascua, me preparaba con atroz dolor de mi alma a renunciar a mi vida de soltero, cuando, cierto hermosísimo día, supe que mi futura se hallaba gravemente enferma. Un bubón soberbio le había brotado en el cuello; fiebre: 38 grados y medio, 39, 40. De momento, semejó el tumor un panadizo y luego, un avispero. El médico afirmó que aun no se podía hablar del avispero. Pero muy pronto el avispero se declaró. ¡Era la primera declaración que recibía aquella desgraciada!

Corrí a casa del sastre para mandar suspender la confección de mi traje de boda, pero el sastre me dijo que ya lo había cortado...

Trasladéme entonces a casa de la enferma, y... también le habían cortado el avispero. El cirujano me enseñó una bola de algodón hidrófilo, llena de una cosa amarilla que parecía brillantina y me aseguró que la enferma estaba fuera de peligro.

Mi destino debía cumplirse. Retardamos la boda una semana, esperando a que la herida se cicatrizará. ¡Estaba perdido! Un día en el que, sentado en el borde de su lecho, pensaba entre mí: "¡Por qué no revientas!", ella colocó su mano sobre la mía y me dijo lánguidamente: "¡Tu amor me ha salvado!"

Vi entonces abrirse ante mí la perspectiva horripilante de una vida metódica, normal, rectilínea como una carrera administrativa. La idea de renunciar a mi vida no-chariega de soltero, me atormentaba. Una esposa semejante me pegaría como una soldadura autógena durante toda la vida.

Confiar en que podría separarme de ella por incompatibilidad de caracteres era absurdo, porque su carácter rebosada de dulzura repugnante. Suponer que me engañaría, habría sido estar loco; era demasiado patosa para ocurrirle el engañarme. ¡Esperar a que ella se cansara de mí? ¡Si le parecía mentira haber pescado un marido!; su felicidad consistiría en conservarlo. ¡Aguardar a que muriera? ¡Sueño

visionario! Su familia había producido los más memorables ejemplares de longevidad. Hasta los citan en los libros de historia natural. Si se le expresara a uno de esos ejemplares la vulgar felicitación de *por muchos años*, sería capaz de ofenderse como si le dijera: ¡Así revientes ahora mismo!

var. Pero mi madre no estaba dispuesta a volver sobre sus pasos.

Finalmente, un día, después de exprimir mis meninges hasta disecarlas, creí haber encontrado la solución definitiva. Oyeme con atención: La solución era esta: "Procurar la infelicidad de mi matrimonio para poder desatarlo me-

La separación tiene sobre el divorcio la ventaja de impedir un nuevo matrimonio, esto es: el recaer en el error.

—Hacer desgraciado mi matrimonio. Esta frase se convirtió para mí en una obsesión, en una idea fija. Me la repetía continuamente, la escribía en todos los trozos de papel que me venían a las manos, hasta quise hacerla grabar en un sello.

Cuando se trató de buscar testigos para la ceremonia, tuve una idea repentina, pero clara.

Buscar a un *jettatore*: Un *jettatore* feroz, uno de esos que cuando entrar en una casa hacen estallar la tubería del gas o a un miembro de la familia.

—¿Crees en la *jettatura*?

—¡Que si creo!... Cuando hayas oído toda mi historia también crearás tú.

—La *jettatura* no es más que la fama creada en derredor de un bobo.

—Bien; pero si ese bobo se percata del efecto que se le atribuye, se vuelve *jettatore* de veras. En eso se parece a los que, habiendo sido mordidos por un perro, se les tiene en observación. Es tal su miedo a estar hidrófobos, que acaban por serlo.

—Adelante. Mi tren parte a las 9.55.

—Encontré fácilmente el *jettatore*. Era un profesor de gimnasia a quien cada año se le morían por término medio tres discípulos y se le perniquebraban once. Su cara era repugnante. Se parecía al verdugo dibujado sobre la portada de la historia de *Beatriz Cenci*. A su lado soy yo encantador y tú algo así como el Apolo de Belvedere o la Virgen de la Silla.

Tenía la nariz encarnada, poblada de verrugas, como envuelta entre las cuevas de un rosario. El resto de la cara era verde como el paño de billar. De tropezarle un empresario americano, le habría contratado para un *tournee mundial*.

Era un tipo representativo de las enfermedades de cambio de estación, en los anuncios de farmacopea, que tienden a sugestionar a los sanos, infundiéndoles aprensión. No te describiré su mirada; feroz, siniestra, obscena: Sin duda hubo orangutanes en su familia.

—Cuando le pedí que me acompañe ante el alcalde, aceptó con alegría salvaje.

Con su aceptación me puse yo radiante como un reflector. Era el mejor campeón de *jettatura* contemporánea que podría desearse. Cada vez que le encontré en mi camino, arriesgaba realmente mi vida.

Mi novia me cuchicheó tímidamente:

—Auguran que ese señor trae consigo la mala sombra.

Y yo, impertérrito, repuse:

—No creo en esas tonterías.

Al día siguiente, acicalado y rizado como el cordero pascual me empalmaba con la muchacha que Dios, con la complicidad de mi madre y de su abuela, quiso darme por compañera.

El testigo *jettatore* hallábase detrás de nosotros.

No sé que pueda imaginarte una ceremonia más lúgubre que la nupcial. ¡Cómo se parece a un entierro! La gente que os estrecha la mano en silencio; las flores; los testigos vestidos de negro; la madre con las lágrimas en los ojos, como si se tratase de practicar a la hija alguna operación bárbara,

## PENSAMIENTOS

*En los asuntos de este mundo, lo que se salva no es la fe, sino el no tener ninguna.*

*Jamás he visto que un árbol que se trasplanta a cada instante, y una familia que con frecuencia muda de casa, prosperen tanto como los que tienen estabilidad. Tres mudas de casa equivalen a un incendio.*

*Si los pícaros supiesen cuan ventajoso es ser hombre de bien, serían hombres de bien por picardía.*

*La experiencia es un maestro que enseña a menudo a su mujer y su bolsa se expone a que se las pidan prestadas. — Franklin.*

*Haz el bien por el bien. No emplees jamás la humanidad como un simple medio. Respétala como un fin.*

*De todo lo que se puede concebir en el mundo, y aun en general fuera de él, no hay más que una sola cosa que sin restricción se puede tener por buena y, esta es una "buena voluntad". — Kant.*

*La juventud es avara de aprender, pero se cansa fácilmente del estudio; un trabajo seguido le es penoso, como lo es a la edad madura. — La Harpe.*

*La indulgencia y la afabilidad son necesarias en la vida social. La buena conciencia es recompensa de la virtud.— Barón de Holbach.*

La longevidad del cocodrilo, del loro, de elefante, del cisne, de la tortuga y de la ballena, es una tontería, comparada con la de esas gentes.

Conforme se acercaba el día de mi ejecución, se agudizaba en mí, el dolor de mi juventud a punto de desaparecer y que yo quería sal-

diente el divorcio o cuando menos para aflojar los lazos matrimoniales mediante la separación legal". ¿Has comprendido?

—He comprendido.

—Repítelo.

—Procurar la infelicidad de tu matrimonio para desatarlo mediante el divorcio o la separación.

## A LA MUERTE

Si has de venir al fin, ven cuando quieras  
Y no traidora, y lúgubre, y callada;  
Ven como si mujer y enamorada  
De mi amoroso afán cómplice fueras.

Otros de tus visiones y quimeras  
Huyan la acometida o la emboscada,  
O te llamen con voz desesperada  
Para que pronto y sin piedad les hieras.

Yo, que ni juzgo bien el bien presente  
Ni llevo el corazón hecho pedazos,  
Bajo en paz de la vida la pendiente.

Y espero en Dios que al desatar sus lazos,  
Tú cariñosa, besarás mi frente  
Y yo, feliz, me dormiré en tus brazos.

Manuel del PALACIO.



los registros sobre los que se estampa la firma; el sinvergüenza que lee, de un modo ininteligible los artículos insidiosos de la ley; el cura que los bendice; el órgano petulante, las voces blancas; los coches con gomas... Recuerdo que un señor que debía ser muy miopé, quitóse con gravedad respetuosa el sombrero a nuestro paso.

El testigo sentado frente a mí, en el coche, al lado de mi esposa, sonreía satánicamente. Yo, fingiendo que iba incómodo, empujaba sus rodillas hacia las de mi esposa. ¿Comprendes el truco? Quería yo provocar, mediante el contacto maléfico, el contagio.

En la comida se bebió y se discursó sin tasa. Ignoro si a alguien se le indigestó.

—¿En qué restaurant comisteis?

—No recuerdo el nombre. Ocho días después del banquete se cerró el establecimiento por incendio y muerte. El dueño se metió seis balazos en la cabeza, y, después de catorce días de agonía, murió entre inenarrables sufrimientos, soportados con cristiana resignación. Sus huérfanos mendigan y su viuda vende mondadientes por las calles. Es un oficio que proporciona trabajo a los dentistas.

El mismo día del casamiento emprendimos nuestro viaje de bodas.

—¿A Roma?

Naturalmente. En el tren estuve tentado más de una vez de agarrarme al timbre de alarma.

De Génova a Sarzana, me entretuve contando los túneles. Hay setenta y tres. Pasado Sarzana, carecí de esa inocente distracción.

Ya en Roma, nos hospedamos en el hotel Rebecchino, célebre por los delitos pasionales en él cometidos. Allí mi esposa se convirtió en mi mujer. Su carne olía a cosa nueva.

Consumado el sacrificio, apagamos las luces, y, entonces, me contó ella el argumento de la *Cabaña de Tom*.

Cuando le pregunté al día siguiente, sobre la impresión que recibiera, me contestó que su abuela le había dicho: "Ten volar; piensa en tu vieja tía en ese momento". Y ella en ese momento pensó en su vieja abuela y tuvo valor.

También yo pensé en aquel momento en la abuela de mi mujer. Creo que me habría priduado la misma emoción que mi costilla.

Al levantarnos fuimos al panteón para poner nuestra firma sobre la tumba del Rey Bueno y del Rey Caballero, adquirimos un coratapapeles, en el que mirando por un agujero, se ve el Coliseo con los leones comiéndose a los cristianos; y... regresamos a Turín. El tren llegó puntualmente.

Transpusimos nuestra luna de miel, sin tropezar con una nube.

Y esta calma, esta serenidad duró seis meses, ocho meses, un año, un año y medio.

Jamás nos peleamos.

Mi mujer tiene en el lugar del corazón un pote de confitura. Se pasa la noche en vela por miedo de que me ocurra algo.

—La mía, en cambio, ronca como un camión.

—Prevé mis deseos.

Algunas veces querría yo otra cucharada de salsa o un par de nísperos. Ella lo adivina, y, antes de que yo abra la boca para pedirlo veo colmado mi plato. Entonces por llevarle la contraria y aun contra mi deseo rehusó.

Y aun me pide ella perdón.

¿Te acuerdas de cuando asistíamos a las lecciones de Lombroso en el Manicomio? ¿No nos enseñaba ciertas mujeres, que permanecían como si fueran de cera en cualquier posición que se las colocase? Pues bien, mi mujer padece aquella misma atonía moral. Si le digo "espérame aquí", se dejará aplastar por un automóvil antes que moverse de su sitio. Es tal su castidad que da ganas de llevarle hombres a casa.

—¿Qué exagerado!

—Conste que se los he llevado. Pero es más fiel que un perro embalsamado. Le presenté a mis amigos más íntimos. Los echó a la calle. La he llevado a que viera comedias *boulevardieras*, modelo de técnica en materia de adulterio, pero prefiere ir al circo ecuestre.

Me he escrito a mí mismo cartas de amor firmadas: *Tu Rurú*, o *Tu pequeña Gnogno* o *Tu Zonzón*, que te muerde.

Pero jamás se permitió registrarme los bollos.

Probé ofenderla, y me pidió perdón.

En diez años no he podido hallar ni siquiera un pretexto para intentar el divorcio. ¡Es asfixiante!

¡La silla eléctrica es preferible!

Algunas noches regreso a casa — mejor dicho me llevan, — borracho como una cuba. Pues bien ella me aguarda ya con la manzanilla preparada, con las bayetas calientes, con la vejiga de hielo y con el amoníaco. A la mañana siguiente me susurra amorosamente: "Añoche no te encontrabas muy bien, querido..."

Ya no confío en el tiempo, ni en la vejez.

Las demás mujeres, con el transcurso de los años se vuelven egoístas e intolerantes. La mía, por el contrario, es como el vino y el cemento armado, que, al envejecer, mejoran.

Y, ahora, dime tú, dime tú sino tengo razón para odiar la vida para maldecir el mundo, para pisarle los callos a mis vecinos en el tran-

vía, para pelearme en la estafeta de correos, para dar un cachete a los chiquillos que se ponen entre mis piernas cuando ando.

—¿Te molestan los chicos?...

—Les odio.

—¿Y quíeres a los perros?

—¡Ah, sí!, porque los perros son siempre perros y los niños se convierten en hombres... A las 9.55 el amigo partía.

—Perdona — dijo antes de marchar. Si tan pacífico resulta tu matrimonio, el famoso *ietatore* te proporcionó la dicha y ahuyentó la desgracia.

A lo que su interlocutor repuso entre espumarajos de rabia:

—¡Vete, vete a tu pueblo, mentecato! Nunca entenderás nada! Me trajo la desgracia porque yo quería recobrar impunemente mi vida de soltero; yo quería una boda infeliz y ha resultado un matrimonio felicísimo.

¡Así obró su nefasta influencia!

# Banco Hipotecario Nacional

25 de Mayo 245 y 263 — Leandro N. Alem 232, 46 y 260 (Bs. As.)

SUCURSALES EN TODA LA REPUBLICA

## Inversión de capitales — en CEDULAS —

Busque Vd. el título de renta, que dentro de las garantías sólidas que ofrezca, produzca el máximo y verá que la **CEDULA HIPOTECARIA ARGENTINA** del 6 o/o de interés anual, reúne estas condiciones esenciales.

Su triple garantía está constituida por:

1o. — **LAS PROPIEDADES GRAVADAS EN PRIMERA HIPOTECA A FAVOR DEL BANCO.**

2o. — **LAS RESERVAS DEL BANCO (\$ 155.274.629,42).**

3o. — **LA NACION (Art. 6o. DE LA LEY ORGANICA).**

A estas condiciones económicas privilegiadas, agregue Vd. la comodidad de que el Banco le recibe las cédulas en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo y procede con la renta de acuerdo con las instrucciones que recibe del interesado sin cargo alguno.

El Banco se encarga de la compra-venta de cédulas, cobrando solamente 1/8 o/o de comisión que se abona al corredor.

Tener dinero en cédulas es como tener efectivo, porque en cualquier momento el Banco anticipa casi el valor íntegro de la venta, desde una cédula de \$ 25 hasta cualquier cantidad y la operación queda definitivamente terminada en pocas horas.



La polémica darvinista ha resucitado en estos días. Un sabio alemán ha afirmado rotundamente que es el mono el que procede del hombre. Lo ha dicho con ocasión solemne de celebrarse en Salzburg una conferencia antropológica. Allí ha leído el profesor Westenboefer la conferencia con las pruebas de que el hombre es más antiguo que el mono y este su descendiente. No ha tardado en contestarle un biólogo inglés, el profesor Elliot-Smith. Ha empezado por reconocer que el hombre conserva muchos rasgos primitivos, que otros animales, incluso el mono, han ido perdiendo, pero no es porque sea más antiguo que el mono, sino porque éste se ha especializado y al hacerlo ha perdido muchos de los rasgos primitivos que el hombre conserva. "Los monos, en suma, han abandonado la corriente principal que conducía últimamente a la familia humana".

Confieso que la primera de esta tesis, la de que el mono desciende del hombre, me parece la mayor simpatía. No sólo la he pensado, mis amigos me lo han oído repetir innumerables veces, sino que la he sentido. En el Jardín Zoológico de Londres, la casa de los grandes monos es el más melancólico de los departamentos. En parte, porque la luz no llega al visitante sino desde el fondo de las grandes jaulas y al través de grandes cristales empañados. En parte, por el calor húmedo y deprimente que constantemente se mantiene en ella. El visitante tiene que clavar los ojos todo el tiempo en el gorila, el orangután y el chimpancé. Son animales casi siempre adormilados, pero con una mano que es casi la nuestra, con una frente que pudiera ser humana, con una actitud que quizá fuera la de Adán. Y por muchas veces que me he puesto a pensarlo no he podido comprender nunca que un Platón tuviera por abuelo a uno de ellos. En cambio se explica fácilmente que los monos proceden del hombre. Todo en esa casa tiene las tristezas de las cosas caídas. Y sólo cuando nos decimos que los monos son hombres caídos nos explicamos satisfactoriamente la tristeza que nos acomete en su presencia.

La razón de esa caída no me la he demostrado, porque no soy científico, pero la he imaginado a mi satisfacción. Y es ésta. Hubo un momento en la historia de los hombres, si ustedes quieren cuando Moisés promulgó los mandamientos, en que se vislumbró que la humanidad no daría la medida de sus posibilidades sin que se propusiera honrar a Dios, respetarse sus individuos mutuamente y moderar sus instintos sexuales. Los hombres no pueden progresar sin concebir una meta superior de sí mismo; de ahí la necesidad de honrar a Dios. Tampoco pueden hacerlo si viven con otros en constante lucha. De ahí la necesidad de que no se mientan, se roben y se maten. Pero también es necesario que refrenen sus instintos sexuales. El pensamiento, el sentimiento, la civilización no son acaso sino sexualidad economizada, que busca otra expresión por lo menos requieren, para su florecimiento, de una energía que sólo obtiene el hombre de la represión de la sexualidad. Se puede pensar el mono como el hombre que se negó a honrar a Dios, como el que no quiso renunciar a mentir, robar y matar a los otros, o como el que se negó a poner trabas al deseo sexual. Esta última explicación

## Hombres y monos

Por Ramiro de Maeztu

me parece la mejor. El mono es el hombre que prefirió la moralidad de Anatole France a la de Moisés. En la tristeza de la carne se le abogó, poco a poco el espíritu.

Solo que esta preferencia hacia la teoría del sabio alemán Westenboefer no nos ha de conducir a menospreciar la réplica del sabio inglés Elliot-Smith. Son palabras

se efectuó cuando el hombre era ya hombre. El inglés nos dice que hombres y monos se separaron en un período anterior. Lo que después fué el hombre se mantuvo en "la corriente principal. Si a esta corriente se le da un sentido espiritual y objetivo no tengo inconveniente en seguir el inglés. En ese caso la corriente de desarrollo pu-

### EL HUESO

Un muchacho comióse una cereza;  
Tiró el hueso, y entonces un anciano  
Recogiólo y hundió en el fértil llano,  
De aquél con risa, zumba y extrañeza.

Andando el tiempo, por igual camino  
Volvió a pasar, y el hueso transformado  
Halló en arbusto, con afán cuidado  
Por aquel mismo anciano campesino.

—¿A qué son tus fatigas incesantes?  
Pensó el adolescente.

Hombre ya siendo,  
En el mismo lugar, y en sed ardiendo,  
Le dió el árbol sus frutas refrescantes.

Entonces solo comprendió del viejo,  
La prudencia y saber. — A nadie asombre.  
¿Quién este niño, adolescente y hombre  
No fué, sin experiencia y sin consejo?

¡Cuántos proyectos dondequier dejados,  
Y que aprovecha alguno más prudente!  
¡Cuántos hombres que viven solamente  
De la suerte al capricho confiados!

El germen recogido en un momento,  
Origen llega a ser de una cosecha:  
La acción que acaso ni aun de ver se echa,  
Es el hueso de un árbol corpulento.

(ANONIMO).

de peso las que más arriba he traducido. El inglés dice que los monos "han abandonado la corriente principal de desarrollo que conducía últimamente a la familia humana". Entre este concepto y el de Westenboefer no hay más que una diferencia. El alemán no viene a decir sino que la caída del mono

diera identificarse con la que se establece entre los diez mandamientos, y el hombre que entiende su excelencia. Pero si a esta corriente se le da un sentido místico, irracional y protoplásmico, por cuya virtud se viene a pensar que en la sangre del hombre-mono primitivo fluyen ya las matemáticas, la filoso-

### LA IRONIA Y LA PIEDAD

*Cuanto más pienso en la vida humana más me convenzo de que es necesario darle por jueces y testigos la Ironía y la Piedad, como los egipcios invocaban en favor de sus muertos a la diosa Isis y a la diosa Neftys. La Ironía y la Piedad son dos buenas consejeras, la una, sonriendo, nos hace la vida amable; la otra, llorando, nos la hace sagrada. La Ironía que invoco no tiene nada de cruel. No se burla ni de la belleza ni del amor. Es dulce y benévola. Su risa calma la cólera y nos enseña a mofarnos de los necios y los malvados, a quienes, sin ella, podríamos tener la debilidad de aborrecer.*

Anatole FRANCE

fía y la civilización, la tesis inglesa me tiene que parecer incomprensible. Que de la conciencia surja la inconciencia es fácil de entender, porque a cualquier hombre le es dable idiotizarse, con el alcohol, las drogas heroicas o el abuso sexual. Pero que de la inconciencia surja la conciencia es una contradicción en los términos mismos, que ninguna cabeza un poco clara podrá aceptar jamás.

Ya sé que todavía existe una escuela de pensadores, que se llaman humanistas, que creen que el hombre lleva dentro de sí mismo, en su sangre, en sus tejidos, en su fluido nervioso, una corriente que la lleva necesariamente hacia su perfeccionamiento, como no se separe de ella. Según estas gentes, el hombre no necesita sino ser humano para alcanzar la altura que le es dable. Sin duda los que así piensan suponen que es humana la cultura y que son humanos sus valores, pero no creen que sean humanos la mentira, ni el robo, ni el adulterio, ni el asesinato, ni la perversión sexual, ni la explotación del hombre por el hombre, ni la adulación, ni la vanidad, ni la soberbia. Pero los que vemos apuntarse en los niños, so sólo las virtudes, sino los vicios todos de los hombres, no podremos ver el humanitarismo como un método de perfeccionamiento en que se pueda confiar. Para el progreso del hombre sea posible necesitamos concebir un ser en el que se unan todas las perfecciones posibles, con exclusión de los defectos, y sólo por amor a éste a este ser y por imitación de sus virtudes será posible que el hombre se depure y perfeccione. Para poder progresar hace falta abrir los ojos a un ideal superior a nosotros, y seguirlo. El que crea que lleva dentro de la sangre ese torno de sí mismo, para encontrarse en el mismo sitio al cabo de las vueltas, hasta que un día tomará la imitación del instinto por del ideal, seguirá al instinto, lo justificará con la razón y habrá caído de nuevo, como cayó en el mono.

Pero todo creyente en la continuidad de las causas ha de pensar que las mismas actúan ahora sobre el hombre que las que pudieron obrar hace doscientos siglos. Para que el hombre siga progresando necesitará concebir un ser más perfecto, que le sirva de meta y de modelo, ha de aprender a dejar de mentir, de robar y de matar y ha de refrenar sus instintos sexuales, para trocar en pensamiento, en sentimiento, en imaginación y en poderlo todo el impulso que actualmente consume en erotismo estéril. De entre todos los pueblos de la Tierra surgirá alguno que vuelva a encontrar su sentido eterno, que es el progreso humano, a los mandamientos de Moisés. En ese pueblo, y en cada uno de sus individuos se realizará la unidad del poder, del saber y el amor. Las demás naciones, las que hayan seguido las doctrinas humanistas, serán a sus ojos lo que a nosotros nos parecen los grandes monos. Verdad que tal vez conserven sus hijos la facultad de hablar, pero será para decir errores, en groseros dialectos. Se mantendrán en dos pies, pero sin dignidad, ni gracia. Pensarán, pero en círculos viciosos. Andarán pero haciendo ochos todo el tiempo. Unas veces de la derecha hacia la izquierda; y otras de la izquierda a la derecha.



## EL LOCO DE LA CASA

Por Boy

Ese joven que acaba de pasar y que parece que viste por catálogo, es ese mismo joven que a la hora del almuerzo retira el plato que acaba de servirle y le pregunta a la criada cuándo entra:

—¿Por qué están duros estos porotos?

—Yo no sé, joven Rodolfo. Será la clase.

—Bueno. Que se los coma la cocinera.

Al día siguiente:

—¿Hoy también será la clase?

—¿Qué tienen los porotos, joven Rodolfo?

—¿No ve usted que están deshechos?

—Como ayer dijo el joven que estaban duros...

—¿Y qué?

El joven retira el plato violentamente:

—Pues vuelva a decirle hoy que los porotos se los coma ella.

Y así un día y otro día. Los porotos del joven Rodolfo debe comérselos la cocinera. La criada se lo comunica descaradamente, golpeando reciamente con el plato sobre la mesa de la cocina:

—¡Tome! ¡Que se los coma usted!

La cocinera se vuelve y pregunta:

—Del joven Rodolfo, ¿no?

—¡Claro! ¡De quién podría ser!

Las dos mujeres se miran y exclaman barrenándose la sien con un dedo índice:

—Cada día peor.

—No se le puede hacer caso.

—Pero es lo que yo digo — agrega la criada: — con ese cuento de que está loco y de que no se le puede hacer caso, él se despacha a su gusto con todo el mundo y hace de todo el mundo lo que se le da la gana. ¡Eso es!

La cocinera responde:

—Eso no tiene remedio. Ni es achaque solamente de esta casa. Veinte años hace que ando de aquí para allá, y he visto lo mismo en todas partes. Donde quiera que se encuentra una familia con unos cuantos hijos, siempre hay uno que hace el loco de la casa.

—¿Como éste? Imposible.

—Sí, querida; como éste. Todos igualitos. Todos.

\*\*\*

Al loco de la casa se le comenta entre la gente de la cocina como al último crimen o a la última película o al último folletín. Sólo que esto no le quita consistencia típica; más bien parece que se le acentúa, por que el loco de la casa, según vamos viendo, posee perfiles escénicos que le dan adecuada fisonomía dramática para atizar la hoguera de la servidumbre. La servidumbre viene a ser el público, y también en cierto modo la alta crítica, de ese drama sin desenlace presumible que se desarrolla en el seno de la familia que tiene un miembro así y cuyo protagonista viene a ser ese loco de la casa alrededor del cual giran todos los trastornos, todos los sacudimientos, y en el cual se accidentan y reciben su impulso definitivo todos los actos de la familia.

lia. La familia se mira y exclama:

—Aquí no se puede comer.

—Aquí no se puede salir.

—Aquí no se puede traer a nadie.

—Aquí no se puede ni dormir si quiera.

Esto último de no poderse dormir suele ser lo más cierto de todo porque el loco de la casa, como

persona de preferencias poco vulgares, se acuesta cuando los demás se levantan y se levanta cuando los demás se acuestan. En consecuencia, cuando los demás trabajan, él descansa, y cuando los demás descansan, él da trabajo.

—¡La caída! — exclama la madre. — ¡La caída!

Pero los otros se le alborotan.



**Esa "espina" en la garganta después de haberse humedecido los pies ¡es un Resfriado! ¡No se lo deje agravar!**

**MAÑANA** puede haberse convertido en algo más serio. ¡Inmediatamente dos tabletas de FENASPIRINA! Repita la dosis cada tres o cuatro horas; esta noche, al acostarse, tome otras dos tabletas con un limón exprimido en agua caliente y abriguese bien para sudar cuanto sea posible.

La FENASPIRINA congestiona y alivia los centros invadidos por el resfriado, ataca directamente la causa y efectúa una rápida eliminación de las toxinas.

Su enorme poder curativo quedó plenamente compro-

bado durante la influenza. Combinada con el limón fué lo que salvó mas vidas.

No trastorna el estómago ni la cabeza como los productos laxantes a base de quinina.

¡En su casa debe haber siempre un Tubo de Fenaspirina!

**FENASPIRINA**

¡Ideal para los resfriados y la Influenza!

La FENASPIRINA se vende también en "Sobres Verdes" de dos tabletas, pero aunque esta dosis proporciona un alivio relativo, no se debe, naturalmente, esperar que ella baste, sino continuar el tratamiento hasta que los síntomas hayan cedido.

Para la obstrucción de la nariz que acompaña a ciertos resfriados, recomendamos, como excelente auxiliar de la FENASPIRINA, el "Rapé Medicinal Bayer OXAN." Desobstruye, facilita la fluxión y despeja la cabeza.



—¡Por favor, mamá, no seas infeliz! Todos de chicos nos hemos roto la cabeza veinte veces y a ninguno se nos ocurre matar los gatos, romper los vidrios, apagar las lámparas con revólver, ni arrojarle un zapato al reloj de cuco. ¡Por favor, mamá, por favor!

—Porque no se pegaron en el mismo sitio — contesta la buena madre santamente.

Quiere decir que para la buena madre hay un sitio en la cabeza, que pegándose en él, queda un hombre autorizado a no dejar tranquilo a nadie de la casa en el resto de la vida. Pero la buena madre, como los quiere a todos, trata de atenuar las asperezas en perspectiva profetizando con cierto aire de misterio:

—Callarse. Yo creo que pronto se va a encerrar.

\*\*\*

El loco de la casa divide su existencia en dos etapas: una de libertad y otra de clausura; una de pecado y otra de penitencia. Cuando logra echar a la calle a todas las sirvientas y se pelea con todos los proveedores y ya le niega el saludo a todo el mundo y corta relaciones con todos los miembros de la familia, de pronto un día se mete en su cuarto y allí permanece encerrado durante una semana, a ratos paseándose violentamente de un lado a otro y a ratos tendiéndose en la cama boca arriba. Al principio, sólo la buena madre se atreve a entreabrir un poco la puerta para dejar en el suelo un plato con comida que se enfría de aburrimiento.

—¿Le cambiaremos el plato? — pregunta la madre:

Pero alguien le responde brava-

mente:

—¡Nada! ¡Que se muera!

A la tercera o a la cuarta vez, la buena madre asoma la cabeza.

—Rodolfo, hijo, ¿qué te pasa?

Rodolfo da un rugido y la madre se retira.

Luego acude la hermana mayor, que se llamará María.

—Rodolfo, hijo, ¿qué quieres?

—¡Que me dejen morir solo!

—Bueno, bueno, bueno...

Y se retira también. Pero el plato que se lleva está vacío. Entonces la madre dice:

—Me parece que ya va a salir.

Las sirvientas preguntan:

—¿Y qué se hace?

—Lo primero guardar la cristalería y detener la cuerda del reloj de cuco.

\*\*\*

La salida inicial de Rodolfo es con rumbo a la calle rectamente. Sólo se detiene un punto, acortando el paso y alargando una mano de ave de rapiña, al pasar por la hornacina del contador de la luz donde encuentra un papelito con dinero. Lleva las manos hundidas en los bolsillos y las solapas alzadas hasta los ojos. La buena madre se asoma a verlo y lo mira alejarse a grandes trancos.

Los hijos se le alborotan otra vez

—¡Tú tienes la culpa! ¡Tú!

Pero la buena madre contestará, más santamente que nunca:

—Un poco yo y otro poco la caída.



# El puñal de Antuco

Por la Baronesa de Wilson

I

En agosto de 1876 recorría yo la floreciente república de Chile, visitando detenidamente sus ciudades, sus pueblos y sus aldeas, admirando el adelanto de ese hermoso país y recibiendo de autoridades y particulares las mayores muestras de simpatía, siendo los meses de mi estancia en el suelo conquistado por Pedro de Valdivia, de los más risueños en la páginas de mis recuerdos.

El vapor "Atacama" me trasladó del importante y comercial Valparaíso, hasta las tranquilas aguas de Coquimbo, y horas más tarde, me encontraba en la pintoresca ciudad de la Serena, bautizada con ese nombre por Francisco de Aguirre, teniente de don Pedro de Valdivia, en recuerdo de la villa natal del conquistador de Chile.

Ignoro por qué mi imaginación evocó entonces aquella serie de conquistas que dieron a mi patria un nuevo mundo, el más fértil y risueño de cuantos son conocidos, y durante mi paseo por la tierra cantada por Ercilla y en donde aun viven aquellos indómitos araucanos, me creía testigo invisible de los viajes semi-fabulosos por la cordillera y de las luchas que sostenía un pueblo altivo y valiente, con un puñado de hombres, ricos de valor, de audacia y suerte.

Vehemente era mi deseo de visitar los establecimientos mineros, fuente de la riqueza de Chile; no bien manifesté mi pensamiento, cuando don Benjamín Vicuña Solar y don Pedro Herreros lo pusieron en práctica.

Al día siguiente a las seis de la mañana salíamos para los cerros de la Higuera y en ligero carruaje subíamos rápidamente por pendientes que, siglos atrás, se hubieran creído inaccesibles.

El viaje es pintoresco y la naturaleza exuberante y agreste.

En una planicie y como el camino a la derecha, vimos los escombros de una finca y a corta distancia una cruz.

Aquel símbolo de la redención me preocupó; allí se había cometido un asesinato y durante el trayecto mi pensamiento estuvo fijo en algo misterioso.

La vista de los cerros de la Higuera dieron tregua a la idea dominante, y los vapores que se cernían a nuestros pies sobre las planicies que habíamos pasado, hicieron que la imaginación tomase distinto giro.

La altura a donde habíamos llegado era imponente y las casas parecían suspendidas en las crestas de aquellos cerros, perforados por la piqueta del minero de tal modo, que parece imposible se sostengan los edificios sobre una base tan poco sólida al parecer.

La casa donde me hospedaron era bonita y cómoda.

Desde elevado comedor, admiré esa noche, los focos de fuego y los hornos, escuchando conmovida el quejido, el canto lastimero con que se acompañaban esos seres, en el rudo trabajo de la minería.

Un espectáculo tan nuevo para

mí como extraño y fantástico, me sorprendió en extremo.

La "songría" de los hornos.

Al abrirse el conducto para el desagüe del mineral, éste se escapa, cual si fuera torrente de fuego, produciendo a la vista un efecto difícil de explicar.

Esa noche fué para mí una revelación: la vida de las minas no se parece a nada y se llega a sentir poderoso atractivo; un vértigo, una

sombríos los demás, con los rostros iluminados por la rojiza hoguera, formaban un cuadro como las creaciones del Dante.

Tenían esos vigorosos toques, ese brillo que Goya en sus aguas fuertes ha legado a la posteridad.

Me creía transportada a otro mundo, pero palpitante de un interés que me fascinaba.

Insensiblemente, bajé la pendiente y me encontré cerca de los hornos pertenecientes al señor Muñoz, quien me había seguido.

El calor era sofocante y aquellos hombres debían sufrir mucho.

¡Triste existencia la del minero! sumido en profunda oscuridad la mayor parte del tiempo; expuesto a un derrumbe y siempre con la muerte en acecho.

Esclavos del trabajo, encuentran



—¡A mí los inviernos me matan!  
—¿Padecerá usted de reuma, verdad?  
—No, señor; es que soy horchatero.

pasión por los productos de la madre tierra que fascina y cautiva.

Apenas podía dar crédito a mis ojos: aquellos ciclopes, aquellos hombres, curtidos por el constante fuego, nervudos unos, débiles otros,

con frecuencia en un "pique" o un "socavón", ignorada tumba.

II

Entre aquellos hombres semi-fantásticos había uno alto, de ros-

## EL BUITRE

Lanza en la noche fúnebre graznido que repiten las sombras vagabundas, y cruza, soslayando, las profundas soledades del piélago dormido.

Entre la obscura lobreguez perdido, revuelve las pupilas iracundas y hermano de las rachas gemebundas, en sus senos avanza confundido...

Engendro de la noche tenebrosa, noctámbulo, sin ley, verdugo errante, abandona la roca misteriosa

con su sombría plumazón flotante, para saciar el hambre pavorosa en festines de carne palpitante...

BELISARIO ROLDAN

## El Feminismo Moderno

Esta máxima se interpreta generalmente como el deseo de la mujer de conseguir igualdad política con el elemento masculino. No es éste, sin embargo, el fin absoluto, y lo demuestra la tendencia femenina de dedicar mayor atención a los juegos atléticos y a la higiene corporal. Toda mujer constata, que después de algunas semanas de ejercicios mejora su figura, refinando sus movimientos. Del mismo modo se procede con el cutis del cuello, brazos y cara para mantenerlos limpios de pecas, espinillas e impurezas. Basta un masaje cotidiano con un poquito de Grema Vasenol para obtener un resultado seguro a este respecto. Venta en farmacias, droguerías y perfumerías.

tro ovalado, con ojos negros y brillantes, y cutis trigüño muy oscuro.

Algo sombrío, algo poderosamente melancólico se leía en su mirada. Aquel hombre sufría.

Sin saber por qué me interesó y al propio tiempo ¡cosa extraña! la idea del asesinato volvió a preocuparme.

Según me dijo Muñoz, aquel minero era un ser tan misterioso como honrado y trabajador.

Un día había llegado a las minas pidiendo ocupación: fué aceptado y vivía encerrado en sí mismo, sólo, triste y sin buscar en el juego (pasión dominante en los mineros) una distracción.

Jamás le conocieron amores, y las jóvenes que habitaban en la Higuera no habían escuchado ni una frase galante de sus labios, ni sus ojos se habían fijado en ellas.

¿Quién era? Nadie lo sabía. ¿De dónde había llegado? Tampoco. ¿Cuál era su pasado? Un misterio. No tenía familia ni amigos.

—¿Cómo se llama? — le pregunté a Muñoz.

—Esteban.

—¿Y el apellido?

—Cruz; pero es casi seguro que no es el suyo: vive pobremente: una cama, una mesa, una silla y un arca componen su ajuar. El único adorno es un puñal de forma extraña, suspendido en la pared. Un compañero de Esteban quiso chancearse un día y examinar aquel objeto, pero la mirada del minero fué tal, que heló la sangre en sus venas y le hizo enmudecer. Aquel puñal parece una parte de su ser y le habla en lenguaje terrible, enérgico, poderoso. Nadie se atreve a ir a su casa: en los momentos de ocio, pasea sólo y completamente abstraído.

La imagen del minero me persiguió aquella noche.

Al día siguiente visité varias fundiciones y minas: entré en los socavones; estudié aquellos cerros, manantial de riqueza.

Por todas partes encontré generosa hospitalidad y amable galantería.

Vayan estos renglones a llevar a mis amigos, la seguridad de que no los olvidaré jamás.

Era domingo; no trabajaban y con el pretexto de obtener muestras de minerales mandé a buscar a Esteban.



Me obsequió con varias bellisimas que aun conservo.

—¿Le agrada la vida de minero? — le pregunté.

—Sí, señora, y más que por otras razones, la principal es, que puedo ganar para vivir sólo, sin necesitar de nadie y sin exponerme a la falsedad, ni a la mentira.

Estas palabras fueron dichas con reconcentrado odio; a pesar mío me estremecí; estábamos en el corredor y ante mi vista se desarrollaba el panorama de la industria, de la laboriosidad y de la ciencia.

Mis ojos se encontraron con la mirada profunda de Esteban, y, sin duda, vió en ellos una interrogación.

—Me han dicho que la señora visita Chile para escribir luego sus viajes.

—Sí, — le contesté; — y en el camino que conduce a este cerro, he visto algo que puede ser un episodio interesante.

—¿En dónde?

—En el sitio que llaman la hacienda del Mulato.

Mis palabras causaron tal trastorno en Esteban que no se advertía extraordinaria emoción.

—Yo conozco la historia, murmuró con voz sorda.

—¿Sí?, pues encontré lo que buscaba.

—Como la señora es forastera, contaré lo que para otro no saldría jamás de mis labios; porque, — añadió vacilando, — se lo ofrecí a un moribundo.

—Gracias; mañana saldré de aquí para la Serena y dejaré a Chile a fin de la semana: no hay tiempo que perder; escucho.

Esteban se sentó a una indicación mía, y cual si hiciera poderoso esfuerzo sobre sí mismo, comenzó su relato con distinta forma, pero exacto en el fondo a lo que voy a referir.

### III

Saliedo de la alegre y pintoresca ciudad de la Serena, con dirección a las minas de la Higuera, en ancha planicie, casi al pie de profunda barranca, existía una risueña vivienda habitada por los amores y la dicha.

Un mulato, joven y buen mozo, peruano de nacimiento, era dueño, y se decía que descubridor de una mina de cobre, estaba en camino de poseer cuantiosa fortuna.

Una noche regresaba a su casa, cuando oyó un grito ahogado.

Escuchó, pareciéndole que a la derecha, en un barranco, tenía lugar una recia lucha.

Se acercó y a la claridad de la luna vió a dos hombres, uno de ellos ya vencido a merced de su adversario.

Julián, el mulato, ayudó al más débil y sujetando al vencedor por un brazo dijo:

—Levántese y no tema.

—¿Ladrón! ese hombre quería matarme para robarme.

El otro forcejaba, pugnando por desasirse, pero ambos dieron cuenta de sus fuerzas y lo sacaron del barranco.

Al ver delante de sí espacioso camino hizo un supremo esfuerzo y logró soltarse empujando la carrera sin que fuera posible darle caza.

—Gracias por su ayuda, — le dijo el desconocido a Julián: — le

debo a usted la vida y no sabría como pagarle.

—¿Adónde va usted? ¿a la ciudad?

—No, señor; me dirigía a mi hacienda y los caballos no deben estar lejos.

—Pues deje su viaje para mañana y pasemos la noche juntos.

—Es la menor prueba de aprecio que puedo dar a mi salvador: acepto.

Poco después estaban instalados en una sala baja y Julián mandaba en busca de los caballos.

Entonces se fió en el amigo que la casualidad le deparaba y que tan trágica influencia debía tener en su porvenir.

El desconocido era joven: el rostro ovalado; con hermosos y rasgados ojos garzos, pero fríos y sin expresión.

La intimidad se estableció desde luego y Antuco o Antonio Chacón, que así se llamaba el desconocido, fraternizó con Julián.

te en combativa nave hasta arribar al puerto, tal era el amor que sentía Julián, y que despertó en Chacón celos y envidia.

Durante dos días permaneció con su nuevo amigo, y en el tercero, manifestó deseos de conocer a la encantadora criatura que con tal imperio mandaba en el corazón de Julián.

La boda se celebraba ocho días más tarde y Chacón, obtuvo ser presentado antes.

Asunción era hermosa como el sueño de un poeta; inocente como un niño; modesta como la violeta; amante y apasionada como hija de los trópicos.

Candorosa como un angel, no sospechaba existieran desleales ni ingratos y para ella el mundo no era sino una familia que se debía apoyo y protección.

Huérfana y educada por un anciano tío de su madre, generoso, noble, caritativo e indulgente, se identificó con sus ideas, y en su

## El amor al oficio

*Con la asistencia del espíritu no hay obra que no se convierta en noble y santa. Lo es la del caricaturista, como la del hojalatero, como la del recogedor de basuras y la del que llena las fajas para mandar un periódico a los suscriptores. Hay una manera de dibujar caricaturas, de trabajar la hoja de lata y también de limpiar las plazas del estiércol y de escribir direcciones, que significa que en la actividad se ha puesto amor, cura de perfección y de armonía, y una pequeña chispa de fuego personal, que no hay obra ni obrilla humana en que no pueda florecer. Esta manera de trabajar es la buena. La otra, la de despreciar el oficio teniéndolo por vil, en lugar de redimirlo y secretamente transformarlo, es triste e inmoral... Dígame que todo oficio se convierte en filosofía; se convierte en arte, poesía, invención, cuando el trabajador da por él su vida, no permitiendo que ésta se parta en dos mitades, la una para el ideal, la otra para el menester cotidiano, sino haciendo del cotidiano menester y del ideal una misma cosa, una cosa que sea a la vez obligación y libertad, rutina e inspiración renovada... Hijo, hay ciertos bárbaros modernos que han inventado, para arma de sus luchas, estropear intencionadamente o hacer incompleta o voluntariamente la obra que fabrican las propias manos... Este sabotaje es una gran blasfemia; porque el hombre jamás tiene derecho a la obra que hace esta obra es superior al hombre; y el deber del hombre que trabaja es sacrificarse por su obra, y no sacrificar ésta a otros fines.*

Eugenio D'ORS.

Éra rico, soltero, enamorado y algo calavera; pero ¿no es esto disculpable en un hombre joven y libre?

Julián, por su parte, correspondió con igual expansión.

Le dijo que amaba y era amado.

—La vi en un baile y desde entonces no tengo voluntad: mi vida empezó desde que la conocí: ella también por su parte, sintió un cariño instantáneo.

Chacón leyó en el corazón del mulato, comprendiendo que era su primera pasión, su primer delirio, en el cual la razón se ofusca y olvida al universo para reconcentrarse en el objeto amado.

Ese sentimiento, que es gozo y dolor, luz y tinieblas para nuestra inteligencia; oasis de la existencia; éxtasis del corazón que lo convier-

te en combativa nave hasta arribar al puerto, tal era el amor que sentía Julián, y que despertó en Chacón celos y envidia.

¿Por qué la joven al verlo lo rechazó con el pensamiento? ¿por qué su alma pura luchó con desconocida impresión? ¿por qué el temor paralizó su ánimo? ¿Misterioso presentimiento que pocas veces engaña! el corazón no es traidor y advierte el peligro.

Chacón fijó sus ojos de buitre en la paloma: el milano acechaba su presa, su amistad por Julián creció, y jamás se separaba de él cuando iba a visitar a su hermosa prometida.

### IV

Llegó el día del matrimonio: amaneció puro y sin nubes en el

## COMUNICAMOS

a las personas que se peinan con goma fijadora del cabello, que en adelante podrán preparar este producto con agua y Vistina.

Vistina es un nuevo ingrediente, que permite a cada uno preparar, instantáneamente y sin trabajo, una goma fijadora; consistente, perfumada, rosada e inalterable. Vistina se vende en las farmacias a \$ 0.70 el paquetito con el que se prepara ¼ kilo. Agente M. Vistari- ni. Colombres 262. - U. T. Mitre 0891, Buenos Aires.

cielo ni en los corazones, presagando dicha y paz.

Hay en la vida momentos tan inefables, que siempre la iluminan con su recuerdo: hay horas benditas, que con su perfume embalsaman la existencia toda y, en las amarguras y decepciones son el rayo de sol que alienta y vivifica.

Asunción, en ese día no vió a Chacón, sino el mejor amigo de Julián y olvidó sus temores.

Antuco correspondió con efusión; sus ojos perdieron algo de su sombría expresión y después de la solemne ceremonia, fué el único que acompañó a los recién casados, y prodigándoles las mayores muestras de ternura se despidió de ellos, montó a caballo y salió a escape para su finca.

Asunción y Julián se olvidaron del universo para no pensar sino en su amor, y ciegos y confiados, no creyeron, ni podían creer que hubiera algo a quien su dicha inspirase celos y despecho.

Aislados vivieron casi un año, y un niño vino a ser la estrella de su hogar.

Antuco Chacón le había dado su nombre: el cariño le autorizaba y pasaba los días con Asunción, compartiendo sus goces de madre gozando al parecer con su ventura y con la pureza de sus costumbres.

Aquel hogar era de los que la Providencia mira con predilección y nada faltaba para esa felicidad, tras de la cual corremos con afán, pero si Julián hubiera visto el cambio de la fisonomía de su amigo cuando se alejaba de allí, hubiera temblado.

Aquel semblante siempre risueño, se tornaba amenazador y, ¡cuántas noches como el tigre acechaba su presa y maldecía al hombre que disfrutaba una ventura ambicionada por él!

Jamás, delante de aquella purísima criatura, pronunciaba una frase que pudiera darle a conocer el estado de su alma: aquel corazón, albergue de todas las virtudes, no le hubiera comprendido.

Un día, el fuego se declaró en la pacífica morada de Julián, y como era en las altas horas de la noche, fué más tardío el auxilio.

Corrió el mulato a salvar a su mujer y a su hijo, pero ya Chacón los sacaba en sus brazos.

—¡Oh! hermano mío, — exclamó; — sólo tú podías tener el mismo pensamiento.

—Yo te debo la vida.

—Y yo lo que más amo en el mundo.

Julián observó que Chacón era menos expansivo: estaba triste y algunas veces desaparecía bruscamente y no volvía en largo tiempo.

—Estará enamorado, — dijo Asunción.

—Sí, querida mía, eso será: lo mismo me sucedía a mí antes de llamarte mía.

Julián procuró conocer lo que preocupaba a Chacón.

—Ya sabrás mi secreto — le contestaba.

Cinco años tenía ya el hijo del mulato cuando una terrible catástrofe destruyó su porvenir y le dejó huérfano y pobre.

Era una noche en que el calor se sentía con exceso, y estaba Asunción recostada en la cama con su hijo; Julián andaba en las minas y en la casa reinaba el mayor silencio.

De repente sintió que se desprendía el niño de sus brazos, que la levantaban y se la llevaban; quiso gritar: en vano; un poncho cubría su cabeza y una mano sujetaba su boca.

La infeliz conoció que estaba en el campo y oyó el galope de un caballo. ¿Sería su marido? haciendo un esfuerzo quiso llamarlo: imposible; su robador la estrechaba convulsivamente y montando en un caballo salían a galope.

Era efectivamente Julián el que llegaba, pero aun cuando vió un caballo que huía, ni aun pensó en lo que pudiera ser.

Llegó a su casa y sintió un vago terror al encontrar las puertas abiertas: algo sucedía: entró en su aposento y lanzó un grito; su hijo lloraba sólo en la cama: ¿Qué había pasado?

Sus gritos despertaron a los criados: nadie sabía lo sucedido: los raptos habían entrado por la puerta principal de la que sin duda tenían llave y en silencio arrebataron a la joven y volvieron a salir.

De repente Julián lanzó una exclamación ronca, terrible, salvaje; sobre una mesa vió un puñal corto: lo reconoció, era de Chacón.

Aquel indicio bastó para desarrollar ante sus ojos el drama.

Recordó episodios, detalles, palabras que no había comprendido; era una espantosa realidad: el amigo, el hombre a quien consideraba como a un hermano, era el robador de su esposa.

Durante seis meses buscó por todas partes al infame: no lo encontró: su casa estaba cerrada.

En una mañana del mes de diciembre, caminaba Julián al paso de su caballo dirigiéndose a la mina abandonada desde la catástrofe.

Ni la justicia, ni sus activas pesquisas, habían podido descubrir el paradero de Asunción.

Había llegado al pie de un cerro cuando el galope de un caballo lo sacó de su distracción; levantó la cabeza y lanzó un rugido: el jinete era Chacón.

—¡Al fin te encuentro, infame raptor! ¿Qué has hecho de mi Asunción?

—En tu casa.

—¿En mi casa?

—Acabo de conducirla y dejarla en la puerta.

—Tu vida no basta para pagar una sola de sus lágrimas, uno de mis sufrimientos: — y ciego sacó el puñal de Chacón, que siempre llevaba, y desmontó.

Antuco desmontó a su vez y se adelantó hacia Julián.

Lucharon: el mulato era el más débil; después de desesperados es-

fuerzos, su enemigo le arrebató el puñal y se lo clavó en el corazón.

Julián cayó en donde hoy se levanta la cruz.

Una hora más tarde el pasar algunos mineros, encontraron al mulato en la agonía; pero tuvieron tiempo para correr en busca del anciano tío de Asunción, quien recibió las últimas confidencias del



—Acabo de comprarlo. ¿Entiende usted de perros?  
—Sí.  
—¿Y qué le parece?  
—Que no la han engañado. Es un perro.

## Los dos féretros

Allá en la bóveda santa  
Se ven, del templo severo,  
Dos féretros; el primero  
Bajo un dosel se levanta.

Allí la paz más completa  
Rumor no turba importuno:  
El rey Othmar está en uno;  
En el otro está el poeta.

Fué en su trono prepotente  
Este altivo soberano:  
Tiene la espada en su mano,  
Y la corona en su frente.

El tierno vate que en vida,  
La vida halló tan hermosa  
Como el rey, su diestra posa  
En el arpa enmudecida.

Caen los muros; cunde presto  
El estrago en la comarca:  
En las manos del monarca,  
La fuerte espada hace esto.

En el valle, donde en tantos  
Primores el sol refleja  
El laúd del vate deja  
Oír sus eternos cantos.

KOERNER.

herido y los detalles del drama.

La infeliz esposa de Julián había sido devuelta a su hogar, pero loca, y murió en la casa de dementes.

—¿Y su hijo?

Los ojos del minero lanzaron rayos; en la mirada se leía el anhelo de la venganza, terrible, implacable.

—Su hijo, — murmuró, — su hijo guarda el puñal de Antuco para desgarrarle el corazón; si la Providencia no lo ha castigado, encontrará su huella y pagará la vil traición.

Esteban se levantó, bajó rápidamente la cuesta y se perdió en la obscuridad.

## Horrores de la esclavitud

En 1790, más de la mitad del comercio de esclavos se hallaba en manos británicas, y sólo en las islas de las Indias Occidentales (las Antillas) había un millón de ellos. Para proveer a la constante demanda de estos pobres desgraciados, que había en todo el "mundo civilizado", se había organizado su caza y captura con gran escala en el África Central. Esta caza al hombre se llevaba a cabo en una forma brutal y espantosa. Se ponía fuego a las aldeas durante las noches, y sus habitantes, enloquecidos por el terror, eran capturados mientras trataban de escapar a las llamas.

Entonces comenzaba la larga travesía hacia la costa. Hombres y mujeres marchaban, durante días y noches, como un rebaño de animales, encadenados, con argollas de hierro en sus cuellos, excitados permanentemente, para no dejarlos vencer por el cansancio, por medio de látigos y picanas. Muchos morían en el campo y quedaban insepultos, destinados a ser devorados por las aves de rapiña.

Tras de esto, venían los horrores de la travesía por mar.

Los que iban en las filas más externas yacían acostados casi a todo lo largo; los de las cinco filas interiores quedaban sentados durante todo el viaje, esto es, durante unas seis semanas o más, según el tiempo que reinase.

En los días tranquilos y de mar en calma se les permitía, en ocasiones, subir a cubierta; pero todo el resto del tiempo permanecían en las bodegas, con esposas en brazos y piernas de modo que no se podían mover, en medio de la obscuridad, desnudos y entre inmundicias. Así, pues, no es de maravillarse que la mortandad fuese muy elevada.

Se calcula que un treinta por ciento morían en la jornada terrestre hasta la costa; veinte por ciento de los sobrevivientes, durante la travesía marítima; cinco por ciento, ya en puerto, antes de la venta, y otro tanto que perecía en la aclimatación.

De modo que, de cada cien sujetos embarcados, sólo cincuenta sobrevivían para ser bestias de todo trabajo.

## La obra ejemplar del Ministro de Instrucción Pública del Uruguay

Una mañana de sol, inspiradora de empresas nobles, infundiendo optimismo en su belleza sin par, el poeta laureado Vicente Bove me presentó el grato visitante de la nación hermana, con esta expresión manifestación:

—Sé que podrás apreciar en las palabras de este digno estadista la magnitud de sus iniciativas, trate de no perder ni una sílaba.

Al contemplar su figura simpática, sencilla, nadie pensaría encontrarse ante un ministro, generalmente enhiestos, encuellados en mutismo que nada revela ni significa; pero al oír su palabra, el oyente recibe la sensación de hallarse ante un ciudadano superior, frente a un colaborador oficial de firme envergadura.

—Soy también del oficio — nos dice, atendiendo la solicitud periodística con la gentileza de los grandes hombres.—Ocupo la Subdirección de La Razón de Montevideo.

—Hay escuelas nocturnas en su país?

—Sí; existen Liceos que funcionan en las horas de la noche.

—¿A qué edad se inició en el periodismo?

—A los catorce años, habiendo obtenido un puesto de tipógrafo, mientras empezaba los primeros escarceos en gacetas y semanarios.

—¿Cuántas escuelas funcionan en la República?

—Dos mil quinientas. Cifra que es alta, en proporción al número de habitantes.

—¿Cantidad de analfabetos?

—Lo que puedo expresarle es que el gobierno se preocupa hondamente para que su número disminuya día a día, y como prueba de esta política, le señalaré la creación reciente de quinientas ayudantías en todo el país.

—¿Su actuación pública?

—En 1911 ingresé en la escuela normal municipal. En 1919 en plena actividad fui elegido miembro de la Asamblea Representativa, en 1922 Diputado Nacional, reelecto más tarde. En 1923 entré a formar parte de "La Razón" con el señor Julio María Sosa. He sido profesor de geografía en las escuelas industriales.

—¿Qué iniciativas tiene su ministerio?

—En estos momentos se realiza en mi país una labor revisionista de todos los sistemas de educación. El sistema universitario de enseñanza secundaria acaba de modificarse sustancialmente los estudios de esa clase, convirtiendo los estudios secundarios en motivo de intensificación cultural y de preparación para el ingreso a las facultades. Han sido suprimidos los exámenes secundarios, substituyéndolos por un sistema de promociones, determinadas por la escolaridad del alumno y sus verdaderos valores, juzgados por la superioridad del profesorado.

Observamos que el ministro preparaba mate.

—Soy muy afecto a esta bebida aromática criolla. A propósito de cosas criollas, me llevo en el equipaje, un nutrido repertorio de música regional.

El folklore argentino es idéntico hasta cierto momento, como el uruguayo. A ese respecto conversé con el doctor Ricardo Rojas, "preclaro argentino". Deseo consignar mi gratitud con respecto al ministro de Instrucción Pública, en cuya compañía visité varias escuelas de esta capital. Llevo una buenísima impresión de ellas, especialmente la que funciona al aire libre en el Parque Avellaneda, y la que lleva el nombre de República Oriental del Uruguay.

—¿Qué piensa de la mujer argentina?

—Desde el punto de vista mujer, vivir en el Uruguay es un asombro y vivir en Buenos Aires, un milagro. La Capital de la Argentina posee una riqueza fabulosa; su trabajo, sus empresas, de toda índole, su tráfico endemoniado que casi le hace la vida al que transita una verdadera tortura, pero que lo redimen siempre los ojos, la armonía y el ritmo purísimo de la mujer que pasa, de esa bella desconocida a quien tal vez ya no encontraremos nunca y que nos deja en el alma, esa estela de luz que describe una estrella, que vuela en la noche.

—¿Qué sistema pedagógico cree más eficaz?

—Creo en una escuela nueva, alegre, dinámica.

Menciona y comenta, en forma precisa y erudita, las normas edu-



—En Buenos Aires comen muchos parásitos del presupuesto.

—Yo no puedo comer.

—¿No puede comer? Tome HIERRO QUINA BISLERI, que abre el apetito.

¿Queréis digerir bien? Bebed AGUA MINERAL NOCERA UMBRA.

La reina de las aguas minerales para la mesa.

*Para Fray Luchito*

*He recibido una gratísima impresión de los centros educacionales argentinos. — Pueblo que trabaja arduamente en este, y pueblo que atiende la formación espiritual de sus hijos. Por esas rutas se hará cada día más grande — lo en vano la junta tutelar de Sarmiento parece impedir los destinos gloriosos de la República.*

*E. Rodríguez Fabregat*

*M. Hing, May 2/77*

"He recibido una gratísima impresión de los centros educacionales argentinos. Pueblo que trabaja arduamente en este, y pueblo que atiende la formación espiritual de sus hijos. Por esas rutas se hará cada día más grande. No en vano la sombra tutelar de Sarmiento parece impedir los destinos gloriosos de la República". (Firmado): E. Rodríguez Fabregat.

donde se realizó una ceremonia sencilla y plena de emoción. Un alumno puso en mis manos una banderita argentina y otra uruguaya, pidiéndome que yo se las entregase a un niño escolar de mi patria. Se las entregaré en acto público a un educando de la escuela de Aplicación número 2, escuela llamada a llevar el nombre de República Argentina.

—Cuál es el proyecto del señor ministro con respecto a enseñanza primaria?

—La presentación de mi plan de parques escolares traerá una transformación completa de los valores y la significación cultural y artística.

cativas de Froebel, Spencer, Tolstoy, Lietz, y los principios de Ernesto Nelson, José Pedro Varela, en el Uruguay.

—¿Qué opina sobre Sarmiento?

—Tengo admiración vivísima por ese insigne argentino, educador y estadista. Debo expresarle que en una conferencia pronunciada en mi país, abordé tan robusta personalidad. Es uno de los verdaderos arquetipos de la América nueva. He comparado, la vida de Sarmiento con la formación de un mundo. Es algo más que un hombre, es una fuerza de la naturaleza. En mi patria lo he descripto geológicamente.

—Recuerda usted la visita de los

cien profesores secundarios argentinos que fueron a Montevideo, presididos por el doctor Manuel María Oliver.

—Muestra de solidaridad evidente, acentuó la tendencia y el derecho de intercambio intelectual de catedráticos y trajo como consecuencia el que estudien con interés problemas que son comunes por identidad de propósitos y sentimientos.

—Conoció al doctor Oliver, presidente de esa delegación?

—Sí, y puedo asegurarle que es una verdadera superioridad intelectual, una personalidad cumbre.

—¿Qué concepto tiene de la escuela?

—Creo en la escuela como en el fundamento de la democracia. Los uruguayos hemos asegurado la absoluta gratuidad.

Al retirarnos le manifestamos la noble democratización de la enseñanza que se efectuó en nuestro país, por iniciativa del doctor Manuel María Oliver: El bachillerato nocturno. El ministro recibe nuestra manifestación íntimamente satisfecho, porque su ideal va hacia postulados igualitarios, y de equidad, libertad y justicia.

Roque Cepeda VERON.

## La mancha delatora

El azul de metileno es una sustancia que puede servir para descubrir al autor de raterías, si éste se encuentra entre los familiares de la casa en que son cometidas. Se tifen con ese color las monedas o joyas en peligro: cuando el ladrón las toca, le mancha los dedos de un color azul, que es indeleble por mucho tiempo. En un hospital de Londres fué descubierta así una mujer que desde hacía meses robaba dinero de los guardaropas.

## Curiosidades

Cuando se hielan los ríos de Siberia, se encuentran peces dentro del hielo, los cuales están vivos y se venden en el mercado.

En el museo del Colegio Real de Cirujanos, en Londres, existe el esqueleto de un gigante que tenía tres metros de talla.

El día más largo en Spitzberg, ciudad europea situada en el círculo polar, dura tres meses y medio.

Una sortija de oro que se perdió hace treinta y cinco años en Kentucky (Estados Unidos), ha sido encontrada en un paquete de tabaco enviado a Belfast (Irlanda). El hombre que se la encontró se la ha entregado personalmente a los parientes del propietario.

En los días en que la Alquimia tenía la misma relación con la Química que la Astrología con la Astronomía se creía que existía alguna relación entre los siete planetas y los siete metales. La Luna se asociaba a la plata; el Sol, al oro; Marte, al cobre; Saturno, al plomo, y Mercurio, al azogue.

En el Museo Británico se conserva un cuchillo, inventado por un inglés, empleando el cual no se caen los guisantes.

Las Cajas de Ahorros Postales las ideó el inglés Carlos Guillermo Sikes, para extender el espíritu de ahorro entre las clases más humildes de la sociedad, y las primeras se instituyeron en el Reino Unido de la Gran Bretaña, a propuesta de Gladstone, el 16 de septiembre de 1861, por la ley de 17 de mayo del mismo año.

Las escuelas de arte culinario de Berlín, que se establecieron primeramente para la enseñanza de las mujeres, se han adaptado ahora también para enseñar a los hombres, solteros o casados que deseen aprender a guisar.

Una casa belga puso a la venta barajas con el borde negro, para usarlas durante los seis meses de luto público por el fallecimiento del rey Leopoldo.

La planta que alcanza mayor crecimiento es una especie de alga marina, cuyos tallos miden a veces hasta 90 metros de longitud. Los indígenas de las islas de Oceanía los secan y los emplean como cuerdas.

Los romanos hacían el cemento mezclando las sustancias lanzadas por el Vesubio y otras montañas volcánicas.

El color tiene una gran influencia en el desarrollo de los microbios. Las tintas menos fuertes de tono les son favorables, en tanto que los colores brillantes los perjudican.

Las campanas fueron inventadas por Paulinus, obispo de Nola, en Campagna, allá por el año 400 y las primeras en Inglaterra fueron colgadas en la Abadía de Croyland en el condado de Lincolnshire el año 960 y bautizadas recién en las iglesias el año 1030, de nuestra era.

Los europeos tenían 6.000.000.000 de dólares de valores americanos, principalmente en ferrocarriles, al comenzar la guerra. Los americanos no solamente han amortizado esto, sino que han prestado privadamente tres mil millones a sus antiguos acreedores.

El Rhin es uno de los ríos más pintorescos del mundo. A sus orillas se encuentran setecientos veinticinco castillos antiguos.

Los maquinistas alemanes reciben una medalla de oro y un premio equivalente a quinientos pesos oro por cada diez años de servicios sin un accidente.

El profesor Eltringham, de Londres, ha hecho una fotografía interesante a través del ojo de un gusano de luz.

El retrato ha sido obtenido por un procedimiento microfotográfico, consistente en substituir la lente del aparato por la lente del ojo del gusano. Proyectada la fotografía en la pantalla, da una imagen en la que se reconoce claramente al hombre que ha pasado.

Los rayos ultravioletas, imperceptibles para el hombre, son muy visibles para los insectos.

Mientras una muchacha noruega no presenta el certificado de que sabe guisar, las leyes de su país no le permiten contraer matrimonio,



¿ Estoy linda hoy ?....,

se preguntan las chicas mirándose al espejo. Es claro, hay días en que una se encuentra mejor que de costumbre.

La belleza, debe ser para todos los días y para lograrla hay que disimular pequeños defectos, utilizando un buen polvo para la cara.

Nosotros sabemos fabricar, con materias primas de primera calidad,

**Polvo Grasoso**  
PARA LA CARA

en diferentes tonos y perfumes, que vendemos, sin lujo, en paquetes de 1/8 de kilo a \$ 0.70.

Haga una prueba; la dejaremos contenta y habrá hecho una seria economía.

**Farmacia Franco-Inglesa**

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO Y FLORIDA

BUENOS AIRES

## La manifestación del partido Unión Cívica Radical Irigoyenista

Como un acto de protesta contra el proyecto de intervención nacional a la provincia de Buenos Aires, la fracción del partido Radical, que preside el doctor Hipólito Irigoyen, organizó una gran manifestación pública en la cual tomaron parte los afiliados a los comités de la Capital Federal y algunos de los de la provincia — La cabecera de la columna a su paso por la Avenida de Mayo.



Vista parcial de los numerosos manifestantes, congregados frente al local donde se halla instalado el comité de la capital, desde cuyos balcones hizo uso de la palabra el presidente del mismo y diputado nacional señor Héctor Bergalli.

## Homenaje al señor Felipe Boero



Con motivo de su reciente jubilación, el ex-inspector técnico del Consejo Escolar V, don Felipe Boero, fué objeto de un homenaje que efectuó en la Confitería del Molino. — Vista parcial de los concurrentes al acto.



El doctor Hipólito Irigoyen, que fué aclamado por los manifestantes, acompañado del doctor Horacio B. Oyhanarte y de otros correligionarios políticos.

## Bibliografía



Doctor Paulo Tagliaferro, autor del libro "Gira por América. (Impresiones sintéticas de viaje)", recientemente aparecido.



## Vigésimo quinto Aniversario del reinado de Alfonso XIII

Commemorando el vigésimo quinto aniversario del rey Alfonso XIII de España, realizóse, entre otros actos, un solemne Teócum oficiado en la iglesia del Salvador por el nuncio apostólico monseñor Cortesi. El embajador de España, duque de Amalfi, el vicepresidente de la República, doctor Elpidio González y otras personas, saliendo del templo después de la ceremonia.



Una vista del interior de la iglesia del Salvador, mientras se oficiaba el Teócum.

## Círculo Automovilista Argentino



Concurrentes al te danzante organizado por el Círculo Automovilista Argentino y realizado en la Confitería Pellegrini.

## Colonia Nacional de Alienados



El director de la Colonia Nacional de Alienados, doctor Scarano y la comisión de la dirección de arquitectura que hizo entrega de las obras de provision de agua y corriente eléctrica.

## De Mendoza



El gobernador de la provincia doctor Orfila, y demás comitiva oficial durante el acto inaugural del nuevo edificio de la Asistencia Pública.

## De Córdoba



ENLACES: — María Esther Domínguez —  
Alfredo Poviña Padilla.



Juanita Caballer - Pedro Quintana.



Ocampo Usandivaras - Ranulfo González.

## TEATROS



Elementos de la compañía de José Casamayor, que actúa en el Teatro Bataclán, a cuyo cargo estuvo el estreno de la obra "Bajo la garra del vicio", original de los señores Oscar R. Beltrán y S. Riese. Acompañan a los intérpretes los autores y el poeta español don Francisco Villaspesa.



El tenor Fleta

El presidente de Chile

Artista precoz



El tenor español Miguel Fleta y su señora esposa, recientemente llegados a Buenos Aires.



Coronel Carlos Ibáñez del Campo, nuevo presidente de la República de Chile, en su despacho de la Casa de la Moneda.



La niña Irma Lecot Palomeque, notable declamadora uruguaya que próximamente dará algunos recitales entre nosotros.



### Demostración al señor A. L. Arzeno

Con motivo de la reciente designación para desempeñar la secretaría privada del intendente municipal, recaída en la persona del señor Arturo L. Arzeno, este caballero fué objeto de una demostración por parte del personal de la Junta de Abastecimiento, cuya dirección ocupara el obsequiado. — Vista parcial de los comensales que asistieron al banquete servido en el anexo de la Confeitería Pellegrini, acto en el que consistió la demostración de referencia.



## Sociales



ENLACES. — María Angélica Carabasa-Jorge Saubidet Bilbao



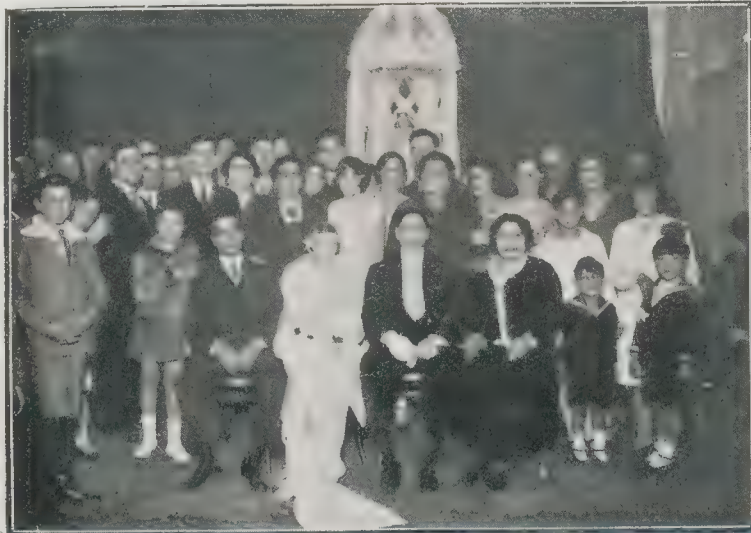
Señorita Nélida Marchisio, que ha formalizado su compromiso matrimonial con el señor Pedro Catasús



De Acevedo-Castillo Barruti



María Angélica Serantes-ingeniero Carlos L. Semino



Rita Da Ponte-Ernesto Albarracín



María Silvia Peracca-José J. B. Pedotti



Elsa Arien-Alfredo Saubidet Bilbao



Señorita Elvira Demarco, que en breve contraerá enlace con el señor Raúl Roverano



Haydée Martínez-teniente Carlos López Lobo



Julia Ulibarria Palacios-Juan C. Dillon Mahon



Nellie Darby-Juan Ramon



## Actualidades cinematográficas



Edna Murphy, protagonista, con James Pierce del cine drama "Tarzán y el león de oro", que la New Yor Film exhibe desde anteayer.



Escena de "Su primera noche", cinecomedia interpretada por Bert Litell, Dorothy Devore, etc. que la Corporación exhibe desde anteayer.



Ralph Ince (director e intérprete) y Margarita Livingston, en "El hijo del mar", film que la General exhibe desde el viernes último.



Una escena de "Casi una dama", por Harrison Ford y Marie Prevost, que Glüksmann estrenará el próximo viernes.



Billie Dove y Huntly Gordon, protagonistas de "Buscadores de sensaciones", cinta Jewel que la Universal estrenará pasado mañana.



Escena de "Ropa vieja", film del cual es protagonista el pibe Jackie Coogan y que la Metro-Goldwyn-Mayer estrenará hoy.



Alec B. Francis y Janet Gaynor en "Más allá de la vida", que la Fox exhibe desde el jueves anterior.



De Cacheuta



Señoritas Julia Hechat y Selma Buzzi



Un grupo de simpáticas suegras.



Señoras Matilde Luro de Mezquita y María Esther Sansinena.



Señorita Sara Miyara



En pose para FRAY MOCHO



Señorita Celia Hechat



Señoritas de Zerboni y de Morandi y doctor Mauricio Beck



Señora María S. de Hechat.



En rueda de comentaristas



Señor Tomás Buzzi



Señora de Soldati e hija



—¡Allí viene!



Señorita Julia Morandi

Fots Bejarano.

## INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



ROSARIO. — Enlaces: Ana E. Filippi-Roque V. Macerola



María Esther Costello-Ernesto R. Schmidt



Angelita Weiss-Atilio A. Raimondi



Flora Juana Acetti-Luis V. Gamero



Pepita Sotelo-Raúl Herrera Machado



Leticia Navarrini-Atilio E. Real



Dominga E. Peralta-Víctor A. Montanaro



Celeste Cella Giménez-José Pastore



ALTA GRACIA. — Dos instantáneas obtenidas durante la visita del nuncio monseñor Felipe Cortesi, efectuada al Sierras Hotel de Alta Gracia. A la izquierda: personas que fueron a esperar al prelado. A la derecha: el gobernador de la provincia de Córdoba, doctor Ramón J. Cárcano y el nuncio apostólico, al retirarse del hotel.



TANDIL. — Los alumnos de cuarto año de la Escuela Normal, acompañados de su director señor Juan M. Cotta y otros profesores, durante una visita de estudio a la estancia "San Antonio".



RUFINO. — Grupo de niños del colegio que dirige el profesor señor Martín, que tomaron parte en una función de beneficencia.



## DE LA TEMPORADA EN VILLAVICENCIO



Señores Antenor Pereyra, Ignacio Gei y Alejandro Romayrone



Señores Carlos J. Ramallo, Pedro Molina, Julio Castillo, Miguel Rodríguez y niño Pedro Alcides Molina



Enriquito Gómez



¡Mozo jinetazo!



Estelita Glose y Angélica Teresa Capelli



Señor Dualde y familia



Niño de Cantón



El señor V. Odoriz y un grupo de amigos en la escalinata del hotel



Señor Felipe Martínez



Señor Luis Emilio Capelli



Señor Morales Guíñazú

Fots. Capra.



## COMO ELLAS CAEN: POR BONDAD

Por Luis de León

I

Todas las mañanas se abría la pintoresca ventana del enorme caserón de don Rodrigo, y tras de ella aparecía su bella hija Isabel, que no sin razón era tenida por la muchacha más linda, honesta y discreta de todos aquellos contornos.

La casa de don Rodrigo, que, según rezaba en sucios pergaminos, había sido vivienda de nobles caballeros y testigo de trascendentales sucesos, asomaba su fachada a la mejor plaza del pueblo y daba la espalda, en la que aún quedaban algunos torreones con altas y estrechas ventanas góticas, a una espaciosa huerta cercada por enorme tapia, en cuyo centro había un gran portón por el que se salía directamente al campo.

Don Rodrigo estaba orgulloso de vivir en aquella casa y de poseerla en propiedad. Con frecuencia hablaba de ella en las numerosas tertulias a que asistía, mostrando al hacerlo una satisfacción tan grande, que se notaba en sus palabras, en su expresión y hasta en su movimiento.

Era don Rodrigo, de esos hombres que tienen la manía de la grandeza. Fué hijo de un acaudalado matrimonio, y en edad temprana quedó huérfano y dueño de una gran fortuna. Toda su juventud la pasó en lejana capital y se dió tal maña para administrar su hacienda, que en unos cuantos años quedó completamente arruinado.

Comprendiendo que no le quedaba más recurso que marcharse a su pueblo, volvió a él con el decidido propósito de salvar lo que pudiera de su capital, casarse con una muchacha de posición, y aparecer de nuevo en la capital a disfrutar de la fortuna de su mujer, y, sobre todo, a humillar a los que lo creían arruinado.

Como en el pueblo no había ninguna rica heredera que pudiera satisfacer sus aspiraciones, trató de buscar compañera en la vecina ciudad de Pedregales, a donde empezó a ir con gran frecuencia. Tenía en esa población algunos conocimientos, de los que usó discretamente para orientarse en su importante empresa; y no tardó mucho en decidirse por la hija del rico comerciante don José Pinillos.

Anita — éste era el nombre de la muchacha — lo recibió con agrado desde el primer momento. Era su sueño dorado casar con un varón de ilustre apellido, y ninguno de sus pretendientes descendía de tan noble familia como Rodrigo.

También don José miraba con buenos ojos aquel enlace. Comerciante enriquecido no le faltaba para coronar su grandeza, más que emparentar con una ilustre familia. Además el capital de Rodrigo — él no conocía su ruina — podía ser siempre un puntal poderoso para sostener sus negocios que ya en época de relativa normalidad amenazaban serios contratiempos.

No hubo, pues, dificultades para la boda; pero sí vinieron tristes desencantos por ambas partes. A los dos años de efectuado el matrimonio, el comerciante se declaró en quiebra, de la que, en contra de lo que esperaba, no pudo salvarlo su yerno. Total, que tanto Rodrigo como su mujer, ésta más que nada por consejo de su padre, se habían casado con miras interesadas, y los dos se equivocaron en sus apreciaciones.

II

Tenía don Rodrigo muy cerca de los cincuenta y nueve años, y se conservaba en tal estado, que cualquiera lo hubiera creído con dos lustros menos. Más bien bajo que alto y más bien grueso que delgado, sin que en nada llegara a la exageración, con ojos grandes y pausados, hablar tan lento y reposado, que parecía escucharse a sí mismo, y que tardaban mucho en llegar sus palabras a sus oídos;

Isabel, único fruto de bendición de este feliz matrimonio, era con razón sobrada el mayor motivo de orgullo y satisfacción de sus padres.

Había cumplido ya los veintidos años, y era de regular estatura, de ojos negros y grandes, de abundante cabellera con el mismo color de ébano que sus ojos; cutis blanco y finísimo con un tinte sonrosado, tan en su punto, que de haberlo tenido más subido hubiera desaparecido su femenina sutileza, y de

Pidan

## “QUILMES DE INVIERNO”

La mejor cerveza  
para la estación

andar, lento y grave, ademanes señoriales, gestos de altivez..., reunía en sus modales y en sus actos una majestad tal, que nadie dudaba al verlo, que era persona de gran valimiento.

Su esposa, doña Ana de los Pinillos y de la Sierra, que de soltera se llamó sencillamente Anita Pinillos, y en cuanto se casó empezó a anteponer preposiciones, conjunciones y artículos a sus apellidos, gozaba con exceso de los dos rasgos más característicos de su sexo: escasez de inteligencia y sobra de vanidad. Indudablemente debió haber sido muy guapa, ya que aún quedaban en sus rostros ciertas muestras inconfundibles de belleza.

haberlo tenido más bajo hubiera parecido su rostro demacrado; nariz recta y con artístico remate; boca chiquita y redondeada; barba carnosa y con un gracioso hoyo que hacía más bonito juego con los que en las mejillas se le formaban al reírse; su garganta era a la vez esbelta y ebúrnea, su cuerpo estaba lleno de elegancia ligereza y plásticas redondeces, y sus andares parecían encerrar al mismo tiempo una encantadora sencillez y una intención provocadora.

Las dos características más importantes de Isabel, eran la timidez y la bondad. Jamás se atrevió a tomar por sí sola la menor determinación, ni aún a consultar con nadie lo que pensaba en sus

ratos de soledad. Con sus padres era sumisa y obediente hasta la exageración; la más pequeña indicación que le hicieran, la cumplía sin vacilar; tal respeto le imponían, que hubiera perdido la vida antes que desobedecerlos.

A su rara belleza, había pues, que añadir sus inmejorables condiciones morales, ya que no había virtud que no ejercitase; y si además se tenía en cuenta su trato afable y sencillo, sobre todo con los humildes, y la extremada discreción con que en todos los momentos procedía, no es de extrañar la adoración que sus padres sentían por ella, el cariño que en el pueblo despertaba, y que trajera locos a todos los muchachos del lugar.

III

Como de costumbre, se sentó Isabel aquella mañana detrás de la enorme y pintoresca reja llena de macetas y enredaderas, destacando entre las variadas y vistosas flores, la belleza de su rostro angelical y la gentileza de su esbelto y bien formado cuerpo.

Después de colocar sobre sus rodillas un pequeño bastidor, se dispuso a bordar un pañuelo con sus iniciales.

¿Qué pensaba Isabel en aquellas largas horas que transcurrían lentas y monótonas ante la contemplación de un cuadro que estaba cansada de ver?

Hay quien cree que una muchacha de veintidós años es incapaz de preocuparse de nada serio; pero, es lo cierto, que quien hubiera observado la gravedad de Isabel en aquella deliciosa mañana de primavera, no podía haber creído ni un momento, que en su linda cabecita se encerraran insustanciales devaneos ni ligeros pensamientos.

Aunque eran numerosos los pretendientes que tenía, había dos que, cada uno a su manera, la cortejaban con especial asiduidad. Eran éstos, Luis del Pozo y Andrés Arjona. Ambos habían terminado su carrera aquel año, el primero la de derecho, y el segundo la de medicina.

Ni escogidos de propio intento, podían ser más diferentes los dos enamorados: Luis era guapo, simpático, alegre, decidido; tenía el don de hacerse agradable a las mujeres en cuanto cruzaba con ellas una palabra o una simple mirada; siempre encontraba la frase más apropiada o el gesto más oportuno para conmovirlas. Tardó nueve años en hacer la carrera — nunca se distinguió por su amor al trabajo, — y durante ese tiempo tuvo una porción de aventuras, y llevó una vida todo lo alegre y disipada que le permitió su abundante caudal de estudiante rico y mimado por sus padres.

Su pasión por Isabel se recrudecía en la época de vacaciones, que pasaba a su lado. Entonces, creía adorarla con locura. Esto no era obstáculo para que después la olvidara en los períodos de ausencia; pero, en realidad, debía de estar enamorado de ella, ya que siempre que volvía a verla, se encendía de nuevo la llama que parecía haberse apagado.

Andrés, en cambio, era feo, casi ridículo, serio, afectado; excitaba más a la burla que a la admiración; no sabía cómo hablar a una mujer; se mostraba torpe y tímido delante de cualquiera... Hizo sus estudios con extraordinario



aprovechamiento; jamás se le conocía el más pequeño desliz; era, en todo, un hombre modelo. Amaba a Isabel desde hacía mucho tiempo; pero nunca se atrevió a manifestarle su cariño más que con miradas discretas y furtivas. Su amor no era esa pasión exaltada y loca de la juventud, que sólo piensa en satisfacer sus ansias de unirse a la mujer adorada, sino el natural deseo del muchacho sensato y juicioso, que piensa que todo hombre, cuando tiene asegurado un porvenir, debe procurarse una compañera hacendosa y honesta que le sirva para regentar su casa y crear un hogar y una familia de quien preocuparse.

A pesar de esta gran diferencia de caracteres, Andrés y Luis se querían entrañablemente. Más que amigos parecían hermanos. Quizá la misma distancia que los separaba, era la principal causa de su intimidad, ya que siempre encontraban ocasión de hablar y discutir, haciendo con esto más amena su amistad. Se trataban con gran confianza, se exponían sus planes, sus proyectos; se referían sus triunfos y sus fracasos. Podía decirse que no tenían el uno secreto para el otro. Sólo se ocultaban aquel amor que los dos sentían por Isabel, y cuando rara vez hablaban de ella, procuraban mostrarse indiferentes. Quizá ninguno quería revelar asunto de tanta trascendencia, hasta no haber conseguido una victoria que no lograban alcanzar.

No hay que esforzarse mucho para comprender que Luis tenía ganada la partida en el corazón de Isabel; pero, en cambio, Andrés era preferido por sus padres, y ella no se atrevía a decidir nada en contra de la voluntad de éstos.

Cuando más abstraída estaba Isabel en sus profundas meditaciones, vino a interrumpirla su querida madre, la cual, después de besarla varias veces, y hablarle de cosas insustanciales, llevó la conversación al tema que deseaba tratar.

—Vengo a hablarte de un grave asunto que nos tiene preocupados a tu padre y a mí — dijo con voz pausada doña Ana —, y espero que me escuches con la atención que merece tan importante problema. Tú no tienes aún conocimiento de lo que es la vida. Todas las muchachas creéis que lo mejor es dejaros llevar por los impulsos de vuestro corazón y no sabéis que él es el peor enemigo de la juventud. Tú, sin embargo, has dado siempre extraordinarias pruebas de sensatez, y creo que en esto, como en todo, escucharás con el respeto debido la voz de tus padres.

—Yo nunca os he desobedecido — contestó Isabel imperceptible, y bajando los ojos al suelo.

—Hasta ahora, efectivamente, has sido humilde y sumisa; un verdadero modelo de hijas; pero estás en un período de tu vida, que hace cambiar de condición a la mayor parte de las personas, hombres y mujeres. Por eso quiero hacerte algunas advertencias acerca de tu futuro comportamiento, que creo no encontrarás desacertadas ni faltas de razón y oportunidad.

Tú estás, querida Isabel, en una edad que es la más a propósito para llamar la atención de los hombres que te encuentran en su camino; y, en verdad, que, según se nota, lo haces de un modo excesivo. No envuelve esto una censura para tí, ni es tampoco desgracia de tu destino; al contrario, eso demuestra los grandes méritos y virtudes

que encierras. También he creído observar, que escuchas con demasiado interés las cosas que Luis te dice...

Al llegar a este punto, doña Ana hizo una breve pausa para mirar con fijeza a su hija, y ver si ésta respondía a sus palabras. Isabel, de buena gana, lo hubiera hecho; y, si bien sabía lo que quería decir, no acertaba con el modo de hacerlo para no enfadar a su madre ni mentir, cosas ambas que le parecían feo pecado; por lo cual, dió el silencio por toda respuesta. Doña Ana, siguió diciéndole:

—Yo quiero avisarte de los peligros que corres dejándote llevar por los arrebatos de un corazón joven y no de una inteligencia reposada. Sin que yo trate de censurar a Luis, quiero hacerte ver que no es el hombre con quien debes soñar para unir a él toda tu vida. Luis es un muchacho como verás mu-

monios son desgraciados, porque los hijos nunca oyen la voz de los padres...

—Yo no haré nada en contra de vuestra voluntad — contestó sumisa Isabel.

—¿Me das tu palabra de obedecerlos?

—Siempre lo he hecho.

Cualquiera que no hubiese sido doña Ana, hubiera comprendido enseguida que su hija, si no mentía, por lo menos disimulaba; pero a ella satisfizo de tal modo la respuesta de Isabel, que, creyéndola consecuencia de sus razonados argumentos, no quiso seguir exponiendo otros de más peso que se llevaba aprendidos. Y satisfecha de su discreción y tacto, se levantó de su asiento, y, besando de nuevo a Isabel, le dijo:

—No esperaba otra cosa de tí; si sigues por ese camino, labrarás tu felicidad y también la nuestra.

## OBSESION

¡Cómo treme mi sed cuando te veo!  
¡Y como en vuelo de huracán arranca  
el rojo gavián de mi deseo  
trás la paloma de tu carne blanca!

Si te evoco, me llegan, como en llamas,  
a este lúbrico abismo en que me enfango,  
el husmo de afrodisia que derramas  
y la lascivia de tu andar de tango.

En mi horrible obsesión, tu cuerpo puro,  
parece que surgiera a mi conjuro  
a inmensar estas ansias avernales:

Me llega como un vaho de carne tierna...  
y repugnante, hambriento, en mi caverna  
aúlla el lobo voraz de mis sensuales.

Guillermo CUADRI.

Minas - Uruguay.

chos en el mundo si alguna vez te asomas a él; guapo, elegante, simpático, con un don especial para cautivar a las mujeres con su presencia y sus palabras...; un individuo muy a propósito para pasar con él un rato agradable escuchando su conversación; pero nada más. Tú sabes que es vicioso, alegre, despreocupado, incapaz del menor sentimiento noble y sincero, enamorado, voluble; a todas las mujeres las mira y las trata con la misma intención pecaminosa; una persona en suma, que será tu perdición y nuestra desgracia si lo escuchas con el menor interés. En cambio, tienes otro pretendiente que reúne inmejorables condiciones, y al cual apenas atiendes. Me refiero a Andrés. Este es un hombre formal, juicioso, con un gran talento y un brillante porvenir, que hará dichosa a la mujer que se case con él. Ya sé que su presencia no es muy agradable, ni su trato muy ameno; pero nunca debemos fijarnos en las prendas exteriores de las personas, sino en sus condiciones morales. Andrés insiste en sus propósitos; esta misma mañana ha estado aquí su tío a hablarnos del asunto, y ya es hora que te decidas de una vez. En ninguna cuestión como en ésta, debes dejarte guiar por nuestros consejos. La juventud es loca, y luego no hay tiempo de arrepentirse de las ligerezas que se cometen. La mayor parte de los matri-

Quedó Isabel hecha un mar de confusiones. Las palabras de su madre habían ido a complicar más aún el difícil asunto de sus amores. Después de la promesa que había hecho, no podía pensar en admitir a Luis. ¿Qué dirían sus padres al verla rebelarse contra su mandato?

Estaba meditando sobre el modo que tendría que resolver tan complicada cuestión, cuando vio a Luis dirigirse hacia su ventana.

—Buenos días, Isabel — dijo Luis cuando pasó cerca de la reja, llevándose la mano al sombrero.

—Buenos días — contestó Isabel con una mirada que lo mismo podía tenerse por cariñosa que por huraña, y un gesto que igualmente podía expresar deseo que contrariedad.

—Cada día más bonita y más ingrata — añadió aquel a su paso.

Isabel no contestó. Luis siguió andando lentamente, y volvió la cara varias veces para fijar sus ojos en los de la muchacha.

También miró Isabel como miran las mujeres en esos casos; sin que se pueda averiguar si a su mirada las guía una sencilla casualidad, una simple curiosidad o una marcada intención.

Poco después de haberse marchado Luis, pasó Andrés acompañado de su tío. Isabel no pudo contener

una sonrisa de burla al ver aquel tipo grotesco, cuya ridiculez aumentaba su pésimo gusto en el vestir, su cabeza anchota y rasurada, y unos quevedos grandes y de excesiva curvatura. Isabel pensó con horror que aquel hombre pudiera llegar alguna vez a ser su marido.

A pesar de la indiferencia que Isabel sentía hacia Andrés, no dejaba de halagarle que éste la pretendiera. Al fin, se trataba del mejor partido del pueblo, y siempre era agradable verse solicitada por un hombre con el que soñaban todas las muchachas de su edad.

Alguna vez comprendiendo la razón que tenían sus padres al aconsejarle aquel amor, hasta pensó en aceptarlo. Indudablemente, sería muy difícil encontrar un partido tan excelente como él, y no dejaba de ser una satisfacción llegar a conquistar el corazón de un hombre que tantos méritos tenía; pero, en cuanto Andrés se presentaba a su vista, se desvanecían todas sus ilusiones ante el tipo cómico y amenerado de su constante adorador. No podía soportar la idea de que lo mismo que ella se había reído muchas veces de Andrés, se burlaran otras después de ser su esposo.

V

Llegó la fecha del cumpleaños de don Rodrigo. En este día, rara era la persona del pueblo que no iba a su casa a felicitarlo.

Todos los admiradores de Isabel habían ido a saludar a su padre. Solo faltaba Andrés, que era de los invitados a la cena.

El día anterior había tenido doña Ana una importante conferencia con su hija, en la que trató de convencerla de que debía decidirse a aceptar el amor de Andrés. Isabel, siempre sumisa y obediente, no se atrevió a contradecirla, y le prometió que haría lo que ella quisiera, quedando concertado que, con motivo de la cena del cumpleaños de don Rodrigo, a la que sólo asistirían en esta ocasión Andrés y su tío, se formalizaran las relaciones de Isabel.

Luis, a cuyos oídos habían llegado ciertos rumores acerca de los planes que tenían los padres de su amada, se propuso dar aquella tarde la batalla definitiva. Estaba nervioso, contrariado, porque no conseguía hablar a solas con Isabel. En parte sucedía que ésta, temerosa de desairar a Luis, y forzaba a hacerlo después de la palabra empeñada a su madre, esquivaba hábilmente su compañía; y también ocurría en favor de ella, que sus numerosos pretendientes la asediaban constantemente, no dejándola sola un instante.

Sin embargo, cuando llegó la hora de saborear la abundante merienda que doña Ana había preparado, los adoradores de Isabel más preocupados de satisfacer los deseos del estómago que las ansias del corazón, dejaron a Luis en absoluta libertad de dedicarse a ella.

Luis aprovechó la ocasión, y poniendo en su actitud y en sus palabras todo el fuego que podía, pintó una vez más su pasión con vivos colores y frases elocuentes.

—No me hable usted de eso, Luis — decía Isabel con voz turbada y ojos indecisos, mientras jugueteaba con un precioso abanico pendiente de larga y sutil cadena de oro. —La sabe usted lo que le he dicho otras veces: Por ahora no pienso en esas cosas... El día de mañana... ¿quién sabe?...



Luis leía perfectamente en el espíritu de Isabel, y vio que, aunque le rechazaba con sus palabras, interiormente escuchaba con agrado todo cuanto le decía. Por esto, y comprendiendo que los momentos eran decisivos, trató de arrancarle una promesa definitiva; y, para ello, procuró mostrar un desaliento que hiciera ver a Isabel que había perdido toda esperanza.

—Yo no puedo ver en lo que usted me dice, más que una forma correcta de encubrir el desagrado que siente hacia mí.

—No es eso, Luis.

—Sería preferible que me desengañara usted de una vez.

—Piense usted lo que quiera; pero yo no sé decirle más que la verdad.

—¿Y qué quiere usted que piense sino lo que veo?

Usted no es ninguna chiquilla para oponer a mis pretenciones el pretexto de su juventud. Además, demasiado sabe usted que la mejor edad para amar es aquella en que encontramos un ser digno de nuestro cariño.

—¿No puede usted esperar nada?... Un año... ¿Qué supone un año en nuestra vida?

—Para gozar de lo nuestro, quizás no sea nada; para conseguir lo que más deseamos, tal vez la vida entera. Si yo supiera que dentro de un año me iba usted a querer, no dudaría un momento en aceptar ese plazo; pero veo que, con esa excusa, sólo trata usted de alejarme de su lado. Deme usted una esperanza firme, y verá como no insisto más.

—Esas cosas no es preciso decir las...

—¿Por qué no me habla usted con claridad?

—Porque tampoco puedo comprometerme a nada...

—¿Lo ve usted?

Iba a contestar Isabel algo terminante que desvaneciera las dudas de Luis, cuando varios de sus pretendientes se acercaron a ella, cortando el interesante coloquio.

Isabel estuvo aquella tarde preocupada como nunca. Aunque Luis le había hablado muchas veces de su amor, nunca lo había hecho de una manera tan terminante. Además, pensaba que aquella noche tendría que decidirse a aceptar a Andrés, y veía hundirse para siempre su sueño de vivir al lado de un hombre amante que le fuera agradable. En muchos momentos se recordaba a sí misma su cobardía; pero aún comprendiendo el daño que se causaba con su indecisión, le faltaba valor para rebelarse contra el mandato de sus padres, aunque fuese por causa tan legítima como la defensa de su felicidad.

La contrariedad de Isabel se reflejaba en su actitud grave y en su seriedad poco acostumbrada; y doña Ana que no separaba los ojos de su hija, creyó ver en el ceño adusto de la muchacha, una manifestación de la contrariedad que le producían la presencia y las palabras de Luis, en efecto, sin duda, de las sabias y elocuentes razones que ella le había dado para disuadirle del capricho de aquel amor.

Cuando llegó la hora de la cena, se presentó Andrés acompañado de su tío Marcial. Era éste un hombre de pueblo, rudo y francote, que siempre llamaba a las cosas por su nombre. Así, apenas hubo saludado a Isabel, cuando le dijo resueltamente:

—Aquí te traigo a mi sobrino a ver si le quitas la tristeza que por

tí le ha entrado, y me lo pones más loco de lo que está. Ya sé por tus padres que no lo miras con malos ojos, y bien puedes estar contenta con la elección. El muchacho no será un portento de belleza, pero tú eres guapa por los dos; y si los hijos sacan el talento del padre y la hermosura de la madre, no habrá otros en todo el mundo.

Los dos jóvenes se pusieron ojos de vergüenza al escuchar estas palabras, y no supieron qué decir.

Cuanto más hablaba Marcial, mayor era el azoramiento de Andrés y de Isabel. Tuvo que intervenir don Rodrigo, desviando la conversación para que los muchachos volvieran a la tranquilidad.

Transcurrió la comida sin más incidentes que los provocados por la inconveniente franqueza de Marcial, y después de ella se marcharon al jardín, donde dejaron en completa libertad de hablar a solas a los que ya consideraban oficialmente como novios.

—No es menor nuestra satisfacción al entregar nuestra hija a un hombre como Andrés, cuyas virtudes, son tan de sobra conocidas, que no es ahora ocasión de mencionárselas.

—No habrá muchas bobas que, como ésta, se hagan tan a gusto de todos — añadió don Rodrigo.

Y sin decir una palabra más, se marcharon alegres el tío y el sobrino, y quedaron contentos don Rodrigo y su esposa. Sólo Isabel, se acostó aquella noche contrariada por los sucesos de aquel día.

## VI

En realidad no hubo más declaración que la que hizo Marcial, ni más conformidad que la que prestaron los padres de Isabel; pero ello bastó para que, desde entonces, se consideraran formalizadas las relaciones de ésta con Andrés.

Todos los días iba él a casa de su novia; era invitado con gran

## MAXIMAS

*La salud del alma es tan precaria como la del cuerpo; pues cuando nos parece estar más precavidos contra las pasiones, corremos el mismo peligro de sufrir su infección, que de caer enfermos cuando disfrutamos de salud.*

*En las enfermedades del alma se padecen recaídas, lo mismo que las del cuerpo; por eso, muchas veces nos parece estar curados, cuando sólo se trata de una crisis o de un cambio de enfermedad.*

*Las faltas del alma son comparables a las heridas del cuerpo; queda siempre la cicatriz y jamás desaparece el peligro de que puedan abrirse de nuevo.*

*El excesivo placer que nos causa el hablar de nosotros mismos, debía hacernos comprender que no les ocurre otro tanto a los que nos escuchan.*

*—No puede haber vida dulce si no es también prudente, honesta y justa; ni se puede vivir con prudencia, honestidad y justicia, sin que también se viva dulcemente. Aquel, pues, que no vive con prudencia, honestidad y justicia, tampoco podrá vivir con dulzura.*

ROCHEFOUCAULD.

Andrés se encontró entonces en un grave aprieto: no sabía qué decir, y, sobre todo, no encontraba modo de declarar su amor. Era la primera vez que se veía en aquel trance y cualquier palabra le encontraba impropia del momento.

Más de dos horas, que a él parecían eternas, estuvieron hablando de cosas indiferentes. Andrés se avergonzaba de su cortedad, pero no podía remediarla.

Cuando Marcial se despidió de Isabel, estrechó su mano con cariño diciéndole:

—Supongo que todo estará arreglado; y si he de decir la verdad, no es menor la alegría del tío que la del sobrino, que si él te mira con los ojos del corazón, yo te veo con los del alma, y sé que sería imposible encontrar una moza tan buena, tan honesta y tan juiciosa como tú.

Al oír estas alabanzas a Isabel, doña Ana se creyó obligada a intervenir y dijo con voz solemne y ceremoniosa:

frecuencia a almuerzos, jiras, fiestas y toda clase de reuniones familiares, que no tenían más objeto que aumentar la duración de sus entrevistas con Isabel.

No era Andrés de esos hombres que con su conversación cautivan a las mujeres; no sabía decir las tonterías que éstas necesitan escuchar para entusiasmarlas; al principio, sobre todo, siempre mostraba una cortedad ridícula; pero a medida que iba tomando confianza, hablaba con gran naturalidad y hasta cierta desenvoltura, de temas fundamentales e interesantes.

Otra que no hubiese sido Isabel hubiera encontrado insoportables las charlas de Andrés; pero ella era, por rara excepción, una muchacha sensata y discreta, que empezó a aficionarse a los problemas de que su novio le hablaba, y cada vez que sentía más agrado de escucharlo.

En el amor de las mujeres influyen mucho el cariño que les demuestra su enamorado, los méritos que la sociedad juzgue en él y comprendan ellas, y la codicia que

## Fotografiados Tricromías Bicromías

Confección de álbumes para revistas, Catálogos, Folietos y otras Publicaciones

Precios sin competencia  
Trabajo garantizado  
— Entrega inmediata —

## Pujol & Cía.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

despierte entre padres e hijas... Todas estas cualidades las reunía Andrés en grado sumo, y fueron lo bastante para que Isabel llegara a quererlo con una intensidad de la que ella era la primera en asombrarse.

Ya hasta llegó a parecerle que su novio, si no un dechado de hermosura, era por lo menos un hombre pasable; y pensaba sobre todo, que sus excelentes cualidades morales compensaban con exceso los defectos físicos que pudiera tener.

Aunque él tenía gran prisa por casarse, no quiso hacerlo hasta que no tuviera un porvenir asegurado. No tardó mucho en conquistarlo. Su fama de hombre trabajador, hábil y entendido, se extendió bien pronto, y empezó a adquirir tal renombre, que reunió en seguida una numerosa y distinguida clientela.

La aureola de los triunfos que él obtenía, pesaban mucho en la estimación de Isabel; y fueron tantos aquellos, que la sencilla muchacha de pueblo llegó a considerar a su novio como a un ser extraordinario digno hasta de la adoración.

Entonces bendecía satisfecha aquellos sabios consejos de su madre que le hicieron rechazar a Luis, del cual ya ni siquiera se acordaba, llevándola a hacerla dueña del corazón de un hombre de tantos méritos y virtudes como Andrés.

Y con gran contento de todos, se celebró la boda.

## VII

La vida matrimonial fué un gran desencanto para Isabel. Ella soñaba con estar constantemente al lado de su marido, gozando las delicias del amor intenso que sentía hacia él; pero Andrés apenas tenía un momento libre para acompañarla. Dedicado por completo al ejercicio de su profesión, pasaba la mayor parte del día en la consulta o en la calle, y los pocos ratos que le quedaban, permanecía en su despacho absorbido en el estudio. Muchas veces, hasta durante las comidas, llenaba la mesa de libros

y folletos que devoraba con ansiedad, haciéndole permanecer abstraído de todo lo que a su alrededor pasaba.

Isabel estaba convencida del cariño que Andrés le tenía: era con ella bueno, complaciente, generoso; jamás le negó el menor capricho; nunca le hizo la más pequeña observación; la dejaba en absoluta libertad de gastar cuanto quería, y de hacer lo que se le antojara. Otra mujer se hubiera dado por satisfecha con esto; pero Isabel no cifraba su dicha en verse libre y gozar de la abundancia; ella quería, sobre todo, un marido amante que dedicara toda su vida a estar a su lado. Hubiera preferido vivir pobre y esclava, con tal de gozar, siquiera alguna vez, la compañía de su enamorado. Veía el amor de Andrés muy grande, pero poco expresivo; muy hermoso, pero nunca a su alcance.

Isabel apenas salía de casa; no le gustaba ir sola a ninguna parte, y como su marido no tenía tiempo para acompañarla, pasaba la vida recluida entre cuatro paredes, sin ver ni hablar con nadie.

Algunas veces, Andrés le había reprochado cariñosamente aquel aislamiento en que vivía.

—Me da pena que estés constantemente encerrada — le decía; yo quisiera acompañarte más tiempo, llevarte a paseos, a teatros; pero ya ves que no tengo un momento libre. Podías buscar algunas amigas que suplieran mi falta involuntaria.

—Déjalo Andrés — contestaba ella. — Yo no voy bien más que contigo. Cuando tú puedas, saldremos; mientras, tendré paciencia. De algún modo he de corresponder a tu vida de sacrificios.

—Si a mí no me importaría. Yo no soy egoísta. Me molestaría que me dejaras solo para ir a divertirme; pero si de todas maneras no podemos estar juntos, ¿qué mal hay en que trates de endulzar un poco el aburrimiento de tu soledad?

—Para hacer una vida lejos de mi marido, no me hubiera casado. En el matrimonio deben compartirse por igual las contrariedades y las alegrías. Yo no sabría gozar la menor expansión, mientras que tú sólo te preocupas de trabajar y de sacrificarte.

—Como quieras.

Isabel le hablaba así convencida: le molestaba ir a ninguna parte sin su marido; casi consideraba esto un grave delito. Además, trataba de ver si, a fuerza de bondad y resignación, convencía a Andrés de la esclavitud en que vivía. Pero pasaba tiempo y más tiempo, y Andrés se engolfaba cada vez más en su trabajo, y ella estaba más abandonada cada día.

Para la mayor desgracia de Isabel, el cielo no le concedió el regalo de un hijo. Con un chiquillo hubiera compensado en mucho su desgracia, hubiera roto la monotonía de aquella vida que no tenía para ella el menor aliciente; pero ni eso: parecía que Dios la había condenado a permanecer en constante aislamiento.

El tedio de Isabel iba en aumento. El prestigio de Andrés era cada vez mayor, y llegó una época en que tenía que robar horas al sueño para poder atender a sus obligaciones algunos días hasta como fuera de su casa porque no le quedaba un momento libre.

Isabel empezaba a cansarse de aquella vida, y, tratando de atraer-

se a Andrés, se afrevió a decirle un día:

—Haces mal en trabajar tanto. Con mucho menos, tendríamos de sobra para cubrir con exceso nuestras necesidades. Perjudicas tu salud y vives hecho un esclavo.

—No tengo más remedio que acudir a donde me llaman. La medicina es un sacerdocio, y no podemos rehuir sus penosas exigencias. Yo no trabajo sólo por ganar dinero, sino por cumplir un deber de conciencia. Además, el trabajo me sirve de distracción. Si no tuviera nada que hacer, me sería insostenible la existencia.

Esta salida de Andrés dejó fría a Isabel. Quedó unos momentos como si se le hubiera paralizado la sangre, como si hubiese perdido el sentido. Era aquella una declaración rotunda, terminante, de la poca importancia que concedía a su amor. Para él no había más que su trabajo, sus triunfos.

jo a Isabel con cierta alegría:

—¿Sabes quién ha salido diputado por el distrito de Pedregales?

—No...

—Luis del Pozo... ¿No te acuerdas de él?

—Sí...

—Cuidado que hace tiempo que no lo veo. Lo menos desde un año antes de casarnos... Era también buen amigo tuyo...

—Sí.

—Yo lo quiero como a un hermano. El es un poco loco, pero tiene un corazón de oro. Le escribiremos dándole la enhorabuena.

—¿Los dos?

—¡Claro! ¿No le conoces tú también?

—Pero no tengo confianza para eso...

—Tú firmas en mi carta. Ahora será persona influyente, y nos conviene estar bien con él... Y no es que nos haga falta ese cumplimiento para que nos atienda si lo ne-

## TIERNAMENTE

Canto azul, novia mía, blanca queja,  
Infinita de sol y de añoranza  
Rosa pura que en lírica esperanza,  
A Dios pides, — yo sé, — que me proteja.

Cuando aquí te recuerdo enamorado,  
Despierto por los ayes de tu ausencia,  
El alma se me viste de inocencia,  
Musitando tu nombre immaculado.

A batirme el destino me condena.  
Recubierto de lágrimas y pena,  
Tengo sed de una aurora bendecida.

Ingenio en el luchar, si yo cayera,  
No olvides que tú fuiste esa bandera  
Inmortal y sublime de mi vida.

Arturo MARTINI.

Isabel enrojeció de ira; sus labios hubieran rebordado de buena gana todo el rencor que, en aquellos momentos, sentía hacia su marido, que de modo tan cruel la despreciaba. Hirió su orgullo de mujer, destrozó sus ilusiones de amante, la relegaba al papel secundario de ama de casa, negándole el dominio de su corazón. Era bueno y complaciente con ella, como con todo el mundo; no porque sintiera el menor interés hacia quien lo había hecho dueño de toda su vida.

Andrés era un Dr. famoso, un sabio eminente; pero, tanto tiempo dedicó a sus estudios, que no supo aprender las sutilezas del corazón femenino. No sabía que las mujeres prefieren que se las maltrate por sobra de amor, a que se las deje en absoluta libertad por falta de cariño. No llegó a comprender que a Isabel no le satisfacían sus glorias si no las ponía a sus pies, no le agradaban sus triunfos ni no los compartía con ella.

### VIII

Llevaban cinco años de matrimonio y la situación no había cambiado. Isabel sufría resignada aquella vida monótona y triste, que sólo un alma grande como la suya podía sobrellevar con paciencia.

Una tarde, cuando Andrés llegó a su casa después de la visita, di-

cesitamos; pero siempre es bueno que vea que no le olvidamos...

Isabel no replicó nada a su marido. Este escribió a Luis una carta cariñosísima que obligó a firmar a ella. Además de felicitarlo por su triunfo, le recordaba su antigua amistad y le ofrecía su casa, insistiéndole varias veces en que no dejara de visitarlos.

A Isabel le produjo gran impresión la noticia que le dio su marido aquel día. Hacía mucho tiempo que ni siquiera se acordaba de Luis, y fué el mismo Andrés quien llevó de nuevo a su memoria el fantasma de un amor en el que puso toda la ilusión de su juventud, y que ya había olvidado por completo.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, dejó volar su imaginación, y empezó a soñar con lo que hubiera sido su vida de haber seguido el rumbo que su corazón le marcó.

Seguramente hubiera vivido más feliz al lado de Luis. Quizá no hubiera disfrutado la paz y la tranquilidad de que gozaba con su marido; pero esta misma monotonía era la causa principal de su desgracia. Se reprochaba su debilidad, su exceso de bondad, que la hicieron acatar sumisa la voluntad de sus padres. Debía haberse rebelado, haber defendido a todo trance su felicidad. Era víctima de su co-

bardia, y a nadie más que a ella debía culpar de su desgracia.

Para consolarse, trató de reconocer la manifiesta superioridad de Andrés sobre todo su antiguo enamorado; y aunque comprendía que, según el mundo, su marido valía mucho más que Luis, también estaba convencida de que éste conocía mejor las debilidades femeninas, y era más a propósito para hacer dichosa a una mujer. Andrés sería un doctor eminente; pero Luis hubiera sido un esposo amante; y ella necesitaba más cariño que sabiduría.

No comprendía Isabel que aquel juego en que se recreaba su imaginación era un tanto peligroso, y no se daba cuenta de este peligro, porque aún conservaba suficiente serenidad y bastante firmeza para estar segura de que en todo momento sabría mantenerse en su puesto, cumpliendo sus deberes de esposa hasta el sacrificio. Si ella cometió el error, ella debía purgarlo. Se reducía a lamentar su equivocación; pero ni un momento cruzó por su pensamiento la idea de enmendar sus yerros con ninguna acción que pudiera redundar en menoscabo de su honra y de la su marido. Repugnaba esto a su modo de ser, de tal manera, que jamás se le ocurriría buscar una compensación a su desgracia, refugiándose en las dulzuras de otro amor.

No se hizo Luis esperar mucho tiempo. La primera visita que hizo apenas llegado a la Capital, fué para su amigo Andrés. Este lo recibió con alegría; Isabel lo trató desde el principio con cierta reserva. No sabía lo que le pasaba en presencia de Luis; pero estaba cohibida, violenta, no podía expresarse con naturalidad; le molestaba estar delante de él.

Luis había cambiado notablemente en aquellos últimos años. Parecía más hombre, más sensato, más reflexivo... No era aquel loco que sólo sabía hablar de frivolidades; ahora abordaba en su conversación los más serios e intrincados problemas, que trataba siempre con gran acierto. En el fondo conservaba esa amena locuacidad que era la principal fuente de su simpatía.

Desde el momento en que Luis cruzó la primera mirada con Isabel, resucitó en él el recuerdo de aquella muchacha, entonces casi una niña, que ahora veía entregada a otro hombre, que era su mejor amigo. No cruzó por la mente de Luis la menor idea pecaminosa; se limitó a envidiar la suerte de Andrés, que había conseguido hacerse dueño de una mujer tan hermosa y tan buena.

La intimidad de los dos amigos hizo que Luis frecuentara con gran asiduidad la casa de Andrés. Poco a poco fué renaciendo la confianza en Isabel, que llegó a tratar a su antiguo enamorado con la misma naturalidad y franqueza que a un hermano.

Andrés, hombre despreocupado de las cuestiones mundanas, dejaba sola con gran frecuencia a Luis e Isabel. Las numerosas ocupaciones que tenía, no le permitían atender debidamente a su amigo, y las visitas de éste, cada vez más largas y más frecuentes, eran dedicadas exclusivamente a Isabel, que empezó a gustar de ellas por ser un inocente esparcimiento que a ratos aliviaban la monotonía de su vida.

Cualquiera que hubiera sabido algo de estas entrevistas íntimas y cordiales, no hubiera podido pen-



sar nada bueno. Y, sin embargo, es lo cierto, que pasaban días y días, sin que se deslizara entre ellos la menor frase atrevida, y sin que ni siquiera cruzara por la imaginación de ninguno el menor pensamiento intencionado. Luis, en medio de la atracción que sentía hacia Isabel, le guardaba un respeto casi religioso; parte por consideración a Andrés, y, sobre todo, porque estaba seguro de la firmeza de ella.

Casi sin querer, empezó Luis a darse cuenta de la vida de aquel matrimonio, falta de ilusiones. Llena de frialdad; y creyendo él mismo que le guiaba un interés paternal más que un grosero apetito, se fué poco a poco preocupando por la felicidad de Isabel, llegando en algunos momentos a lanzar ligeros y prudentes reproches de abandono en que Andrés la tenía.

Una tarde en que Isabel le hablaba con cierta tristeza de la soledad que sufría constantemente, él no pudo menos de preguntarle:

—¿Pero no es usted dichosa, Isabel?

—Sí... lo soy... pero podía serlo más... Claro es, que esto nos sucede a todas las personas...; y yo no puedo tener la menor queja de mi marido. Andrés es muy bueno y me quiero mucho... Sólo piensa en trabajar y sacrificarse por mí...

Bien notó Luis en la indecisión de Isabel, que sus palabras las había dicho porque creía un deber, no dudar del amor de su marido, más que porque estuviera entusiasmada y convencida de él.

Hubo un largo silencio después de la confesión de Isabel. Ella comprendió que había ido más lejos de lo conveniente; él no se resignaba a ocultar los anhelos de su corazón, y, por otra parte, comprendía que, ponerlos al descubierto, sería perderlo todo de una vez.

Al fin, fué Luis el primero en hablar:

—Ya sé que Andrés es bueno — dijo; — tal vez su excesiva bondad sea su único defecto; pero, quizás, sin darse cuenta, a la vez que se sacrifica él, sacrifica también a las personas que le rodean.

—Yo no estoy descontenta de él... Comprendo que el abandono en que me tiene es muy disculpable...

—Sin que yo trate de censurarle, su conducta me parece un poco egoísta... Quiere que, ya que él pasa su vida esclavo del deber, los demás hagan lo mismo.

—Peores son los que viven reglamentados a costa de privaciones ajenas.

—No deja de ser un consuelo, el pensar que hay personas más desgraciadas que nosotros.

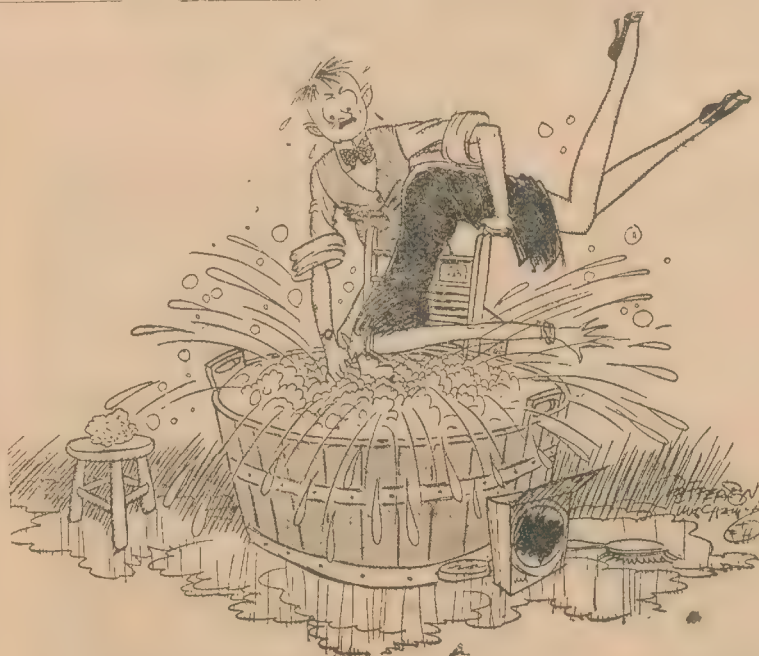
—Siempre debemos acordarnos de eso.

—No está mal comomanera de resignarse cristianamente contra nuestras adversidades. El procedimiento es muy santo, pero poco humano... ¿Sabe usted por qué Andrés es así? — continuó Luis volviendo al tema en que deseaba insistir... — Porque de soltero fué demasiado juicioso; se ocupó solamente de saturarse de ciencia, y no se asomó para nada al corazón de las mujeres... Para ustedes suele ser un gran motivo de satisfacción enamorarse a un hombre que no ha querido a ninguna otra; eso no está mal; pero, sin haber llegado a amar intensamente, siempre conviene que, al menos, hayamos conocido ciertas intimidades femeni-

nas, para que, cuando nos llegue nuestro verdadero amor, nos encontremos en condiciones de comprenderlo y satisfacerlo plenamente. No hay hombre santo que sepa hacer feliz a una mujer, como no hay mujer pecadora que pueda hacer dichoso a un hombre. Yo nunca he creído en la superioridad de un sexo sobre otro, no pienso que ustedes valen más ni menos que nosotros...; somos dos seres que nos complementamos perfectamente, y, por lo tanto, cada uno debemos tener cualidades distintas, y la mayor parte opuestas... Un célebre tenor dijo una vez: "Un hombre, no es nada; un hombre y una mujer es la vida..." Y eso resulta de nuestra unión: la vida en todos sus aspectos y con toda su intensidad; pero la vida nace del contraste, de la diversidad de matices; y por eso el hombre y la mujer, si han de realizar la vida,

le permitía; pero él los deslizaba con tal habilidad y tal aspecto de desinterés, que nunca había modo de oponerse a lo que decía; es más, Isabel empezó a escuchar con agrado las lisonjas de Luis, al ver que había una persona que se preocupaba de sus desdichas como si fueran propias. Claro es, que todo el consuelo de Luis le prodigaba, lo recibía ella como de un hermano; ni un momento pensó en cometer la menor indignidad; estaba tan lejos de las bajezas humanas, que no era de temer el más pequeño desliz.

Luis, en cambio, cada vez se sentía más atraído hacia Isabel. Lo empujaba una fuerza irresistible y misteriosa que no podía vencer con su voluntad. Comprendiendo que iba camino hacia una locura, trató de olvidarla, de matar el amor que por ella sentía; pero inútilmente. Cuando vino a darse cuenta de su pasión, era ya irremediable.



—Me he casado con una morena de pelo largo y no quiero una rubia con melena.

deben ser completamente diferentes: nosotros, el cerebro y la voluntad; ustedes, la dulzura y la belleza; nosotros, fuertes, animosos y enérgicos...; ustedes, débiles, resignados, sumisos...; y los dos cariñosos, complacientes, amantes, y sobre todo, conocedores de las flaquezas del corazón.

Isabel no supo qué contestar. Luis siguió hablando con vehemencia. Sus palabras envolvían una crítica dura contra los hombres como Andrés. Ella defendía débilmente a su marido. No podía oponer nada a las palabras razonadas y elocuentes de Luis.

Así estuvieron largo rato. Cuando llegó la hora de la despedida, Luis, sin contenerse, y animado por el triunfo de aquella tarde, dijo a Isabel mientras tenía aprisionada su mano:

—Si usted me hubiera querido alguna vez, hubiera sabido lo que era un hombre enamorado.

Y se marchó sin esperar la respuesta de Isabel, que ésta no hubiera sabido darle.

#### IX

Desde la intencionada conversación de aquella tarde empezó a cambiar el aspecto de la amistad entre Luis e Isabel. Ella, al principio, se encontraba descontenta de sí misma; le parecía excesiva la confianza que depositada en Luis, y sobre todo, los atrevimientos que

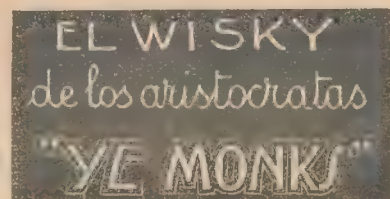
Estaba perdidamente enamorado de ella, con un amor al parecer santo y puro, que le hablaba más de sacrificios que de egoísmos; más fuerte, más avasallador que aquel que sintiera en su juventud... Era la ilusión del imposible que lo hubiera hecho dichoso... Matar este cariño, hubiera sido destruirse a sí mismo; fomentarlo sería cometer la mayor deslealtad contra un amigo que era para él un hermano... Le parecía una ruindad valerse de la confianza que Andrés había depositado en él, para escupir sobre su compañero de la infancia la mayor de las vergüenzas; pero no podía resignarse a renunciar a Isabel... Aunque varias veces trató de alejarse de ella, cada vez volvía a buscarla con más ansia.

Una tarde en que, como de costumbre, hablaban a solas Luis e Isabel, tocaron una vez más el tema de la desgracia de ella. Isabel cada día más confiada, no guardaba el menor secreto a su amigo. Sentía cierto alivio en tener una persona a quien comunicar las tristezas de su corazón.

—Yo no culpo a Andrés de lo que sucede — decía Isabel con voz velada. — Soy una víctima de mi debilidad. No supe rebelarme contra la imposición de mis padres...

—Ellos nunca debieron casarla en contra de su gusto...

—En realidad, no me forzaron a



nada, se limitaban a aconsejarme pero yo juzgaba un pecado tan grave el hacer la menor cosa en contra de su voluntad... Ellos procedieron de buena fe; creían que Andrés era el hombre mejor del mundo, y que me haría completamente dichosa... Y eso es lo más triste; que obrando todos bien, se ha engendrado un mal irremediable; porque mis padres fueron buenos, Andrés también lo es, yo fui quizá excesivamente; y de esta serie de bondades unidas, ha nacido mi desgracia... No puedo acusar a nadie de ello; no me queda más solución que sufrirla resignada...

—Usted, al menos, tiene conformidad...

—¿Qué remedio me queda?

—No todas las personas podemos aguantar pacientemente nuestras contrariedades.

—¿Pero también es usted desgraciado?

—¿No lo sabe usted, Isabel?

—Es la primera noticia... Supongo que tendrá usted la suficiente confianza conmigo para contarme sus penas...

Usted es la persona que tiene más derecho a conocerlas, y también quizá la primera a quien deba ocultárselas.

—Correspondería usted muy mal a la franqueza que yo he tenido con usted...

—Es que temo...

—¿Qué?

—Que mi corazón abra un abismo entre los dos, que no sepa usted interpretar la verdad de mis sentimientos...

—¿Qué quiere usted decirme?

—Nada, Isabel. Es mejor que me calle.

—Ya no; ahora es preciso que hable usted...

—¿Me promete usted antes que no ha de enojarse conmigo?

—¿Va usted a decir algo que me ofenda?

—De eso sería incapaz.

—Entonces, no sé a qué vienen esos temores.

—¿Pero aún no se ha dado usted cuenta de lo que me pasa; aún no ha comprendido usted que ha despertado en mí todo el amor que le tuve en otro tiempo, y que ahora la quiero con toda mi alma?

Luis cogió entusiasmado una de las manos de Isabel; pero ella la retiró bruscamente. Indignada por aquella rápida acometida de Luis, que ella juzgaba una osadía inculcable, dijo a éste en tono airado:

—¿Ahora sale usted por ahí? ¿Todo su interés hacia mí no era más que una estratagemma para arrastrarme al pecado? ¿Toda su amistad con Andrés no le ha servido más que para tratar de deshonrarlo?

—No es eso, Isabel; no me ha comprendido usted...

—Su conducta no puede ser más que una explicación. Yo lo creía más noble, más sincero; deposité en usted una confianza que he visto que no merece... La ofensa que usted me ha hecho es de las que no pueden olvidarse nunca. Me ha creído usted una de tantas mujeres que se dejan seducir por el halago de unas palabras; ha supuesto

usted que yo era capaz de faltar al más sagrado de mis deberes... Eso no se lo perdonaré jamás...

—Está usted excitada, y no puede leer serenamente en mi corazón...

—Déjese usted de frases... Aquí no ha habido más que un intento de atentado a mi honra y al honor de su mejor amigo, que, demasiado noble, depositó en usted toda su confianza... No le digo nada a Andrés, porque no merece la pena que él se tome el menor disgusto por esta canallada de usted; pero ahora mismo saldrá usted de esta casa, y espero que no vuelva a poner los pies en ella... Si tuviera usted la osadía de venir por aquí, le diría a mi marido todo lo que ha pasado.

—Me marcharé; no vendré más si usted me lo ordena; pero antes quiero que usted me oiga. Es la última vez que voy a hablarle... Comprendo que ya todo es irremediable... Lo menos que me puede usted conceder, es que le confiese la verdad tal como es; y conste que no busco con mis palabras atraerla en favor mío... Ni yo quiero convencerla, ni usted se dejaría convencer... Sólo aspiro a que me juzgue usted como soy: bueno o malo, ingrato o leal...; y ni siquiera deseo oír su sentencia, sino que usted pueda apreciar mi actitud cuando esté en condiciones de pensar serenamente... Aunque usted crea que sólo he tratado de seducirla vulgarmente, el amor que siento hacia usted es noble, puro, sincero; yo no aspiro a conseguir sus caricias, sino a tener el consuelo de sus palabras; no quiero su cuerpo, sino su alma; yo hubiera sabido respetarla en todo instante; me hubiera bastado para ser feliz, con que usted me hubiese dejado sacrificar por su felicidad; con haber podido traerle de vez en cuando el consuelo de mi presencia; con dar toda mi vida por verla a usted dichosa...

—Eso podía usted haberlo dicho sin profanarme.

—Lo malo fué hablar; el pecado fué dar forma a esta ambición mía de sacrificio...; porque, en el fondo de mi alma no había la menor mancha que empañara esta pasión... Ha sido un dolor, una desgracia, el no haber sabido contenerme; pero, ¿qué se le puede pedir a un corazón joven que vive con el ansia de un amor?... No quiero nada de usted...; antes tampoco lo quería... Ha sido usted la mayor ilusión de mi vida, la única desprovista de egoísmo y de deseo... Ahora mi único afán es que usted me perdone; que se convenza de que no la ofendí, que crea que la miré siempre con tal veneración, que nunca envolvió a este cariño la más pequeña sombra de pecado...; que no aspiré a conseguir nada de usted, sino a darle todo lo que yo tenía...

Isabel callaba...; era tan honda su emoción, que no tenía alientos ni para mover los labios... Luis, ansioso, le preguntó:

—¿No me perdonará usted alguna vez?

—Perdonarlo, tal vez lo perdome... Justificarlo, nunca... Y, suceda lo que suceda, le repito mi ruego de que no vuelva por aquí.

—Entonces, adiós para siempre...

—Adiós...

Se marchó Luis lentamente. Parecía ir tranquilo; pero su corazón le latía con violencia y la sangre se le agolpaba en la cabeza, que parecía iba a estallar... Isabel

se echó en un sofá y rompió a llorar amargamente.

## X

El fracaso de aquel amor, tuvo para Luis graves consecuencias. En las disculpas que dió a Isabel de su atrevimiento, había sido sincero.

Fué quizá la única vez en su vida que quiso noblemente a una mujer, Hastiado ya de los amores fáciles y ligeros, estaba en el momento propicio para entregar su alma a un cariño puro y leal. Era un hombre curtido y cansado de caricias mercenarias, y buscaba con ansia un corazón sencillo y amante a quien entregar el suyo con toda abnegación. Ni el mismo amor que había sentido por Isabel en los primeros años de su juventud, podía compararse con éste. Ahora era más noble y más desinteresado; buscaba más la felicidad de la mujer amada que la suya propia; y ella no lo había comprendido, y lo rechazó indignada como si le hubiera hecho una grave ofensa... Casi más que la amargura de aquel

arrepentirse de la dureza con que trató a su enamorado. Su primer impulso de indignación, acabó por cambiarlo en agradecimiento... No hay mujer, por íntegra que sea, que no termine mirando con simpatía al hombre que se haya mostrado ante ella rendido de amor... Además, echaba mucho de menos a Luis... Los ratos que éste la acompañaba eran los únicos que olvidaba la tristeza en que vivía... Luego, no podía borrar de su imaginación las últimas palabras de su enamorado.

Se había mostrado Luis tan sincero en aquellos momentos, que Isabel no podía dudar un instante de él.

Además la conducta posterior de Luis era la mejor prueba de su nobleza... No había vuelto a buscarla, pudiendo haber encontrado mil ocasiones para hacerlo...

Andrés notó con extrañeza la ausencia de Luis... Varias veces habló de esto con Isabel.

—¿Tú sabes por qué no viene?— le preguntaba.

—No — respondía ella; — es posible que se haya cansado de

triumfos parlamentarios de Luis. La mayor parte de las noticias se las llevaba su marido... Isabel sufría cada vez más el abandono del hombre que le había ofrecido su vida, y que empezaba a aparecer ante sus ojos como un ser superior... No lo deseaba para amante; en eso no había pensado nunca... Tenía tal concepto de su deber, que siempre lo ponía por encima de todo; pero le hubiera gustado saborear de nuevo aquellos coloquios íntimos y leales, que en otros tiempos tuvo con Luis.

Una tarde se tropezó con él. Era ya de noche, y vió a Luis del brazo de una mujerzuela... Los dos se miraron, pero no se atrevieron a saludarse. Una oleada de sangre tñó de un rojo subido el rostro de Isabel; Luis, en cambio, quedó pálido como la muerte... Ella se sintió invadida por la rabia y el desprecio; él sufrió un dolor intenso.

A los pocos días de este encuentro, Andrés dijo una mañana a Isabel:

—He tenido noticias de Luis. Creo que el pobre está desquiciado... Según parece ha sufrido un desengaño amoroso, y no piensa más que en hundirse en el vicio para olvidar... Bebe, juega, ama a toda clase de mujeres... Es un castigo por las infamias que ha cometido con tantas infelices... Seguramente por eso no viene a vernos... Le avergonzará presentarse delante de nosotros.

Isabel oyó estas palabras como si fueran una acusación a ella... Se culpaba a sí misma de aquellas locuras de Luis; ella fué quien lo precipitó al abismo con su desvío... Sentía la necesidad de salvarlo; pero cómo lo haría? Entregándole su amor, no era posible... Le repugnaba cometer la menor infidelidad, teniendo un marido tan bueno como el suyo...; pero sentía la necesidad de redimir a Luis, de volverlo al buen camino: se lo ordenaba así su conciencia, y, bien a su pesar, la arrastraba a lo mismo el corazón.

Empezó a darse cuenta de que amaba a Luis, de que se interesaba por su suerte, viendo con amargura la vida que llevaba... Era un cariño dulce de hermana; no sentía el menor apetito carnal, sino un amor puro y desinteresado como el que Luis le había ofrecido; un cariño que pensaba, más que nada, en la felicidad de él.

Necesitaba verle, hablarle, confesarle la verdad, ofrecérsele como amiga del alma, cuyo único deseo era prodigarle toda clase de consuelos, sin saber si aquella pasión nacía en su corazón amante y generoso, o era debida exclusivamente a su bondad, a su conciencia, que la acusaba duramente del daño que había causado a Luis con su desprecio.

Pero no sabía cómo decirle lo que necesitaba... Sólo lo había visto una vez después de aquel desagradable incidente que los separó y fué el encuentro tan ligero y tan inesperado, que únicamente sirvió para distanciarlos más.

Andrés le facilitó la ocasión de intentar una entrevista.

—Hoy he estado hablando con Luis — le dijo su marido una tarde.

—¿Dónde le has visto? — preguntó Isabel con interés.

—En la calle. Hemos estado charlando un gran rato.

—¿Qué te dijo?

—Nada de particular... Yo le reproché que nos tuviera tan aban-

## AMOROSA



LA ESPOSA.—¡No! ¡A mí no me besas si no lo haces a lo Rodolfo Valentino!

amor perdido, sentía el dolor de la opinión que Isabel había formado de él.

Intentó olvidar, pero no lo conseguía; cuanto más tiempo pasaba, más honda sentía la herida de su desengaño... La vida le pareció una cosa insoportable, una carga penosa que cada día le pesaba más.

Instintivamente empezó a engolfarse en la fiebre del vicio... Sobre todo, el juego fué lo que más lo alivió... Se abstraía de tal modo viendo rodar monedas y fichas sobre el tapete verde, que sólo dejaba de pensar en Isabel en los momentos en que estaba pendiente de las veleidades de la suerte.

Poco a poco se fué serenando... Aunque no lograba arrancar por completo de su mente la imagen de Isabel, empezó a verla como algo lejano, como una ilusión muerta que era imposible resucitar. Pero esto fué a costa de haberse hecho un empedernido vicioso, que pasaba su vida en salas de recreo y centros galantes.

Entre tanto, Isabel empezaba a

tanta visita...

—Pero un cambio tan radical, es raro... ¿Le habremos hecho algo que le moleste?

—No creo...; yo al menos...

—Pues lo que es yo... apenas si le veía... A no ser que haya picado porque casi nunca lo recibía, y te dejaba a ti sola... Pero esto lo hice por la misma confianza que teníamos...

—No puede ser eso... ¿Quién sabe lo que le pasará!... Quizá esté ocupado y no le quede tiempo...

—Es lo más fácil... Seguramente ha encontrado algún entretenimiento, y eso lo tiene absorbido... En cuanto se le pone por delante una mujer bonita, no se acuerda de nadie...

Isabel se sintió herida por aquella revelación de su marido... Sin saber por qué, le dolía el suponer que Luis anduviera en malos pasos con otras mujeres. Cuando consiguió serenarse, pensó que quizá aquello sería lo mejor.

Llegaron a oídos de Isabel los



donados; él intentó disculparse habiéndome de sus numerosas ocupaciones... Claro, que yo comprendí que todo eran pretextos. Le dije que se viniera a almorzar con nosotros...; y, entonces, trató de excusarse diciéndome que eso suponía una molestia para ti. Yo le insistí todo lo que pude; pero, se negó de tal modo, que no me atreví a rogarle más. Tiene que haberle sucedido algo para no querer venir aquí...; y el caso es que conmigo estubo tan afectuoso como siempre... No me lo explico.

—Es posible que tema molestar... Como conmigo no tiene tanta confianza...

—Debía de haberla adquirido... Antes apenas salía de aquí, y casi siempre estáis solos...

—¿Tú quieres que venga?

—Ya ves que he intentado conseguirlo...

—Invítale a almorzar mañana; y para que no se venga con excusas y pretextos, le dices de mi parte que me resentiré con él si no viene a comer con nosotros.

—Es una buena idea; voy a hacerlo ahora mismo.

Isabel estaba loca de alegría... Luego empezó a temer aquel encuentro con Luis... Cuando pensó las cosas serenamente, comprendió que no era muy digno lo que había hecho... ¡Servirse de su mismo marido para atraer a un hombre que había intentado seducirla!

No sabía qué actitud tomar cuando se viera de nuevo frente a Luis...

Casi se arrepintió del paso que había dado... Llegó a mirar como una esperanza salvadora que Luis no aceptase la invitación...; pero éste contestó que iría con mucho gusto: la suerte estaba echada.

Al día siguiente, casi sin darse cuenta de lo que hacía, se arregló con más esmero que de costumbre. Cuando llegó Luis se saludaron con una emoción extraña...

Andrés salvó aquella situación embarazosa, con cariñosos reproches a Luis por el abandono en que los tenía.

—Parece mentira que no vengas por aquí con más frecuencia, sabiendo lo que te queremos en esta casa... Espero que esto no se repetirá...

—No tengas cuidado...

La comida transcurrió animada... Poco a poco, Isabel y Luis recobraron la tranquilidad, y se hablaban con la misma naturalidad que antiguamente. Charlaron de mil cosas: recuerdos del pasado, proyectos para el porvenir, comentarios sobre los triunfos políticos de Luis...

La sobremesa fué larga... Llevaban más de una hora hablando, cuando Andrés sacó el reloj y dijo:

—Me dispensarás, pero tengo que dejarte. Ya sabes que vivo esclavo de mis obligaciones...

Luis estuvo indeciso algunos momentos: no sabía qué hacer; pero se decidió a quedarse para aclarar de una vez la situación.

Cuando estuvieron solos Isabel y Luis, pasaron unos minutos sin decirse nada... Ninguno de los dos acertaba a iniciar una conversación oportuna... Al fin, fué Luis el que empezó a hablar.

Sacando del bolsillo la carta de Andrés, y enseñándosela a Isabel, le preguntó:

—¿Es cierto lo que Andrés dice aquí?

—¿Qué dice?

—Isabel me encarga te diga que para ella no es ninguna molestia que vengas a almorzar con nos-

otros, y que se resentirá contigo si no aceptas la invitación...—añadió Luis leyendo.

—Sí... es verdad...

—Porque lo he creído así, me he atrevido a venir; de otro modo no lo hubiera hecho... Ahora es preciso que hablemos con claridad, como dos personas que han de decidir el resto de su vida...

Desde el último día que estuve aquí, ha pasado ya mucho tiempo. A mí, al menos, me ha parecido una eternidad. Yo no he variado en nada; la sigo queriendo, la sigo adorando como entonces...

Usted, en cambio, no es la misma... Aquel día me despidió usted indignada, jurándome que no me perdonaría; ahora me llama usted...

—No, llamarlo, no.

—Eso fué...

—Pasado el primer momento de arrebató, he reflexionado despacio sobre lo que usted me dijo...; he creído en su nobleza, en su lealtad; yo misma he comprendido que también necesito un amor como el que usted quiere darme; nos hace falta a los dos...

Ni usted es feliz, ni yo soy dichosa. Sentimos un vacío en nuestra alma, que podemos llenar sin el menor remordimiento... Los apetitos de la carne se pueden satisfacer con cualquiera; las ansias del espíritu sólo puede colmarlas un elegido...

Yo he nacido para usted, y usted ha nacido para mí... Aunque quisiéramos matar nuestra ilusión, no podríamos... Conseguiríamos, a lo sumo, alejar nuestros cuerpos; pero nues-

## Salomón y el labrador

En mitad de la llanura,  
Del rey Salomón se advierte  
En un trono que luz vierte,  
La grave y digna figura.

Echar con afán prolijo  
Notó el monarca sapiente  
Por dondequier su simiente  
A un labrador, y le dijo:

—¿Qué haces tú? siembras en vano.  
Tu trabajo ¿a qué conduce?  
Renuncia a él: no produce  
Esa tierra es solo grano.

Paróse el buen labrador,  
Su frente a la vez bajando;  
Reflexionó, y retornando  
A su siembra con ardor.

—Sólo este campo poseo,  
Responde al rey: lo cultivo  
Cuanto afanoso y activo  
Véis le es dado a mi deseo.

A trabajar me limito  
Mis tierras como un deber.  
¿Y qué más puedo yo hacer?  
Las siembro, y Dios sea bendito.

RUCKERT

—Por lo menos me recibe usted amablemente...

—Eso es otra cosa.

—Supongo que esto no será un juego de niños; que no habrá usted tratado de burlarse de mí...

—Nunca lo he pensado.

—Entonces, ¿qué significa esto? ¿Es que está usted arrepentida de su crueldad? ¿Es que me quiere usted ya?...

Dijo esto Luis con tono apasionado, y cogió instintivamente una mano de Isabel, que ella retiró suavemente.

—Es preciso que hablemos con serenidad para que podamos entendernos. Si sigue usted así, se repetirá la desagradable escena de la otra vez, y tendrá usted que salir de aquí; y ahora sí que sería para siempre...

—¿Qué quiere usted hacer de mí?

—Usted me ofreció un cariño puro, santo; un amor de hermano. No deseaba usted hacerse dueño de mí; sino sacrificarse por mi felicidad... ¿no es eso?

tros pensamientos estarían siempre el uno en el otro... Si es verdad lo que usted me dijo, si me promete usted respetarme como a una hermana, puede usted seguir viniendo por aquí. Seremos buenos amigos, no nos guardaremos el menor secreto... Si usted cree que no ha de tener fuerzas para sobrellevar este amor abnegado, mejor es que no volvamos a vernos más...

—Así la quiero a usted...; así te quiero...: noble y pura; no sabría aceptarte de otro modo... Seremos dos hermanos, ya que la fatalidad interpuso otro hombre en nuestro camino.

Luis abrazó a Isabel y estampó en su frente un beso santo y respetuoso, que ella recibió serena. Fué el sello, el juramento de amor que se hicieron sus dos almas...

con aquel amor incompleto, limitado... Deseaba fundir en ella su cuerpo lo mismo que ya lo estaban sus almas.

Algunas veces Luis se propasaba en sus palabras y caricias; ella lo contenía recordándole el juramento que le hizo de respetarla siempre; sin embargo, las protestas de Isabel eran débiles; se notaba en ellas que había una fuerza contraria a su voluntad...; que eran dictadas por la voz imperiosa de su conciencia; pero que, en el fondo sentía las mismas ansias que Luis.

Este avanzaba resuelto en la conquista de Isabel, hasta que un día durante una corta ausencia de Andrés, Isabel sin fuerzas para defenderse, se entregó completamente a su enamorado.

Isabel lloró su deshonra; pero las promesas y halagos de Luis bastaron para consolarla, y aun para convencerla de que su felicidad estaba en aquel amor...

Dado el primer paso, empezaron a hacer toda clase de locuras. Isabel iba con frecuencia a ver a Luis a su pisito de soltero, y los ratos que pasaban juntos eran los únicos en que se sentían dichosos.

Un día Isabel se sintió madre; y al notar en sus entrañas aquel fruto bendito de su amor, su pensamiento fué hacia Luis. El conoció antes que nadie aquella bendición del cielo, que ya los unía para siempre de un modo indisoluble.

Cuando nació la criatura, una preciosa chiquilla robusta e inquieta, Luis se brindó a apadrinarla. Andrés aceptó gustoso el ofrecimiento de su mejor amigo, y esto fué un pretexto más, para pasarse la vida al lado de la niña... y de Isabel.

A medida que el tiempo transcurría, Luis empezó a cansarse de aquel amor. No era Isabel una mujer a propósito para mantener constantemente encendida la llama de una ilusión.

Los hombres no saben amar más que cuando tropiezan a cada paso con una dificultad o un desvío; desean lo que temen perder en cualquier momento, se muestran sumisos con las mujeres displicentes... Isabel era buena, humilde, resignada... No podía durar mucho el fuego de aquella pasión...

No es que Luis hubiera pensado en abandonar a Isabel; siempre tendría aquel amor el encanto del misterio en que lo envolvían; pero, al menos, empezó a reducir las entrevistas con su amante, poniéndole el pretexto de que no les convenía abusar mucho, ya que su marido podía sorprenderlos alguna vez, en cuyo caso la catástrofe sería inevitable. Ella, comprendiendo las razones de Luis, se dejaba vencer. No concebía que el alejamiento de su amante fuera debido a cansancio, y aceptaba gustosa todas sus indicaciones.

Una mañana estaban los amantes en casa de Isabel hablando con el entusiasmo de siempre. Despreocupados, como de costumbre, Luis tenía sentada sobre sus rodillas a Isabel y la acariciaba suavemente... Cuando menos lo esperaban, se alzó una de las cortinas del gabinete, y apareció Andrés... Este dió un grito de horror, y se abalanzó hacia los amantes... Isabel corrió asustada, y se fué a refugiarse en un rincón. Luis esperó sereno la acometida...

A mitad de camino, Andrés se detuvo. Lanzando a Luis una mirada enérgica, le dijo en tono agresivo:



Vete... vete ahora mismo de aquí...

—Yo te daré todas las explicaciones que quieras...

—No son explicaciones lo que necesito... Sólo quiero hablar con Isabel.

—La culpa de todo debe recaer sobre mí.

—A ti no tengo nada que decirte; has encontrado una mujer fácil y la has disfrutado; cualquiera, en tu caso, hubiera hecho lo mismo. Es con ella con quien tengo que liquidar esta cuestión.

—Yo te responderé por los dos.

—Te repito que no quiero nada contigo... Sólo deseo que te marches, y que no vuelvas más a acordarte de que yo existo...

—Ya sabes que me tienes a tu disposición para todo...

Salió Luis nervioso y altivo. Cuando Andrés quedó sólo con Isabel, se dirigió hacia ella...

—No me hagas nada, Andrés... —suplicó ella llorosa.

—No tienes por qué temer de mí; no pienso tomar ninguna resolución violenta... ¡Estaría bien que, después de la infamia que habéis cometido conmigo, manchara mis manos con la sangre de un crimen!... Eso queda para los necios o para los locos... Ahora es preciso que decidamos nuestra vida; es decir, yo tengo ya tomada mi resolución en estas cuestiones mi criterio es irrevocable... Como comprenderás tu falta es de las que no pueden perdonarse nunca... Es preciso que te marches de mi casa, que nos separemos para siempre; yo no podría soportar tu presencia con dignidad...

—¡Andrés, yo te explicaré!

—Sería inútil...; no hay razón que pueda justificarte. Aunque yo hubiera sido un malvado para ti, tú no tendrías nunca derecho a deshonrarme y a deshonrar a tu hija... Ahora mismo saldrás de aquí... Como no quiero tener el remordimiento de lanzarte a la vida sin el menor amparo, te daré el dinero suficiente para que vivas unos meses, y puedas, durante ellos buscar un sitio donde ganar el pan honradamente... Así, si caes de nuevo en el pecado, tú serás la única responsable...

Se marchaba Andrés sin dejar tiempo para que Isabel le replicara. Esta, por otra parte, comprendía la razón que asistía a su marido, y no se atrevió a decir nada... Solamente, cuando ya Andrés estaba en la puerta, movida por su instinto de madre, se decidió a preguntar con voz temblorosa:

—¿Y la niña?

—Se quedará conmigo.

—¿Y con qué derecho te atreves a quitármela?

—Mi deber de padre me obliga a separarla de una mujer como tú...

—Es que...

—¿Qué tienes que decirme?

—Que tú no eres su padre...

—¡Llévatela, entonces... Que la ampare quien deba hacerlo.

Isabel trató de hacer un esfuerzo supremo para defenderse.

—Me iré si tu me echas —dijo; — pero conste que tú has sido el único culpable de lo que ha sucedido.

—¿Yo?...

—Si hubieras sabido quererme, si no me hubieses tenido tan abandonada, nunca habría llegado eso.

—¡Aún te atreves a decir que yo te incité al pecado!... Yo no me quejo de tu falta de amor... Si tú hubieras venido a mí y me hubieras dicho francamente que mi ca-

riño no te satisfacía, te hubiera perdonado dejándote marchar donde tu corazón te llevara; y eso es, al fin, lo que hago; pero yo no puedo, no podría nunca tolerar el engaño, la deshonra que has tratado de arrojar sobre mí, amparándote en mi excesiva bondad...

Calló Isabel, porque estaba segura de que Andrés no cedería, y, a los pocos momentos, se marchó con su hijita...

Andrés, el hombre frío, rígido, rectilíneo, vió asomar a sus ojos unas lágrimas cuando Isabel lo dejó para siempre. Era una vida que se le hundía, sin la mayor esperanza de poder rehacerla otra vez...

## XII

Cuando Isabel se encontró en la calle, sola con su hijita, se dedicó a buscar a Luis. Unicamente él podía salvarla... Subió a un coche y dió las señas de la casa de su amante... Al llegar a ella, Isabel temblaba... No temía la menor repulsa por parte de Luis; estaba tan segura de su amor, que no dudaba

que está.

—¿Y si se entera Andrés de que has estado en mi casa?

—Ya no le importaría nada.

—¿Cómo?...

—¿Qué hubieras hecho tú si sorprendes a tu mujer con un amante?

Buscar una reparación en el único terreno en que los hombres pueden lavar su deshonra.

—A él le ha parecido mejor echarme de su lado.

—¿Ha hecho eso?

—¿Crees si no que me hubiera atrevido a buscarte?...

—Pero tú no debes resignarte...

Tienes que volver a tu casa, y pedirle que te perdone...

—No lo conseguiría... Cuando Andrés toma una resolución, no hay quien le haga rectificar.

—¿Qué piensas hacer, entonces?

—¿Y tú me lo preguntas?... ¿Pero eres tú el que me está hablando?... Yo creí que me recibirías con los brazos abiertos, que, en tu egoísmo de hombre enamorado, casi te alegrarías de este incidente

## L A F E

*No temas nunca, en los casos angustiosos, decir una palabra optimista. No receles que el destino te contradiga; el destino jamás contradice a los hombres que esperan en él, y siempre cumple las promesas que en su nombre hacen los fuertes.*

*Tu buen deseo ayuda, por otra parte, a manifestarse, a todas las bellas posibilidades de la existencia.*

*Las hadas propicias, con los cofres invisibles llenos de mercedes, están siempre esperando la voz segura y tierna, que las solicita en favor de una vida cara, de un ser querido y precioso.*

*Pero es indispensable que esa voz, al llamarlas, no tiemble desconfiada...*

*¿Cómo quieres que la buena fortuna se detenga a tus puertas si no crees en ella?*

*Tu fe le abre los caminos de tu morada.*

*La duda es un malezal inexplicable por entre el cual no pueden pasar los genios del bien.*

*Coge tu hacha y corta enérgicamente las malezas hablo del hacha de tu fe. Verás cuán espaciosa se vuelve la ruta y cómo convida a recorrerla a todas las aventuras.*

Amado NERVO.

un momento de que la recibiría con todo el entusiasmo que había puesto siempre en aquel cariño; pero le atormentaba la idea de la vida irregular que forzosamente tenía que seguir desde entonces.

Cuando llegó a la puerta del cuarto de Luis, vaciló unos momentos, y, al fin, se decidió a entrar...

Abrió con el llavín que usaba para acudir a sus citas amorosas, y penetró despacio... Al llegar al gabinete, vió a Luis que parecía mostrar cierta intranquilidad.

—¿Isabel!... ¿Tú aquí?... — preguntó éste nervioso.

—¿No me esperabas?

—No... ¿A qué has venido?

—¿No lo sabes?... ¿No lo advinas?

—No...

—Pues debías figurártelo...

—Explicáte, Isabel.

—¿Pero no comprendes lo que ha sucedido?

—Esto es una locura...

—¿Qué?

—Que hayas venido aquí... ¿No ves que si empiezas así, sólo conseguirás empeorar la situación?

—Es imposible ponerla peor de lo

que ha destrozado mi vida, pero que me uniría a ti para siempre... Veo que me he equivocado...

—No es eso, Isabel...; precisamente porque no soy egoísta, porque no lo fui nunca contigo, y pensé, más que nada, en hacerte dichosa, es por lo que lamento esta desgracia que para ti es irreparable.

—No vengas ahora con frases, que los hechos son siempre más elocuentes que todas las palabras... Un hombre que quiere de verdad, salta por todo y se alegra de todo, con tal de ser el único dueño de la mujer que ama. Así te creí yo; supuse que me brindarías tu amparo, no por un deber de conciencia, que así no sabría yo aceptarlo, sino por propio impulso de tu corazón... Y en vez de recibirme con entusiasmo, me rechazas...

—No me has comprendido, Isabel. ¿Qué más podía hacer yo desear que tenerte junto a mí... ¿Crees que he pensado un solo momento en abandonarte?... Te quiero tanto, que no podría hacerlo... Lo que me pasa es que estoy más seguro que tú, que mido mejor las consecuencias de esta locura, deliciosa

por el momento, pero de la que temo que te arrepientes algún día... Porque sé que eres demasiado buena y demasiado honrada, pienso que alguna vez, cuando vieras el daño que yo te había hecho y la mancha que habíamos lanzado sobre tu hija...

—¡Nuestra hija!...

—Por lo mismo que es mi hija debo velar más aún por su vida, y rechazar todo lo que pueda envolver para ella la menor deshonra...

—¿Pero es que antes no estaba deshonrada?

—No es igual... Al fin y al cabo, nadie más que nosotros conocíamos nuestro amor... Lo malo, en estas cosas, no es hacerlas, sino que trasciendan al público.

—¿Entonces tú también me echas de tu casa?

—No es eso, Isabel... ¿cómo he de decírtelo?... Yo te recibo, ¿qué otra cosa podía hacer?... pero no dejo de comprender que esto es una locura...

—Te resignas a tenerme a tu lado...

—No, mujer...; lo hago encantado...; si ese ha sido siempre mi sueño constante...

Isabel fué a sentarse en una butaca. Sobre ella vió unos guantes de mujer...

—¿Qué es esto, Luis? — rugió llena de coraje.

—Verás... — bulbuceó él desconcertado por la sorpresa.

—No me expliques nada. Sería peor añadir a tu deslealtad una mentira de compasión... Ahora lo comprendo todo; ya sé a qué es debida tu indiferencia por mi suerte... Eres un canalla; me has engañado, me has destrozado, deshonraste al mejor de tus amigos, y diste vida a un ser inocente, sobre el cual ha de caer todo el peso de tu villanía... Y ni siquiera puedes disculpar tu infamia con la ceguera de un amor que nunca has sentido... Fuiste, como todos los hombres, egoísta, grosero; no te impulsó hacia mí más que un deseo bajo y ruin; y todo sería perdable, todo se podría olvidar, menos que a una mujer que hiciste caer tan bajo, la hayas hecho madre de tu hija...

—Escúchame, Isabel...

—¿Pero crees que podrías encontrar la menor explicación a tu conducta? ¿Supones siquiera que después de esto sabría perdonarte?... Yo no he venido aquí a implorar tu caridad, sino en busca de tu amor... Veo que no me lo tienes, que todas tus palabras fueron una mentira; no tendría dignidad, si continuara un momento más a tu lado...

—¿Isabel!...

—No quiero ni que pronuncies mi nombre; que, sólo con pasar por tus labios, se mancha...

—¿Isabel! ¡No te vayas, Isabel, ¡Te lo pido yo!

—¿Y quién eres tú para hablarme siquiera?... ¡Que Dios te perdone el mal que me has hecho! ¡Solo Él, con su infinita bondad, será capaz de olvidar la infamia que has cometido!...

Isabel cogió a su hija de la mano y salió como un torbellino... Luis trató de detenerla, llamándola repetidas veces; pero ella no podía escuchar las voces de aquel hombre que la había tratado con tanta crueldad...

Con gran rapidez bajó la escalera y subió al coche, dando las señas de un hotel... En el interior del carruaje, abrazada a su hija, empezó a sollozar...

A los pocos días, se mudó Isabel a una modesta pensión. Con el dinero que le había dado Andrés, tenía para vivir unos meses. Durante este tiempo buscaría un medio de ganarse la vida honradamente. Era la única solución que tenía.

Desplegó gran actividad para encontrar colocación; pero no consiguió que la admitieran en ningún sitio: era una mujer, como la mayor parte, inútil para toda clase de trabajos.

Así pasaron varios meses; en todas partes la rechazaban...

Puso toda su voluntad y su deseo de redimirse; pero no lo conseguía... Y, entre tanto, el dinero se le agotó, y empezó a retrasarse en el pago del hospedaje; teniendo que sufrir algunas advertencias de la dueña de la pensión.

Para mayor desgracia, cayó enferma su hija. El médico le mandó una alimentación especial, y una reconstituyente que ella no podía costear... Su dolor no tenía límites... Todas sus amarguras pasadas se obscurecían ante aquella de ser postrada en cama a la chiquilla, y no tener remedios para salvarla.

El mal de la niña se agravaba por días... Isabel la veía morir... El doctor insistía en que sólo podía curarse con el plan que le había trazado...

Isabel tomó entonces una resolución: iría a ver a Luis para implorar una caridad. Mucho le violentaba aquella humillación; pero por la infeliz criatura debía arrostrearlo todo... No creía que Luis se negara a socorrerla: tan hija era suya como de ella.

Sin la menor vacilación, se dirigió a casa de Luis. Al llegar le salió al encuentro la portera, que le preguntó indiscreta:

—¿Viene usted en busca del señor Luis?

—Sí... — balbuceó Isabel.

—Creo que hará usted mal en subir.

—¿Por qué?

—Me parece que va usted a perder el tiempo... Yo quisiera evitarle un disgusto.

—¿Qué tiene usted que decirme?...

—Que el señor Luis, tiene una... —No me importa... ¿Está arriba?

—Sí, señora...; pero también está ella...

Isabel no quiso oír más y subió en el ascensor. Para evitar un encuentro desagradable, en vez de abrir con el llavín, llamó a la puerta. Le abrió el mismo Luis, que no pudo disimular su sorpresa.

—¿A qué vienes, Isabel? — le preguntó bruscamente.

—Ahora lo sabrás...

—Has debido avisarme.

—No tengas miedo, que no vengo por lo que tú supones... Ya sé que hay en tu casa una mujer... Puedes estar tranquilo, que no pienso hacer una escena desagradable... No quiero nada para mí; te odio demasiado para implorar un amor de caridad que es lo que tú crees que yo busco... He venido porque nuestra hija está enferma, y no tengo recursos para salvarla.

—¿Es dinero lo que quieres?

—No; deseo únicamente que cumplas con tu deber de padre, que no dejes abandonada a la hija como me abandonaste a mí...

—¡Bah!... La vieja canción... Quieres tocar la fibra sentimental para explotarme.

—¿No me crees?... Ve a verla si quieres, y te convencerás de lo que te digo.

—Es posible que ahora no me engañes, pero también puede ser que sólo trates de aprovechar la ocasión para intentar que yo cargue con vosotras...

—Te es más cómodo pensar así... pero debías conocerme lo bastante, para saber que, si no fuese por ella, hubiera sido incapaz de dar el menor paso...

—¿Qué vas a decir tú?

—¿Entonces te niegas a socorrer a tu hija?

seguramente le propondría una venta... A ella le repugnaba sólo la idea; pero se acordó de su pobre hija, débil, enferma, a dos pasos de la muerte, por no contar con medios para salvarla... Si; debía pasar por todas las vergüenzas, por todas las bajezas, con tal de curar a la niña...

Iba pensando en la decisión que había de tomar, cuando sintió a su lado una voz que le preguntó con una franqueza rayana en la grosería:

—¿A dónde vas tan solita, preciosa?

## Proverbios malayos

—Los buenos modales no pueden comprarse ni venderse

—El reverso de un machete cortará perfectamente si está afilado.

—El que afronta la vergüenza teme la muerte.

—El milano canta a dúo con el pajarillo, para apoderarse de él y terminar por comérselo.

—Un trozo de hoja de palma encontrado en el camino puede tomarse como remedio para las muelas o los oídos.

—No debe uno tenderse a todo lo largo.

—Cuanto más llena está la espiga de arroz, más se inclina; cuanto más vacía, más erguida se sostiene.

—Las frutas demasiado dulces tienen gusanos.

—Cuando no hay milanos, la langosta dice: — ¡Yo soy el milano!

—No confíes en la mujer.

—No tengas tratos con viejas ni permitas que entren en tu casa; ¿caso tendrías trato con un tigre? ¿Dejarías que se introdujera uno entre un rebaño de gamos?

—Lejos de la vista, lejos del corazón.

—¿Porque ladren los perros, se hundirá la montaña?

—¿Y quién me asegura que es mía?

—¡Oh!... Eres un canalla... Nunca pude concebir que tu cinismo llegara a ese extremo... Por tuya la acogiste desde el principio...; como tuya decías quererla, por ser tuya la separé de Andrés...; y ahora, cuando tienes que hacer por ella un pequeño sacrificio, hasta te atreves a negarla. Bien sé yo que no sientes lo que dices, pero eso es lo que más te conviene pensar... Eres despreciable!

Se marchó Isabel resuelta... Iba como loca... Todo estaba perdido... El único recurso que le quedaba para salvar a su hija, le había fracasado...

En la calle se cruzó un hombre elegante que la miró con insistencia... Después notó Isabel que el desconocido la seguía de cerca...

Por la mente de Isabel cruzó un mal pensamiento: aquel hombre iba sin duda tras de ella, porque la creyó una cualquiera...

Isabel no respondió; de buena gana hubiera contestado al insulto con un bofetón; pero no se decidía a desperdiciar la ocasión de recoger unas monedas con qué aliviar a la pobre enfermita.

—Si no tienes inconveniente, te acompañaré...

¿Pero eres muda? Y el caso es que tienes cara de buena y de complaciente... ¿Quiénes veniste a cenar conmigo? Contesta, mujer... Si tienes algún escrúpulo, yo te llevaré a un sitio donde nadie te vea. ¿Qué, vamos?... —Vamos... — dijo resuelta Isabel.

Entonces él la cogió del brazo, apretándola suavemente. Al poco tiempo se cruzaron con un coche, y subieron en él.

—A ti te sucede algo raro...

—No se lo puede usted figurar.

—Cuéntamelo...

—¿Para qué?

—Tengo yo mucho interés en conocer tus cosas.

—¡Bah!

—No creas que yo te he tomado por una cualquiera.

—Ni lo soy.

—No hay más que verte para comprenderlo... Tú no estás acostumbrada a estas cosas...

—Es la primera vez que lo hago...

—¿La primera?

—Y porque tengo una hija enferma, y necesito dinero para curarla...

—No lo creerás; pero si yo hubiese supuesto que eras una de tantas, no me hubiera molestado en seguirte. ¿Qué inconveniente tienes en abrirme tu corazón?... Si tú y yo vamos a acabar siendo buenos amigos...

—Eso, nunca...

—Te advierto que yo soy muy bueno y me encariño con las personas que saben hacerse querer...

—Yo no deseo que me quieran.

—Eso me huele a desengano...

A ti te ha dejado algún hombre...

—¿Qué sabe usted?

—Las mujeres no se horrorizan si se les habla de amor, más que cuando acaban de sufrir un abandono... ¿he acertado?

—No sé...

—Te creía más amable; ya lo serás cuando me vayas conociendo...

Paró en esto el coche... Isabel y su compañero entraron en un portal suntuoso.

—Te he trado a mi casa, porque aquí nadie te puede ver — dijo él.

Subieron en el ascensor y entraron en un pisito lujosamente amueblado... Ya en absoluta intimidad, él la acarició expresivo... Al poco rato, Isabel se entregó serena, activa, con la tranquilidad de quien cumple un deber sagrado.

Cuando Isabel acabó de vertirse, con delicadeza, cogió el bolso de ella e introdujo en él unos billetes... No pasó desapercibida la maniobra para Isabel, que exclamó al notar la cuantía de la recompensa:

—Eso es demasiado...

—Acéptalo no solo por tí, sino por tu hijita.

—¡Gracias!...

—¿Volverás mañana?

—Volveré.

Su nuevo amante la acompañó hasta la puerta. Allí pagó el coche en el que subió Isabel.

Antes de ir a su casa, pasó por una farmacia para comprar las medicinas que necesitaba su hija. Esta la recibió enojada, quejándose de su larga ausencia.

—Es que he estado buscándote las cosas que te hacen falta para ponerte buena.

Isabel estaba como si no hubiera cometido la menor ligereza. Quizá la misma preocupación que sentía por la niña, no le dejaba tiempo para preocuparse de otra cosa...

No perdió un momento, y dió a su hija las medicinas en la dosis marcada por el doctor... Isabel estaba anhelante...; no separaba los ojos de la chiquilla; parecía querer infundirle con su mirada su vida entera...

Tal vez por un efecto de sugestión, le pareció que su hija se reanimaba, que volvía de nuevo a adquirir su lozanía. Sin poder contenerse, se arrojó sobre ella y la besó con cariño... Isabel lloraba; aquella lágrima las arrancaba el recuerdo de su pecado...; un pecado cuyo fruto sería la salvación de aquel ser tan querido... Por primera vez, el llanto de sus ojos la llenaba de alegría...

El coronel Carlos Ibáñez del Campo, que en septiembre de 1923 fué miembro de la Junta Militar, que provocó el cambio gubernamental mal llamado revolución y que puede decirse fué el alma y nervio del segundo movimiento de esta índole, que se produjo en enero de 1925, viene distinguiéndose activamente en el gobierno del país, pues como Ministro de la Guerra en la presidencia Figueroa Larraín, primero, y como Vicepresidente de la República después, puede decirse que ha sido el verdadero cerebro y acción de la actual dirección de Chile.

La ausencia temporal, por motivos de salud, del Presidente Figueroa Larraín, dióle constitucionalmente como Jefe de Gabinete, y Ministro del Interior el cargo en ejercicio de Vicepresidente de la República, que, por renuncia definitiva del Presidente Figueroa, continuará asumiendo, hasta que el 22 del actual, las elecciones constitucionales, ya que es el candidato único lo elija y ratifique constitucionalmente en el supremo cargo de Presidente legal de la República de Chile.

Es muy sugestivo, que el coronel Ibáñez haya sido proclamado libre y espontáneamente por los elementos obreros y populares de motu proprio, el único candidato posible y único que desea el pueblo para Presidente de la República.

Es que la videncia del pueblo, libre de compromisos políticos, ha descubierto, que, después del presidente Alessandri, el coronel Ibáñez, ha sido el único que prácticamente ha demostrado su resolución de realizar en Chile el verdadero programa salvador del país, no sólo con talento sino con lo es más difícil y menos hacedero, con energía suprema y bien dirigida, rompiendo los viejos y perniciosos moldes, que llevaban al pueblo a la ruina.

Los civiles por más sana intención que les guiase en sus actos de Presidente de la República, no podían sustraerse a ese bagaje pesado de sus compromisos con los partidos políticos a que pertenecían y que les habían ayudado a subir a la Presidencia, pues, aun el mismo Presidente Figueroa Larraín, que acaba de renunciar y que fué elevado más que por el apoyo de los partidos, por el consenso de las fuerzas armadas que en 1924 y 1925 llevaron a cabo la reforma sustancial y radical de la Constitución, tal como lo inspirara el Presidente Alessandri para robustecer el Ejecutivo y proteger el cargo de Presidente de la República inmunizándolo de la odiosa tutoría, de los partidos políticos, verdaderos señores de horca y cuchilla representados en el Congreso, aun ese mismo Presidente, pese a sus amplias facultades y a sus inmunidades que lo sobreponían al Congreso, clara y manifiestamente, se ha visto, no pudo sustraerse por entero de esa influencia que pretendía resucitar de nuevo y que le amargó los pocos días de su mandato supremo, hasta el punto, de que a no haber sido por el coronel Ibáñez, que impuesto contra viento y marea de la política como Ministro de la Guerra y custodio ante el Ejecutivo de los mandatos de las fuerzas armadas, la politiquería hubiera recuperado sus trincheras perdidas en 1925 y hubiera llevado al país de nuevo al caos.

## Por qué el coronel Carlos Ibáñez será el futuro Presidente de Chile

El coronel Ibáñez, ha tenido que desplegar en estos años desde el 1925 hasta ahora, una dosis muy admirable de prudencia, tacto y energía a la vez para lograr que no se destruyeran las reformas Constitucionales últimas o no se bastardearan sus principios, como empecinadamente se venía intentando secretamente por los que no se avenían con haber perdido el manejo del país a su antojo ejercido desenfrenadamente en especial desde el 1898 en que la politiquería no trepidó en hacer mártir al Presidente Balmaceda.

Necesitó y ejerció, el coronel Ibáñez mucho tacto fino, mucha prudencia y discreción y ello armonizado con una energía y coraje a prueba de varón fuerte y patriota sincero, para lograr sus-

mo las únicas que hacen de Chile un verdadero Chile nuevo.

No han sido pocos los que se han visto desentronizados tanto entre los civiles como hasta en los militares y marinos y jueces, políticos y semi-políticos por esta depuración administrativa y social, hecha energicamente por el coronel Ibáñez y es lógico, que esos elementos heridos en sus intereses creados desde hace muchas décadas contra los intereses verdaderos del País, hoy sean en el ostracismo los más encarnizados detractores de esta obra de regeneración; pero aparte personalismos, que nada influyen ni dicen en su favor para demostrar lo razonable y patriota de las energicas medidas del coronel Ibáñez, no hay más que recordar los veinte millones de es-



—¡Pero, chica! ¿Quién te conoce? ¡Tú con "manicura"!—  
—Sí; quiero arreglarme las uñas y tenerlas siempre limpias para que no se unquen los arañazos que le hago a mi marido cuando nos peleamos.

traer a la marina de guerra, de la influencia de esos elementos, que trataban de distanciarla del ejército y concitarla contra él, no trepidando en repetir su audacia de 1891.

Pero el tacto del coronel Ibáñez unido a su entereza y al patriotismo claro de la Marina de Guerra que a tiempo descubrió la odiosa conjuración, lograron, que la Marina, se convenciera de las ideas sanas y patrióticas de sus hermanos del Ejército e hiciera causa común con ellos hasta ser hoy, firmemente como son ambas instituciones armadas, en unión de los Carabineros y Policías del País una sola fuerza, que responde franca y resueltamente al Gobierno, que preside el coronel Ibáñez ya que para ellos encarna el verdadero ejecutor de las ideas y principios salvadores que impulsaron los movimientos militares de 1924 y 1925, ideas que el pueblo obrero y las clases medias han acogido con entusiasmo y apoyan de todo corazón, por reconocerlas co-

tafa que se descubrieron en los impuestos Internos, los muchos millones, que también se descubrió se habían estafado al Estado, en terrenos usufructados indebidamente por particulares adinerados, los no pocos millones que han dejado de percibirse como entrada fiscal anual, por impuestos y contribuciones de muchos desterrados y adinerados, los muchos millones que por monopolio y malas ventas del salitre dejó de percibir el Fisco y los muchos millones que por exceso de inútil empleomanía colocada por la politiquería se gastaba traduciendo en enormes déficits fiscales, los presupuestos anuales.

En cambio, hoy, las salitreras, que por cientos habían cerrado sus puertas para sitiar al Gobierno por hambre y provocar la revolución social con los miles de obreros sin trabajo despedidos por ellas, ante la energética acción del Gobierno y sus medidas han abierto todas sus puertas e intensificado su producción y sus ventas libres ya que el Gobierno atacó el monopolio y hoy

ha aumentado la venta del salitre y, por lo tanto, las entradas fiscales en un trescientos por ciento.

Los Bancos y las Cajas de Ahorros, han visto aumentados enormemente sus encajes y depósitos como prueba de la confianza del público, que ya no esconde su dinero; las entradas por impuestos han aumentado en mil por cien ya que con toda energía se está cobrando los impuestos ocultos y los atrasados; en las Aduanas ha aumentado prodigiosamente la recaudación con la reforma que en ellas se ha hecho personal y económicamente. El presupuesto de trescientos millones de déficits que antes dejaba, arroja un superavit este año de más de treinta millones por concepto de economías en el personal y mejor recaudación de entradas en el cobro de impuestos.

Se han dictado leyes protectoras de la industria nacional, tales como de la minería, fierro, cobre y otras, estimulando y premiando la instalación de otras nuevas y de muchas de poco capital hasta el extremo de a los cesantes y desajudados, facilitarles capital en recompensa, para que fomenten y se dediquen a la agricultura y a la industria, favorecidos por una nueva legislación aduanera que los pone a cubierto de competencias ruinosas.

Se ha establecido la aeronavegación comercial y postal de Santiago a las provincias, iniciada con éxito cada día más creciente, y en general se nota en todo el país un mayor movimiento de dinero, una mayor actividad fabril y comercial de exportación y mercado y un suspiro de alivio en todas las clases en general, las obreras y más necesitadas, que son precisamente las que hoy muestran mayor entusiasmo, por llevar el 22 a la Presidencia efectiva al coronel Ibáñez.

Para los que como extranjeros y meros observadores, vivimos ajenos a las encrucijadas y enredos políticos, el entusiasmo unánime y espontáneo con que el pueblo ha proclamado y elige al Coronel Ibáñez como el único hoy posible y deseado Presidente de Chile y la actuación firme durante los tres años que lleva de participación en el Gobierno como su primera y más destacada figura, con su honradez, interés y energía traducida en un naciente, vigoroso y resuelto progreso económico del país, y en su desarrollo francamente progresivo, nos dan la clave de el porqué, si es cierto que vox populi est vox Dei, el pueblo entero frenéticamente entusiasmado, lo proclama y elige unánimemente su único y posible Presidente.

Aquel militar experto, que a la cabeza de una misión militar chilena, fuera contratado por la República del Salvador en 1903, como instructor y reorganizador de aquel ejército, en donde de su misión dejó hondas huellas simpáticas, al entrar ahora triunfador de los parásitos que mediatizaban su país en el Soberano Congreso Nacional que lo investirá con la banda y cruz de O'Higgins como Presidente Constitucional de Chile podrá con justeza, mirar sereno, tanto el pasado como el porvenir, porque pocos Presidente como él se han conquistado con su propio y real valer el puesto de responsabilidad histórica al que hoy lo lleva la soberana voluntad popular.

J. Fernández Pesquero.

Chile, mayo de 1927.

## Un regio cazador de leones

Guillermo de Suecia, nació el 17 de junio de 1884. Es el hijo segundo del actual rey, Gustavo V. Su hermano, mayor, es el heredero de la corona. Guillermo desde muy niño, y desde antes que la autoridad real se encontrara tan desprestigiada como hoy se halla, mostró marcada aversión por todo lo que era la fastuosidad de la corte y la vanidad de los monarcas. "Prefiero ser hombre a ser rey", dijo una vez muy coléricamente, cuando su padre le echaba en cara, cierta ocasión, el marcado desprecio que sentía por todo lo que se enlazaba con la nobleza y su alta jerarquía de príncipe.

Pero en cambio, Guillermo de Suecia es un hombre de ciencia de gran valimiento entre los intelectuales; es un hombre humilde y sencillo, de gran aprecio entre los humildes y los modestos; es un deportista consumado, que goza de fama entre exploradores y cazadores y es un valiente a quien todos respetan por su entereza en los mayores peligros.

Su pasión predominante es la de las cacerías. Demás está decir, que el príncipe entre su escopeta y una corona, prefiere la escopeta; y entre la selva y el trono, escogería inmediatamente la selva. Y es debido a esta su gran pasión, que Guillermo ha posado su planta en los más terribles y peligrosos lugares de los cinco continentes del planeta.

Su última y sensacional excursión, en la que estuvo asesorado por un famoso impresionador de películas, fué la que hizo por tierras de Africa, en busca de emociones cinégeticas y ejemplares botánicos y fósiles.

En Sud Africa, desde hace cerca de dos años, en diferentes regiones de la Rhodesia, parece que la naturaleza se ha esmerado en desencadenar todos sus azotes. Por supuesto que han asomado su livida faz las terribles plagas de la peste, el hambre y la sequía y demás diabólicas calamidades que se enlazan las unas con las otras para convertir una comarca en un infierno dantesco. Pero sobre tanta desdicha, los campesinos se vieron dominados por el terror de un flajelo único, casi desconocido.

Las criaturas de la selva, acosadas también por una naturaleza cruel, volvieron sus ojos a los centros poblados e invadieron las aldeas y las tierras que habían sido de cultivo. Los antes y las ratas asaltaban las habitaciones agrediendo a las personas entregadas al sueño; nubes compactas de gallinazos se cernían en el espacio avizorando despojos y carroñas con que alimentarse; cordones de hormigas de varias millas de longitud asaltaban a cuanto animal viviente encontraban, o cuanto reserva de alimentos descubrían, y por fin, las fieras más temibles de la selva, los leones hambrientos, comenzaron a invadir las aldeas y a pasearse por las calles arrebatando lo que encontraban: desde niños indefensos hasta desamparados ancianos y mujeres en tales condiciones las autoridades se vieron obligadas

a tomar medidas inmediatas y radicales que hicieran cesar el estado de terror en que se hallaba la población rural de aquellos centros. Se organizaron cuerpos sanitarios para combatir las epidemias, cuerpos de técnicos agrícolas para hacer producir la tierra y cuerpos de cazadores para exterminar las fieras.

En momentos tan dramáticos fué que llegó a aquellos sitios el príncipe Guillermo de Suecia. Como se sabe — Ruyard Kipling lo describe maravillosamente — en Sud Africa como en los bosques de la india, existe la ley de la selva. Pero en las condiciones de anormali-

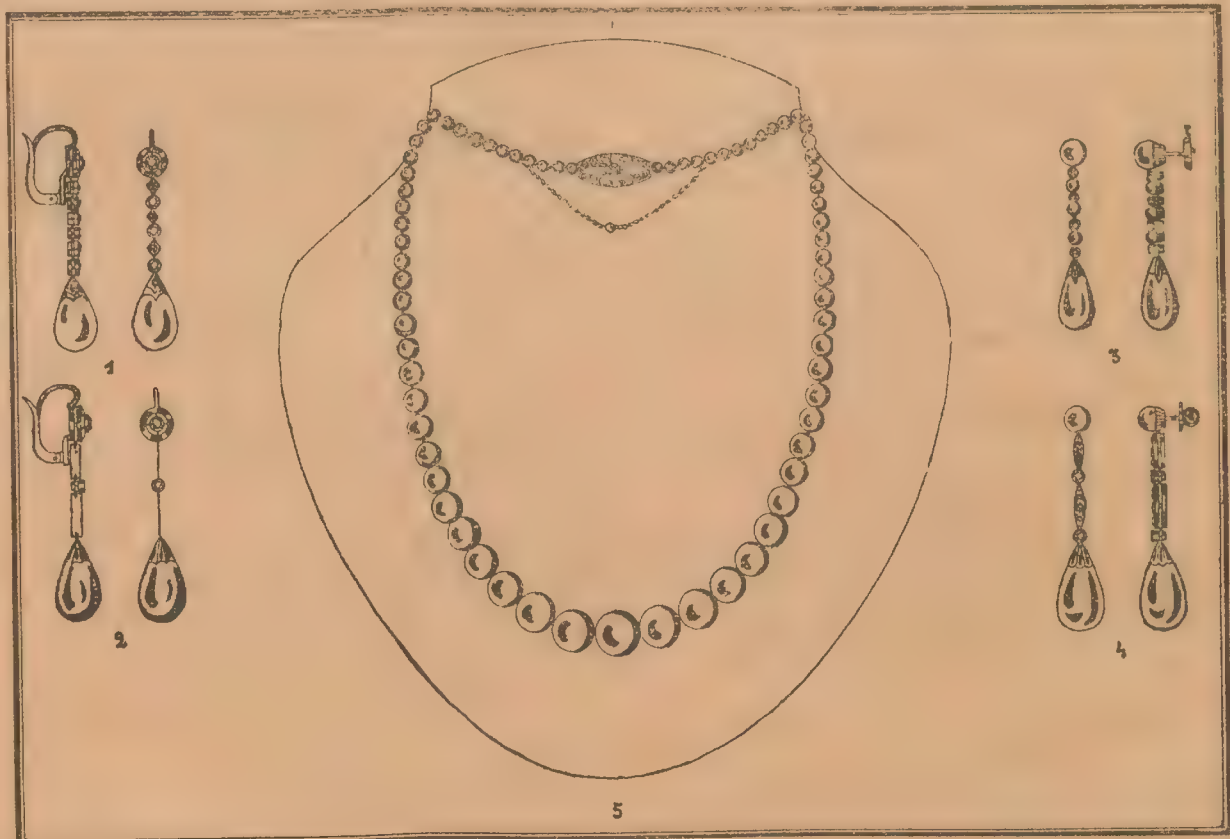
dad de aquellos momentos la ley no era observada y cada cual luchaba por su existencia en la forma del mundo primitivo. Ante el temor de los osados ataques de las bestias feroces, se procedió inmediatamente a construir empalizadas y trampas alrededor de todas las aldeas; torres de alarma, con observadores, fueron colocadas en todos los sitios de salida del bosque y medidas sagaces de diversa clase, fueron puestas en práctica por el hombre blanco para contrarrestar la peligrosa invasión de partidas de reyes de la selva, de leones gigantes y hambrientos.

En el distrito de Cadoo del Este, los informes oficiales anunciaban que los leones habían hecho una verdadera masacre entre los negros nativos a los cuales estaban casi exterminado por la falta de armas apropiadas para defenderse, pues estos negros no disponen más que de lanzas y flechas para combatir con tal poderoso enemigo.

La aldea de Wallamba, está situada al norte de la región de Ca-

doo del Este, en Rhodesia Central. Esta aldea fué materialmente asolada por los ataques de verdaderas masas de leones hambrientos, calculándose que las fieras habían devorado más de seis centenares de personas, especialmente niños. Precisamente el día que el príncipe Guillermo llegó, seis leones penetraron a las once y media de la mañana, en plena luz diurna, bajo un sol clarísimo, un verdadero sol africano. Sus víctimas fueron una anciana, un niño y un perro de pastores. Tres leones fueron muertos a tiros de fusil; pero los otros tres escaparon con sus presas. Al parecer, aquella región era el foco de las fieras hambrientas.

Peligroso es para los campesinos el que un león llegue a probar carne humana, pues aquel animal se vuelve una fiera terrible. Además, por razones que aún se desconocen, todas las bestias que olfatean la sangre del hombre se enfurecen a grado tal que puede decirse que caen dentro de un estado de locura. Y si a esto se agrega el ham-



No. 1) AROS A RESORTE

Oro 18 K. y Platino, 2 Brill. finos, 8 Diamantes 6 Perlas finas, Perlas "Nacarfine", \$ 150 — 125 — 95 — 85, con piedra imt. oro 18 K. \$ 35.

No. 2) AROS A RESORTE

Oro 18 K. y Platino, 2 Brillantes finos 4 Diamantes finos \$ 125 — 95 — 75 — 50, con piedra imt. oro 18 K. \$ 25.

No. 3) A SISTEMA O TORNILLO

Oro 18 K. y Platino, con Perlas "Nacarfine", 6

Diamantes finos, \$ 95 — 85 — 75 — 65, Piedra imt. oro 18 K. \$ 25.

No. 4) A SISTEMA O TORNILLO

Oro 18 K. y Platino, 4 Diamantes grandes, 10 diamantes chicos, Perla "Nacarfine" \$ 115 — 95 — 75 — 65, Piedras imt. oro 18 K. \$ 30.

No. 5) COLLAR PERLAS "NACARFINE", con rico

Broche plata fina, piedra fantasía \$ 50 — 40 — 30 — 25. Con Broche oro 18 K. y platino, diamantes finos desde \$ 200 hasta \$ 75.

Pidan Collarcito para Nena \$ 10 son los más chic.

Las perlas "Nacarfine" son las que usan las damas más elegantes que saben comprar. Las perlas "Nacarfine" son las únicas que se confunden con las perlas finas, por su oriente perfecto y duración. Pídalas únicamente a la

## Casa "Scarinci" - Florida 142

Privda. RELOJERIA LONGINES — Buenos Aires

Al efectuar su pedido cite *Fray Mocho* y tendrá el 10 o/o de Descuento. Los pedidos del Interior, sea por carta o por telegrama, son atendidos en el día. A los clientes del Interior concedemos el derecho de cambiar, si el artículo no fuera a satisfacción.



bre que borra toda timidez en los animales, ya podrá calcularse cuán sería amenaza significaba para los campesinos africanos una vida en las condiciones descritas.

Se comenzó por organizar una batida en regla, procediéndose anteladamente al incendio del bosque para sacar a los leones de sus guaridas. Pero la selva es tan extremadamente exuberante, que el fuego apenas hacía ligeros progresos entre la jugosa y tupida vegetación. No había de consiguiente, más remedio, que penetrar dentro de la propia maleza, y exterminar en ella a las fieras, o hacerlas salir al claro de la campiña, par ser combatidas afuera.

Pero donde el peligro de los leones alcanzó proporciones no soñadas fué en Wallhawa, sitio en el que invadieron la línea férrea de Nidolo, asaltando un carro de mano que era conducido por varios hombres en la forma usual. El conductor y brequero empuñaron rápidamente sus rifles, pero apenas tuvieron tiempo de disparar, pues probablemente, según declaración de un sobreviviente herido, los leones agresores sumaban más de una docena. Ni un solo hombre hubiera quedado vivo, a no dar la conciencia de haber aparecido en aquellos instantes un tren de pasajeros, que traía una escolta militar a su bordo. Ocho leones fueron muertos y los demás ahuyentados; pero los hombres que iban en el carro de mano, habían sido heridos de muerte unos y otros habían sido arrastrados al bosque y devorados por las bestias. Sólo uno logró escapar con vida de la catástrofe.

En otra ocasión mientras en una curva pronunciada y peligrosa, un tren de pasajeros marchaba lentamente, un león saltó a la parte posterior del carro pulman, que era el último del convoy, penetró al interior, mató a un viajero e hirió a cuatro. La fiera hambrieta fué muerta a tiros de revólver por algunos pasajeros que conservaron su entereza en medio del terror general.

El príncipe Guillermo de Suecia estuvo tres meses metido en plena selva de Rhodesia. El mismo no podría decir cuántas fieras mató, ni cuantos nativos perecieron en las garras de los leones. Su propio asistente personal, jefe de una aldea, fué asaltado en presencia del príncipe por un gigantesco león que le saltó al cuello; y aunque el regio cazador disparó sobre el animal con la premura y certeza adquiridas en su experimentada vida de cazador, cuando la bala destrozó el cráneo de la fiera ya era tarde: el negro tenía la garganta y el pecho abiertos como granadas.

## CUANDO CANTAN MIS PAJÁROS

(Estos magos artistas del ritmo estos músicos nobles y magos que en eternos afanes repiten la armonía del Cosmos arcano son mis pájaros locos, mis pájaros... los intérpretes serios del alma de Natura divina y del Hado; los cantores felices y puros de las glorias nativas del pago, y los bellos, los solos, los únicos bendecidos por Dios soberanos de la cumbre, del valle, del río, de la selva, la bestia y el rancho, donde tiene el dolor una dicha, donde calma el placer como un bálsamo, donde amor es un rayo que incendia y un ensueño que triunfa el trabajo).

Cuando cantan mis pájaros, cumbre, también quieres trocarte en un pájaro, porque es dulce cantar, y hasta el cielo se desploma a la gracia de un canto.

Cuando cantan mis pájaros, valle, me parece que anhelas — en vano — tener pico de luz, con que puedas conquistar la montaña, cantando...

Cuando cantan mis pájaros, río, tu murmurio se vuelve más claro, cual si todas tus ondas inquietas más temblaran al beso del cántico.

Cuando cantan mis pájaros, selva con tus frondas, al cántico sacro, te estremeces ansiosa de gozos como tierna mujer sin pecado.

Cuando cantan mis pájaros, bestia, quieres ser aquella ave, que el sátiro, por el bosque encantado de músicas persiguiera entre todos los pájaros.

Cuando cantan mis pájaros buenos pienso y creo que aspiras, oh, rancho, a tener un nidito en que ensayen mil pichones los ritmos del canto.

Oh, mi cumbre, mi valle, mi río, y mi selva y mi bestia y mi rancho: aspirad, ya, también, la armonía de mis versos de flores y cantos cuando el pico de luz abre mi alma que es el pájaro azul de los pájaros.

Alberto G. OCAMPO

Guillermo de Suecia ha impresionado una valiosísima cinta cinematográfica, que tiene decidido entregar a una sociedad de caridad, para que la explote enviándola recorrer el mundo y cuyo producto debe dedicarse a los huérfanos de la guerra sin distinción de nacionalidades.

El príncipe ha escrito también una serie de interesantes memorias sobre hechos reales acontecidos con los leones de Rhodesia, en las que pone ante la asombrada curiosidad del lector, sucesos que hacen pensar en el super instinto de estas bestias; pero el cual se muestra tan razonado, que a veces hace pensar en algo así que podríamos llamar la inteligencia de los animales.

Como hecho digno de anotarse, dice el príncipe, y sin que sea posible hallarle explicación alguna, debe citarse el caso de que los leones siempre embisten a los soldados uniformados de preferencia a cualquier otra presa. ¿Puede creerse que la fiera tiene noción de que por su investidura y armamento, esta criatura humana es el peor de todos sus enemigos? ¿Quién podría dar una respuesta? Pero la más firme contestación a esta pregunta, la he obtenido yo con la evidencia de los hechos.

## La conciencia durante el sueño

Un caso que parece indicar que en ciertas perturbaciones mentales, sin lesión nerviosa, la conciencia recupera su normalidad durante el sueño, es el de un muchacho de Portsmouth que durante un ataque epiléptico ocasionó la muerte de un niño de tres años de edad, fué detenido y declaró que nada sabía acerca de la desaparición de su amiguito al día siguiente dijo que había soñado que encerraba al niño en un baúl sobre el cual había colocado una cama vieja para que la víctima no levantara la tapa. Se efectuó inmediatamente una investigación y se encontró en el baúl el cadáver del niño que había muerto por asfixia. "No sabía que había hecho eso—insistió el autor del crimen—, sino después de haber soñado".

## FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 429, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| En la Capital            | En el Interior           | En el exterior        |
|--------------------------|--------------------------|-----------------------|
| Trimestre . . . \$ 2.50  | Trimestre . . . \$ 3.00  | Trimestre \$ oro 2.00 |
| Semestre . . . 5.00      | Semestre . . . 6.00      | Semestre . . . 4.00   |
| Año . . . 9.00           | Año . . . 11.00          | Año . . . 8.00        |
| N.º suelto . . . 20 cts. | N.º suelto . . . 25 cts. |                       |
| N.º atrasado . 40 "      | N.º atrasado . 60 "      |                       |

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

### Encuadernación de ejemplares

|                                                      | En cuero | En tela |
|------------------------------------------------------|----------|---------|
| Encuadernación en formato grande . . . . . cada tomo | \$ 12.—  | 3.70    |
| " " " " chico . . . . . " " "                        | 8.—      | 3.—     |
| Tapas sueltas " " grande . . . . . " " "             | 8.—      | 2.—     |
| " " " " chico . . . . . " " "                        | 6.—      | 1.50    |

## «Crónicas del Centenario de Ayacucho», por Rogelio Sotela - Costa Rica.

Nuestro colaborador, Rogelio Sotela, ha reunido en un tomo, toda la impresión, que recogiera su espíritu de poeta, en la visita que hizo a Lima, por encargo de su gobierno, con motivo de la conmemoración del Centenario de Ayacucho. Son bien conocidas las condiciones artísticas de Sotela; sus obras poéticas; descriptivas y filosóficas, nos hablan bien de su alma pre-dispuesta a la belleza.

En este volumen descriptivo, trazado con estilo bello, el señor Sotela, pone una vez más de manifiesto, su alto valor intelectual.

Describe una corrida de toros con Juan Belmonte, celebrada en la vieja ciudad, la inauguración del Museo Arqueológico, una visita a Leopoldo Lugones, etc.

Y por último, con frases tiernas y armoniosas, aplaude la hospitalidad peruana, en aquellos días de fiesta y evocación patriótica.

Una vez más la pluma de este hábil escritor, ha reflejado su emoción, esa emoción que muchas veces hemos reparado en los poemas y en sus escritos, y que es el patrimonio de este artista que honra la América.

Su libro trae comentarios acerca de su labor de firmas autorizadas de este continente, que revelan las condiciones ingénitas de Sotela.

F. B. V.

## Un literato joven y bueno: Max Giménez.

Puede afirmarse rotundamente, sin temor a errar: en Costa Rica acaba de surgir un nuevo literato joven y bueno.

Presentado al público por un prólogo de García Monge, Max Giménez, muchacho joven, lleno de ensueños y esperanzas, enfrenta a la opinión pública y al parecer de la crítica con su primer libro: "Ensayos", pequeño tomo de cien páginas con casi la mitad en blanco, donde el autor ha volcado su alma y dicho sus cosas íntimas en una forma llena de belleza y de sentimientos, que llegan al lector y se meten dentro de su alma, como una caricia.

Militando en las filas de la nueva sensibilidad, Giménez no se ha dejado ganar por ese afán desmedido de decir cosas raras de una manera más rara todavía, que caracteriza a muchos cultores de los "ismos". Así se aleja en absoluto de la extravagancia y el ridículo en que pudo exponerse a caer por exceso de modernismo y las páginas van pasando breves pero perfumadas y sentidas, sinceras y llenas de belleza, de una belleza que surge de las palabras y las frases con toda su fuerza y conquista al que lee, haciendo vibrar la cuerda sensible, para llegar a la emoción íntima y sana, no a la fácil y grotesca.

Observa la naturaleza, la vida y los hombres y así va el autor descubriéndonos sus puntos de vista, sus sensaciones espirituales, lentamente, con una suavidad que parece fuera carlo hacia la obra y hacia el lector.

Frente al mar Giménez nos dice que "un ruido gris de olas hace acompañamiento al paisaje. Hoy todo es el mar. Las cordilleras con

# PAPEL Y TINTA

sus palmas azuladas barren al compás de la brisa, el cielo gris". Y desde éste su primer párrafo, la conquista está hecha y nos dejamos arristrar, como en un encantamiento, por la hermosura de las frases y la realidad de los motivos tomados como al pasar, pero profundizados con una observación ajustada y fuera de lo vulgar como si el autor llegase al núcleo mismo de las cosas, las gentes y los hechos para exponerlos desnudos de sus líneas exteriores, en lo que valen como materialidades, valor por cierto mucho más rico que el material.

El autor nos muestra el dolor nocturno cuando dice: "la noche es triste porque al llegar, las co-

meras estrellas: al caer la noche. Con el crepúsculo la civilización decae, para levantarse impetuosa y perturbante a los primeros rayos del sol.

Como antaño, ahora en las noches, las largas avenidas acompañadas de fijo por los árboles, son de esos vehículos que la oscuridad ha tornado misteriosos; tira de ellos un esqueleto que humea, y marca un ritmo con los cascotes, de tan fácil movimiento, que hay la sensación de que se han ido quedando por lo negro del camino...

En uno de esos hijos adoptivos de la noche, vi al compás de los cascotes, como el amanecer tornaba de sangre el Sena. La torre de hierro parecía elevarse desde un to-



Lea Vd. el hermoso poema argentino

## "MARTIN FIERRO"

nunca igualado en la poesía nacional.

Acabamos de publicar una nueva edición con figuras, y con notas, escritas por SANTIAGO LUGONES, que explican todos los términos y sentencias que puso el poeta HERNANDEZ en su libro inmortal.

Precio del ejemplar de 340 páginas \$ 2.50 (Franqueo \$ 0.30)

Pídalo en todas las librerías y en la casa editora

Librería de A. GARCÍA SANTOS

MORENO 500

BUENOS AIRES

sas se van. Las noches son tristes, porque como en los funerales de los hombres, todo se va..." Frente al río su espíritu de poeta que no hace versos, pero sí poesía en prosa, descubre que "El río ahora no es de agua, es de color. La naturaleza, vive más porque hace sol".

Y así siguen pasando las páginas de "Ensayos", como promesas de una obra más profunda, de mayor aliento, que, sin duda, ha de consagrar a Giménez como uno de los más aventajados valores literarios de Centro América, a poco que pule un poco más su estilo, ya definido y bien cimentado. Decir que un hombre de letras es bueno, en nuestros días resulta ya mucho decir, pero de Max Giménez se lo puede asegurar, sin temor a incurrir en exageraciones.

Una de las páginas más reales y más sentidas; dichas con mayor sencillez, que encontramos en "Ensayos", es la que transcribimos a continuación:

### "Coches nocturnos"

Han ido en las grandes ciudades, los coches desapareciendo. En París salen a la calle con las pri-

rrante de dolor. El paisaje era abrasado por el rojo.

La llegada de más luz, todo aquello fué apagando, y aun recuerdo de aquel rojo y de aquel ritmo, que así como los cascotes, pareciera que han quedado para siempre, a lo largo de la histórica avenida...

Y entusiasmo este poeta de la prosa, cuando nos dice que "el dolor es color azul" y que "los árboles, al ver su imagen que se mueve en el verde de las aguas, se alegran, porque creen que han perdido su fijeza".

Lo dicho: en Max Giménez hay un buen literato, que ya ha de revelarse en todo su valer, cuando produzca su obra definitiva, que ha de ser bella y noble.

Segundo B. GAUNA.

## «Serenidad», por Amado Nervo. - Editorial «Las Grandes Obras».

Era Amado Nervo el poeta de la bondad y de la serena dulzura. Sus páginas, todas, saturadas están de esa mansedumbre que hizo

de él, aun en medio de la azarosa existencia, un verdadero hermano de Francisco de Asís. Bueno humano fué el llorado poeta; apacible diáfano en todas sus obras como en todos los instantes de esa su preclara existencia que no, precisamente aquí, en tierras del Plata, donde con mayor dilección se apreciaba y apreciaba aún su producción.

"Serenidad" es, por consiguiente, aquella de sus obras que sintetiza en forma más definitiva la ética del poeta mejicano. Serenidad expresa desde ya en la autobiografía con que inicia el volumen: "He sufrido como todos y he amado... lo suficiente para ser perdonado..." Serenidad encontrará en lector en todo el libro Primero, en el que la influencia del apacible Kempis es más que notable y expresiva. Serenidad en las Rimas irónicas y cortesanas, donde la bondad del poeta se troca en una justificación de las vanidades y frivolidades mundanas. Serenidad finalmente, en "El Amor" y "La amada inmóvil" donde todas las rebeldías y todas las pasiones parece que las hubiera encadenado definitivamente este poeta que, empero, de mozo fué turbulento, mujeriego y rebelde.

Grande es el confortamiento espiritual que se extrae de la lectura de estas páginas de Amado Nervo. Por ellas hallamos como el perdón de nuestros propios desvaríos; por ellas, igualmente, descubrimos ese secreto de la humana felicidad y que está en eso: en despojarnos del apasionamiento, en adquirir la divina Serenidad...

## Recuerdos de provincias», por Domingo F. Sarmiento.

Como su título lo indica, son reminiscencias y evocaciones que, según confesión de Sarmiento, ha resucitado, por decirlo así, en memoria de sus deudos que merecieron bien de la patria, subieron alto en la gerarquía de la Iglesia y honraron con sus trabajos las letras americanas.

Las primeras ediciones de este gran libro poco éxito obtuvieron, pero a medida que las desiertas tierras argentinas se fueron poblando y grandes focos de civilización por ellas se extendieron, se fueron infiltrando sus ideas y hoy hasta en las escuelas es libro obligado de lectura, mereciendo lugar destacado en toda buena biblioteca.

La vida colonial y su transición lenta y penosa, la vida de la República Argentina naciente, la lucha de los partidos, la guerra civil, la proscripción, el destierro, todo ha sido tratado en forma que sólo Sarmiento podía y debía hacer. Extrañas emociones debieron sacudir su alma recordando tiempos pasados, pero su serenidad y fe patriótica no vacilaron regalándonos con este volumen, exacto e imparcial, que es como monumento de la literatura argentina.

El espíritu de los escritos de un autor, cuando tiene un carácter marcado, es su alma, su esencia. El individuo se eclipsa ante esta manifestación. Tal Sarmiento y sus maravillosos "Recuerdos de Provincia".

La Biblioteca "Las Grandes Obras" al incorporar este gran libro en su colección presta un verdadero servicio a la cultura argentina.

Todo aquel que se entristece por ver que se pasan los años y se acerca la muerte, sentirá envidia de un animalito descubierto por la doctora Marta Bunting de la Universidad de Pensylvania, departamento de zoología. Jamás se tenía noticia de semejante milagro de la Naturaleza.

Cuando esta recientemente descubierta criatura llamada Tetramitus rostratus se siente envejecer invierte el proceso de la vida, se vuelve joven y empieza a crecer y vivir de nuevo, y así repetidas veces, constantemente. No envejece nunca; nunca muere. Come todo lo que necesita y cuando a engordado todo lo que puede, se parte en dos, volviendo a adquirir por duplicado la línea que había perdido por tanto comer. En lugar de uno solo son dos seres.

El Tetramitus rostratus es una forma de amoebea y como ellas inmortal. Se las puede matar con el calor, con el veneno, por la violencia o por el hambre; de otra manera viven eternamente. Este animal es pequeñísimo y sólo se puede ver con la ayuda del microscopio.

Cuando la doctora Bunting lo descubrió en los intestinos de una rata estaba en el estado que corresponde al del pollo en el huevo. La doctora colocó los cistos o huevos en un cultivo como los que se usan para el crecimiento de las bacterias y aquellos se convirtieron en amoebas que empezaron a devorar las bacterias sacadas de la rata. Entonces colocó más cistos en un medio líquido en espera de ver más amoebas al día siguiente. Así fué, pero entre las amoebas de lentos movimientos vió flagelados que corrían y saltaban inquietos.

—¿De dónde procedían?

Tanto las amoebas como los flagelados son protozoos es decir, animales de una célula, pero hay entre ellos una gran diferencia. La amoebea es la más sencilla de las formas vivientes, un pedacito de gelatina sin forma permanente, mientras que el flagelado tiene forma permanente y definida con órganos como los largos propulsores en forma de látigo con los que se mueve con gran rapidez. Es un ser más complicado que la amoebea.

La ciencia ha demostrado que en algunas ocasiones la amoebea puede convertirse en un flagelado, y la citada doctora, sin abandonar el microscopio, quiso presenciar una de estas transformaciones.

Cuando una amoebea quiere trasladarse de un punto a otro, poco a poco despidiendo un pequeño chorro de su propia substancia gelatinosa en la dirección deseada y así es impulsada para avanzar. Su alimento como el de los corpúsculos blancos de nuestra sangre que son otra especie de amoebas, son los microbios, pero como no tiene boca con que cogerlos, ni garganta para tragarlos, ni estómago para digerirlos, lo que hace es envolver con su cuerpo al microbio y la parte de su cuerpo en contacto con la presa actúa temporalmente de estómago y lo digiere. Las partes no digeribles las abandona.

Lo que parece una diminuta burbuja de aire, pero que en realidad es una gotita de agua, se ve moviéndose de un lado a otro del cuerpo, va creciendo y de repente se contrae y expelle su contenido fuera del ser. Esta vacuola contráctil, es el primitivo riñón.

## Los hallazgos de la ciencia

Un curioso ser que nunca muere

No es aún un órgano permanente, pues aparece y desaparece y unas veces es sola y otras tres o cuatro. Además, la amoebea contiene el misterioso y sólido núcleo.

La paciencia de la investigadora

doctora fué por fin premiada y un día vió que una amoebea cesaba en sus lentos movimientos permaneciendo inmóvil, excepto su vacuola que de vez en cuando daba saltos, pero esto no significaba gran co-

sa, pues las amoebas caen de vez en cuando en este estado de sopor.

Sin embargo, la doctora siguió observando y vió como la amoebea cambiaba de forma y como se desarmaban sus largos látigos convirtiéndose en un flagelado.

Examinando a las nuevas amoebas vió que también caían en un estado de sopor, se envolvían en una membrana y no daban más señales de vida que los movimientos o pulsaciones de la vacuola. La criatura ha completado el ciclo de su vida; de huevo a amoebea, de amoebea a flagelado, de flagelado a amoebea y de amoebea a cisto o huevo otra vez.

Cuando como hemos dicho, una amoebea engorda tanto que apenas puede moverse, se parte en dos y cada porción del nuevo ser se va por su camino.

Los flagelados también pueden hacerse esta autooperación, pero uno de estos animales no puede volver al estado de cisto sin convertirse antes en amoebea. Ni las amoebas ni los flagelados pueden vivir en un medio seco, pero en el estado de huevo pueden permanecer indefinidamente.

El viento los lleva como el polvo en todas direcciones y cuando caen en el agua o en un medio húmedo vuelven inmediatamente a la vida activa.

Si esta evolución se verificase entre las gallinas veríamos salir al polluelo del huevo, desarrollarse, reproducirse y al llegar a ser gallina vieja, convertirse de nuevo en pollita y, por fin, en huevo otra vez, para de nuevo volver a salir a la vida exterior con nuevos bríos y nueva juventud.

## Cultos raros

Muchas veces se ha repetido que el fanatismo es de todos los pueblos y edades. Corrobora semejante afirmación una ceremonia religiosa muy frecuente en la India.

Se trata de una procesión en la que figura un carro, sobre el que se monta una armazón adecuada para representar el exterior de una pagoda, arrastrado por millares de fieles que se imponen la rudísima faena con la esperanza de obtener perdón para sus culpas al contribuir al transporte de la venerada imagen que va colocada debajo de aquella armazón.

Esta escena se desarrolló no hace mucho en Kumbakonam, una de las ciudades sagradas del sur de la India. Se sacó procesionalmente la efigie del templo de Li Savangapany Swami, a las ocho de la mañana, y arrastrado el carro por cerca de seis mil devotos, llegó a las diez de la mañana siguiendo a su destino, que era otro templo distante del anterior menos de dos kilómetros.

No es raro el caso de que en estas procesiones se arroje algún fanático debajo del carro para perecer aplastado, en la creencia de que la muerte en esas condiciones les asegura la eterna bienaventuranza.

## AVISOS ESPECIALES

### MEDICOS

#### Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano  
E. ENFERMEDADES DE LOS OJOS  
Consultas de 1 a 18  
SARMIENTO 735 U. T. 7362, Avenida

#### Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear  
ATIENDE ESPECIALMENTE  
ENFERMEDADES INTERNAS  
MEJICO 1360  
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.  
Unión Telefónica: Libertad. 6819

#### Dr. Victor Moraschi

OCULISTA  
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL  
OPHTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»  
DE 2 A 4 1/2  
BERNARDO DE IRIGOYEN 257  
U. T. 4723, Rivadavia

#### Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO  
de 11 a 18  
SARMIENTO 216  
U. T. 88, Mayo 6837

#### Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina  
Jefe del Servicio de nariz, garganta y  
oidos del Hosp. San Roque  
VIAOESTE 126 De 2 a 4  
Menos los Miércoles

#### Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz  
y oidos del Hospital San Roque  
Asistente a la clínica del profesor  
Sebileau (Paris)  
Consultas de 2 a 4 p. m.  
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal  
BUENOS AIRES

#### Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson  
MATRIZ OVARIOS Y CIRUJIA  
DE SEÑORAS  
B. MITRE 1256 U. T. 432, Adrogue  
ADROGUE

#### Dr. ELOY A. ESCOBAR BAYO

Médico oficial del Circulo de  
la Prensa y Director del Ser-  
vicio Médico del Jockey Club.  
RIVERA 1278  
Consultas: de 3 a 5 p. m.  
(Unión Telef. Chacrita 2612)

## PENSAMIENTOS Y SENTENCIAS

*Obra cosas grandes, pero no las prometas.*

*Tus propios negocios trata tú mismo, si pudieres; y si no, encomiéndalos a quien espere interés del buen suceso.*

*Funda bien lo que digeres, y no porfies en que tu parecer prevalega.*

*La diversidad de los tiempos y las circunstancias varían los efectos de las cosas iguales.*

*No te encargues de más cosas de las que puedas llegar a perfección con ánimo sósegado.*

*No te eleves ni te humilles demasiado, pero guarda en todo la debida autoridad.*

*No compres mucho al fiar, ni gastes con esperanzas de bien venidero.*

*Espera y no confies, teme y no desesperes cuando alguna cosa difícil procuras y deseas.*

**"EL BURLADOR DE CASADAS"  
DE BERTONASCO Y MARTIGNO-  
NE, EN EL APOLO**

La semilla arrojada en el teatro español por Muñoz Seca, ha empezado ya a dar sus frutos en el nuestro. Varias tentativas han sido ya llevadas a la escena, aunque no en forma decisiva, pero siempre conservando las características de origen. Más o menos afortunados esos ensayos, han ido repitiéndose fragmentariamente en bastante numerosas obras de nuestras salas, con la mayor perfección que sucesivamente se va derivando del ejercicio y tanteo. Goicoechea y Cordone tal vez han sido los que mejor resultado obtuvieron de la aclimatación de la astracanada verba en nuestro ambiente. Ahora son Bertonasco y Martignone los que nos presentan una pieza en la que, sin perjuicio de una trama relativamente ingeniosa, radica el mayor interés en los juegos de palabras y dobles de intención en las frases.

Un muchacho tímido y desmemoriado, asume el nervio primordial de la obra. Enamorado de una jovencita moderna, la suerte no le favorece por culpa de su poca decisión y su escaso conocimiento del corazón femenino. La fatalidad hace que por un olvido no eche en el buzón del correo varias cartas de amor de otros amadores de más fortuna que él y otra fatalidad lo coloca en situación donjuanesca, pasando por empedernido calavera y hombre de gran dominio sentimental. La fuerza de las circunstancias le permite desempeñarse airoso, como si fuera un funcionario público y logra así el amor de su desviada novia y la admiración y respeto de todos.

Con este asunto se han desarrollado por los autores varias escenas de bastante eficacia cómica, tal vez más de forma que de fondo, pero suficientes para mantener la hilaridad del público sin fatiga en ningún momento. Claro está que sin la labor chispeante de César Ratti, sin la maquieta ingeniosa de su hermano Pepe y el concurso correcto de Chela Cordeiro, a pesar de no contar ésta con un papel de importancia, así como la de Emma Martínez, la Caus y el resto del conjunto, no hubiese podido alcanzar "El burlador de casadas" el éxito de risa que obtuvo con los intérpretes del Apolo.

**"CARTAS DE MUJER" en el  
NUEVO**

Una pieza híbrida cuyo primer acto corresponde al género de la revista, el segundo al del sainete y el tercero al de la opereta, es la estrenada en el Nuevo, con elementos extraídos de un vodevill de Hennequin, números de varias partituras del maestro Ivain y chistes y argamasa de los señores Amadori y Pelay.

Estos últimos han aprovechado toda esa materia prima y han logrado presentar al público un plato muy bien servido y de gusto sumamente agradable. Las continuas carcajadas con que se celebran las abundantes situaciones reideras y el agrado con se observan los números coreográficos, así como el encanto que produce la música, son signos inequívocos de que la pieza a que nos referimos ha llegado con eficacia al público, constituyendo un éxito que ha de perdurar. Podemos asegurar que es lo más divertido que se ha dado

# TEATROS

en el Nuevo durante la actual temporada y eso que dos de las piezas anteriores, tuvieron muy buena estrella.

El conjunto del Nuevo ya todos sabemos que es capaz de sacar buen partido de cualquier obra, de modo que teniendo cosas que hacer como en "Cartas de mujer" se luce ampliamente.

Entre ellos citaremos a Segundo Pomar, Climent y Fernández y las actrices Felisa Mari, María Ester Pomar y los demás, mereciendo también elogios el numeroso, disciplinado cuerpo de baile, que se portó muy bien.

Ha debido estrenarse con posterioridad a "Cartas de mujer" una nueva pieza titulada "Un beso en la boca", de Andrés Barde y el maestro Ivain, arreglada por los "compositores" de la casa.

## ESTRENO

El catamarqueño Sánchez Gardel ha debido estrenar en el Nacional en estos días, una pieza de costumbres de su tierra titulada "La quitapenas". Se tenían muy buenas referencias de esta producción y las confirmaremos, si es el caso, en el número próximo.

## "LA MUCHACHITA DE LOS SUEÑOS LOCOS"

Con este título novelesco, acaba de estrenar la compañía de Evita Franco, en la Comedia, una pieza cómica-sentimental, firmada por el Sr. Nicolás Viola, que según nos han informado era ya conocida por el público de Rosario, por haberse estrenado allí años atrás.

Exacto o no ese detalle, carece de importancia, ya que la obra que nos ocupa es una de tantas que se ensayan, se estrenan y se olvidan por los cómicos y el público, a poco de subir a los carteles. Y no porque sea una mala pieza, que no lo es, sino porque lleva consigo, lo mismo que el género humano, el pecado original. "La muchachita de los sueños locos" tiene un asunto parecido a muchas obras y, conviene subrayarlo, a muchas hermosas obras, de esas que no se olvidan.

Trabajo primogénito de su autor, ofrece las vacilaciones propias de los primeros ensayos teatrales y como el argumento recuerda comedias bellísimas, cuya acción ocurre entre estudiantes, el público sin dejar de reconocer la buena intención del autor que ha hecho una amable pieza, fluida en sus escenas festivas y ligeramente emocionante en las sentimentales, se retira del teatro sin quedar del todo convencido y no se constituye en propagandista de la obra que ha visto estrenar.

Evita, protagonista de esta comedia, se desempeñó con briosa naturalidad, siendo aplaudida, gustando también la labor de José Franco, Bastardi, Suárez y Rodríguez.

Este conjunto repriso "Mi prima está loca".

## "RESPETEN L'AUTORIDAD", EN LA OPERA

La compañía del maestro Carriero, recién trasladada del Solís a la Opera, donde atrae bastante público, estrenó el sainete del epígrafe, que firma don Florencio

Chiarello, autor de otras piezas teatrales que tuvieron buena aceptación. Esta, se conoce que el autor la tenía escrita hace mucho sin haber logrado estrenarla, pues sus valores son muy distintos de los últimos trabajos de Chiarello, como "Hay que conservar la línea", estrenado por Muño, sainete jugoso, lleno de frescura e ingenio travieso. "Respeten l'autoridad" es un sainete de sainetes, sin mayor gracia ni interés dramático. Los tipos casi todos conocidos, fueron bien interpretados por Milagros de la Vega, la Volpe, Calderilla y Sapeilli, para citar los que sobresalieron.

## "LA DONNA E MOBILE" EN EL BUENOS AIRES

Un vulgar adulterio resuelto con la expulsión del hogar de la esposa culpable, es el "novedoso" tema buscado por Carlos de Paoli para escribir su pieza en dos cuadros "La donna e mobile", estrenada por la compañía de Enrique Muño en el Buenos Aires.

Carece esta producción de una clara pintura de los principales personajes que en ella actúan, quienes más obedecen al autor que a una determinada psicología, a pesar de que el protagonista parece haber sido motivo de especial atención. Esta atención no logra sino desconcertar al espectador, quien no se explica muchas ideas contenidas en el montón de palabras del personaje, el cual a fuerza de hablar se va contradiciendo en vez de aclararse.

Muño, a cargo de un tipo que no encaja en sus preferencias, trató de destacarse, discretamente secundado por sus compañeros de escena.

## DEBUT EN EL ATENEO

Un nuevo conjunto nacional organizado por Alfredo Lliri y del que son primeras figuras Olga Cásaes Pearson y Angel Walk, se han presentado el jueves en el Ateneo, sala desalojada por la compañía de operetas de Inés Berutti.

Los nuevos paladines criollos pusieron en escena "Un hombre civilizado", de Bustamante y Weisbach, obra que comentaremos en otra edición.

## EN EL MAYO SE TRABAJA

La compañía Casenave-Hernández se merece los éxitos que obtiene, por que es un conjunto discretísimo y activo. A la novedad de "Los extremeños se tocan", últimamente hecha conocer, hay que agregar el estreno de "La pastorela", libro de Calongue y Luque, música de los maestros Luna y Moreno Torroba, realizado en estos últimos días con aplauso y al que aludiremos in extenso en nuestro próximo número, no sin adelantar que los artistas del conjunto estuvieron muy acertados en sus papeles, todos bien sabidos.

## EN LOS DOMINIOS DE CAIRO

Las revistas del Maipo, lo mejor en su género, continúan dándose con éxito. "Cabecitas locas" estrenada últimamente ha confirmado su aceptación, pudiendo rivalizar con cualquiera que haya salido a

la pista en esta temporada. Bien es verdad que la compañía de esta sala cuenta con numerosos factores de éxito, renovados frecuentemente, lo que contribuye en forma decisiva a los grandes éxitos que viene obteniendo la compañía de Cairo.

## ARATA AND RUGGERO

Los dos cómicos del Cómico siguen cosechando muchos alausos noche del debut, "Facha tosta" y "El procurador Galiniana". Ha comenzado con la mejor estrella este teatro, cuyo amplio hall está todas las noches atestado de público esperando el comienzo de la sección inmediata, por no haber podido conseguir localidad para la anterior. Así, dá gusto.

## MATATIEMPOS, por TIRIN

Solución de la charada publicada últimamente:

## A M A D O R I

## CHARADA

Tercera - prima es elogio que a nadie le viene mal. Segunda y tertia dan frío aún en día estival. El todo es un buen teatro sito en esta capital.

## EL CARTEL DE PARRA

Aun cuando la comedia de Veloso, después de sesenta representaciones consecutivas, sigue todavía en el programa diario del Argentino, Parravicini comprendiendo que la lechera se está agotando, prepara la pieza que habrá de reemplazarla, que es una traducción de él mismo.

## BUENA MUSICA, SOBRE TODO

Es lo que puede en primer término decirse de la zarzuela "Canción de amor y de guerra", estrenada en el Avenida, cuyo libro pertenece a Luis Capdevila. Esta obra nos ha hecho conocer al joven maestro Luis Martínez Valls, que es, sin duda alguna, toda una promesa. Así lo demuestra con esta zarzuela que si gustó no fué por el argumento sino por la música, rica de expresiones melódicas y llena de inspiración.

## GRAND SPLENDID

La sala más aristocrática de Bs. Aires, que administra el conocido cinematografista, señor Carmelo Carbone, atrae cada vez mayor número de familias de la "haute". Las cintas que se ofrecen son las de mayores valores artísticos que fabrica la industria y corresponden a las marcas de mayor prestigio.

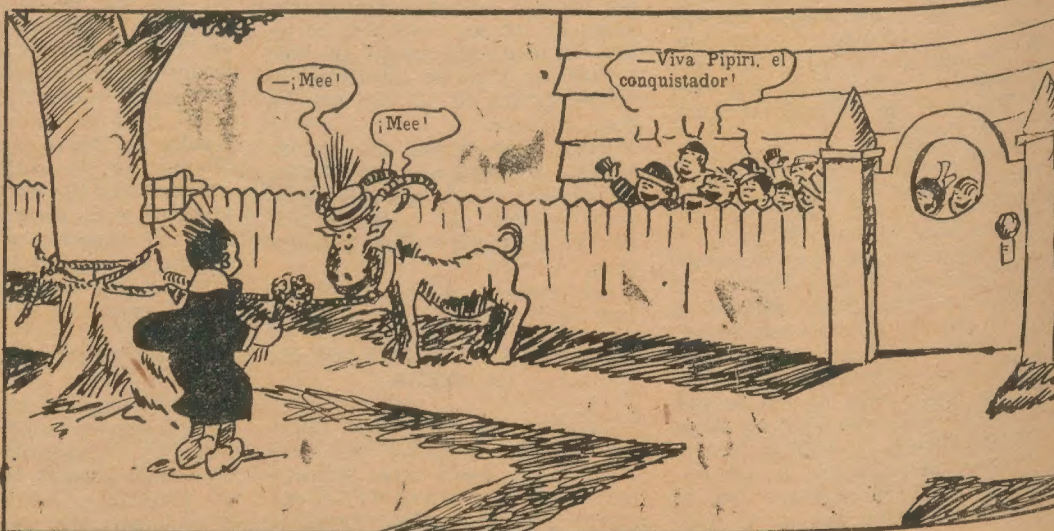
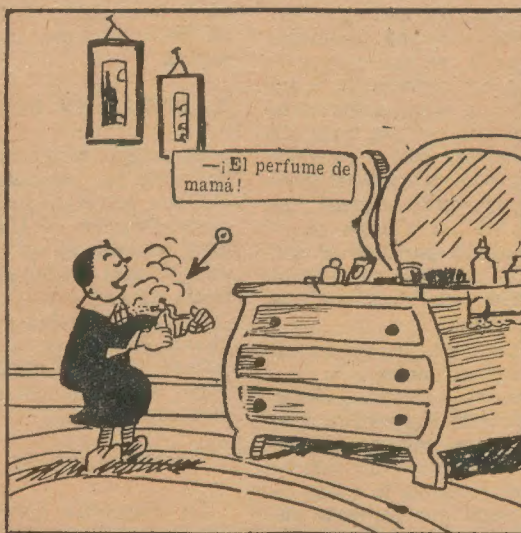
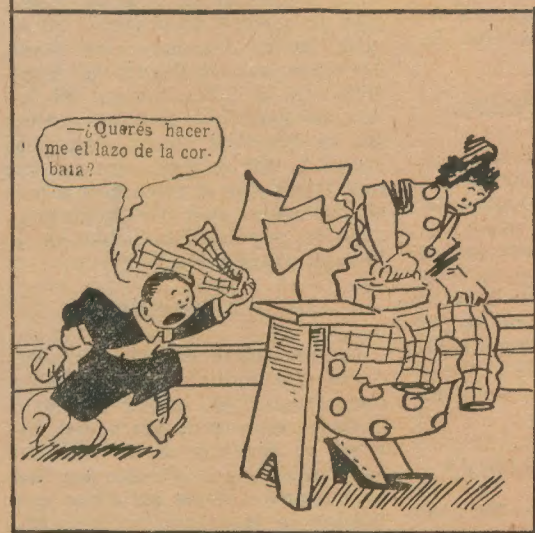
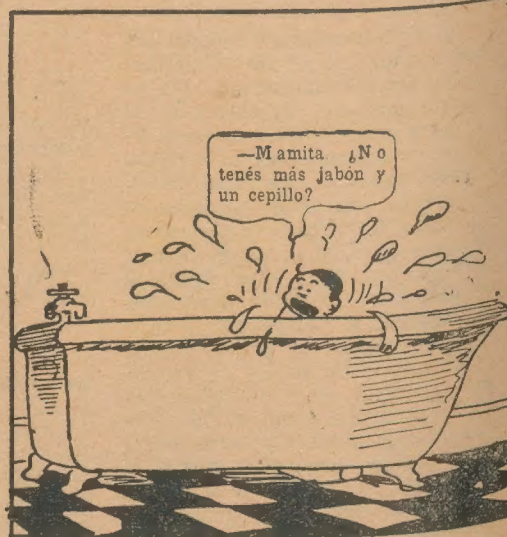
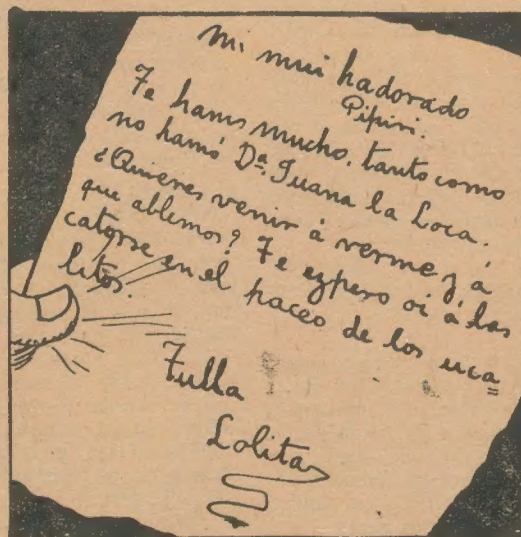
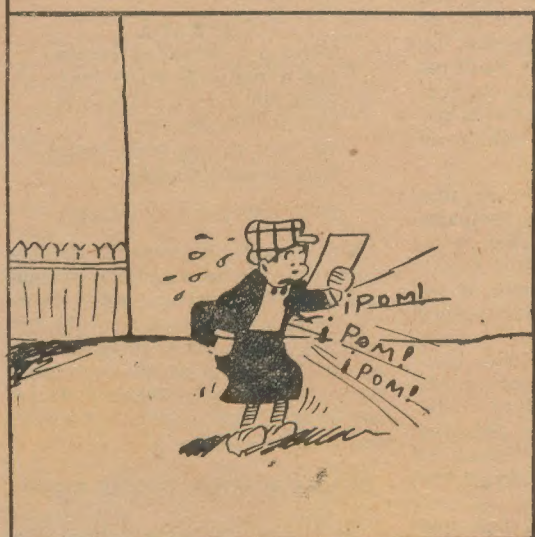
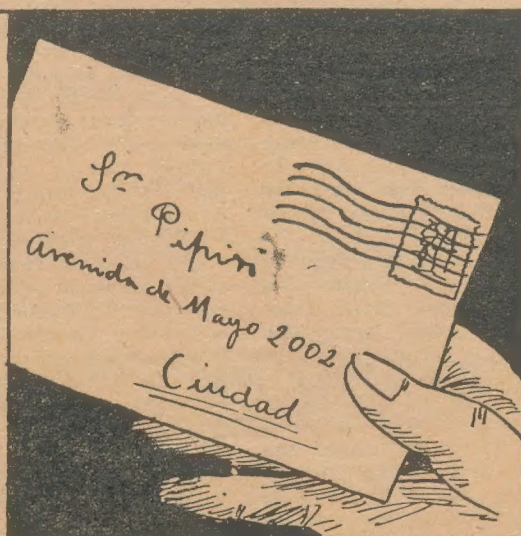
## CAPITOL

Muy interesantes vienen resultando las funciones que se efectúan en este acreditado salón, consagrado al espectáculo cinematográfico. Para la semana en curso se preparan buenas películas de marcas prestigiosas, lo cual permite desconfiar del éxito de las veladas.

## CINE PARC

Desarrolla su temporada de invierno con numeroso público de familias distinguidas, este bonito cine situado frente a la plaza Italia.

Las veladas de esta semana tendrán programas de todo punto de vista atrayentes, pudiendo desconcertarse el éxito de las funciones.





## ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. Modelo Jacquet. Traje de crespón de China doradillo, con bordado de seda en los tonos blanco y ocre. Pequeñas borlas de seda en las mangas y en el cuerpo. — 2. Modelo Jacquet. Lindo traje para la tarde, confeccionado en sarga negra con pechera "incroyable" y cinta de raso en el cuello. — 3. Modelo Francis. Trajecito de crespón de China, color azul marino, guarnecido con cintas de tafetán escocés. Cuello de organdi. El abrigo que acompaña a dicho traje está confeccionado con sarga azul marino, guarnecido con cinta escocés.

# ROPA DE CUERO

LA MEJOR Y MAS DURADERA

## IMPERMEABILIDAD Y ABRIGO



**TALABARTERIA - CURTIEMBRE**

ARTICULOS DE VIAJE Y SPORT

**Casimiro Gomez**

*Bde de Trigoyen 165*  
BUENOS AIRES

*San Martin 1150*  
ROSARIO

SACOS, BRÉSCHES, CHALECOS, PATUCALOTES, БОМБАЧАС, СОБРЕКОДОС, COVERCOACS, САРАДОС PARA SEÑORAS  
TIÑOS, GUANTES, GORRAS Y SOMBREROS